

Amy Realto

Singular



Singular

Serie «Destino o casualidad» 2

Amy Realto



SINGULAR

SERIE «DESTINO O CASUALIDAD» 2

Amy Realto

«Creo que todas las mujeres son especiales. Unas por su aspecto, otras por su carácter o porque son interesantes. La verdad es que me da igual, ya que solo les pido una cosa: que no reclamen más de lo que estoy dispuesto a dar. Con los años, he aprendido a alejarme de las que solo buscan a su media naranja...»

ACERCA DE LA OBRA

Sabía que Sol no era para mí. Debería haberme mantenido alejado de ella, pero... Fue tan sencillo dejarla entrar en mi rincón privado, ese que desde hace tanto tiempo tengo reservado para mi familia. No tenía que haber ocurrido de ese modo, pero le hice daño de la peor manera posible y en el peor momento.

Ahora me he dado cuenta de que la vida, tal y como la estoy viviendo, es insustancial. No tiene sentido mantenerme alejado de ella para evitar sufrir, cuando al hacerlo, siento tanto dolor. Por eso he ideado un plan para reconquistarla. Junto a las primeras flores un mensaje:

«Singularidad: Característica, cualidad o detalle que distingue a una cosa de otras de la misma clase o especie».

Todas las mujeres son especiales pero ella es única. Solo espero que cuando reciba el último mensaje lo entienda todo y sea capaz de perdonarme.

ACERCA DE LA AUTORA

Amy Realto es el pseudónimo de una autora madrileña que reside en un pequeño pueblecito murciano junto a su familia, donde compagina una profesión que le encanta, con la tarea a jornada completa de ser madre. Estudió biología, algo muy alejado de las letras. No recuerda, como les pasa a muchos autores, haber tenido un libro o un cuaderno en la mano desde siempre. No, la lectura compulsiva y más tarde la escritura han sido, más bien, herramientas necesarias para calmar su mente inquieta en la que, eso sí, desde siempre han bullido historias que acababan siendo olvidadas.

Si el destino quiere ha sido la primera de esas historias que ha quedado plasmada en papel; tiene origen en un sueño que no se perdió al despertar, algo que no se olvidó y se convirtió en obsesión hasta que vio la luz.

Primer proyecto concluido, al que si el destino quiere seguirán otros que ya se acumulan en una carpeta de proyectos pendientes.

Instagram: @amy_realto

Facebook: Amy Realto

Twitter:@AmyRealto

Web: amyrealto.wordpress.com

Índice

Portadilla
Acerca de la autora
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Carta para mis hijos
Agradecimientos
Créditos

A los que ya no están...

Capítulo 1

Murcia. Seis años antes.

—*P*apá, tengo que irme. No puedo seguir en España. En Murcia y en Madrid, todo, absolutamente todo, me recuerda a ella. —Edu escondió el rostro entre las piernas, los codos apoyados sobre las rodillas y las manos entrelazadas detrás de la nuca, intentando hacerse pequeño. Intentando desaparecer—. Necesito un cambio. Vivir mi vida. Dedicarme solo a mí. No quiero que pienses que soy un egoísta por largarme justo en este momento. Entiéndeme..., por favor —pidió mirando a su padre de nuevo.

—Lo hago —respondió este—. Sé que ahora lo ves todo negro. Tu vida ha girado en torno a ella desde que eras un niño. Aquí y luego en Madrid. Las elecciones que has hecho han sido siempre contando con ella. Teníais trece años cuando empezasteis. —Deseó que sentirse comprendido aliviara su angustia.

—No solo contaba con ella, papá. También con vosotros. Con mamá, con mis hermanos, contigo y con la empresa. Tenía mis sueños. Eran simples... Solo quería acabar la carrera y ganar lo suficiente para formar una familia, como la nuestra. Y quizá... Quizá, si la cosa me iba bien, comprar una casa en alguna zona bonita con vistas al mar para vivir con ella. Parecía fácil, pero... Todo se complicó. —Los ojos color miel de Edu habían dejado de brillar. Cada línea de su rostro, cada sombra, era una triste prueba de su desolación. Su padre no pudo sostenerle la mirada y la dirigió al mar.

—La vida es así, no siempre vienen las olas como queremos. A veces tenemos que saber navegarlas, corregir el rumbo e intentar llegar a nuestro puerto —dijo, y acarició con cariño la espalda de su hijo—. Cuando te fuiste a Madrid eras aún un niño, hoy tengo ante mí a un hombre. El mundo de los adultos es muy complicado. Ahora lo sabes. Lo sufres. No pierdas el tiempo buscando razones por que no las hay.

—Ya tengo el billete a Tegel —dijo con resolución. Había tomado una decisión y nada ni nadie iban a cambiarla—. Empiezo en septiembre, pero quiero llegar a Berlín antes para organizarme. Cuando vi que aún estaba a tiempo para solicitar plaza lo hice, me daba igual el destino, solo quería que fuera lejos de mí vida —explicó—. Es la única forma que he encontrado para seguir adelante, papá. No creo que pueda resistir un verano aquí. Recordando todos los anteriores. ¿Me ayudarás con mamá?

—Tu vida forma parte de ti. Nunca vas a poder alejarte de ella ni de tus recuerdos, vas a tener que aprender a convivir con ellos, aunque lejos probablemente te resulte más sencillo. — Esperaba que así fuera—. Por mamá no te preocupes, aunque no lo creas, ella está más preparada que yo para dejarte ir.

Los dos hombres dejaron pasar el tiempo, callados, sintiendo en su rostro la brisa, todavía fresca de la mañana.

—Papá, ¿nunca has tenido miedo a perder lo que quieres? —preguntó el chico.

—Tengo miedo de ello cada día.

—¿Y merece la pena?

—Aunque solo hubiera podido vivir un minuto al lado de tu madre... Sí, es algo de lo que estoy seguro. Merece la pena vivir la vida con aquellos a los que quieres, aunque sea corta —respondió tras pensarlo unos segundos.

—Yo no lo estoy, duele demasiado perder a alguien que amas con toda tu alma.

Ángel, no supo qué responder, imaginó una vida sin África o sin sus hijos y comprendió perfectamente el dolor desgarrador que sentía Eduardo. Miró al horizonte, al inmenso y brillante mar que tenían delante, y como siempre que lo hacía se sintió pequeño en un mundo muy injusto. ¿Qué le dices a tu hijo cuando ha perdido al amor de su vida?

Sobaban las palabras, los dos quedaron sumidos en sus pensamientos. Un silencio roto únicamente por el melódico rumor de las olas al llegar a la costa.

Y en ese momento, acompañado por la tranquilizadora presencia de su padre, Eduardo se juró, que solo sufriría por las cinco personas en el mundo que más quería, su familia. No permitiría a nadie más acceder a su corazón y de ese modo, quedaría protegido contra el dolor.

Capítulo 2

Madrid. En la actualidad.

Eduardo observaba la acogedora vivienda mientras hablaba por teléfono. Habían estado en la nueva casa de Daniela viendo cómo quería distribuir el espacio, qué tipo de muebles pretendía instalar y eligiendo los colores que, más adelante, sus pintores darían a las paredes. Finalizaba septiembre, pero hacía un calor de mil demonios. Seguramente por eso, o por ser amable, ella le había invitado a tomar algo en la casa en la que vivía con su amiga.

Había tenido que organizar su apretada agenda para poder atender la llamada de Daniela. Todavía quería acercarse a la reforma del restaurante. Tenía que ver cómo había quedado el remate de las columnas, que no habían podido quitar para ampliar el comedor como era la idea inicial, y comprobar si, por lo menos, había suficiente sitio para un par de mesas junto a ellas. Si lo había serviría como reservado o zona romántica, lo que daría un valor añadido a la reforma. Pero estaba sediento, así que aceptó.

Daniela fue a la cocina y él aprovechó para concretar el trabajo con la cuadrilla de pintura.

Le había sorprendido su llamada esa mañana. No habían vuelto a verse desde que la conoció, solo habían intercambiado algún que otro mensaje cordial. Y no esperaba hacerlo tan pronto, aunque hacía unos días no había podido resistir la tentación de comprar un peluche para su futura sobrina y estaba esperando el momento para dárselo.

El día que les contó lo del embarazo a Leo y a él, no pudo evitar sentir pena por ella, porque de entre todos los hermanos Cano había ido a acabar con el más jodido. Bueno, quizá ese era él, pero pensaba que hasta el momento lo había disimulado bien. Su personalidad sociable le permitía esconder sus fantasmas con mayor facilidad que a Ángel, ya que este al ser de trato más arisco y áspero, suscitaba de primeras, un carácter atormentado.

Aquel día, con la explicación que ella les dio y su razonamiento, Eduardo quedó completamente convencido de sus buenas intenciones, y sabiendo cómo iba a reaccionar Ángel ante la noticia, y siendo consciente del enfado que Leo intentaba disimular, decidió romper sus reglas. Dejándose llevar, cosa que no hacía desde hacía años, permitió que esa chica y su futura sobrina entraran en su vida, independientemente de lo que pensara su familia. Les abrió la puerta del selecto y reducido grupo de personas a las que consideraba importantes y por las que se permitía preocuparse, dándole su teléfono y su apoyo.

Al recordarlo, aún se sorprendía de su reacción.

Mientras hablaba se fijó en los bonitos paisajes que adornaban las paredes. Hermosas fotografías en las que la luz existente en el momento de ser capturadas les confería un efecto especial. Se preguntó si las habría hecho ella. Había imágenes también con otra chica en distintas situaciones y en distintos momentos. En algunas se veían demasiado jóvenes. Le atrajo la evidente complicidad entre las chicas, pero, sobre todo, la radiante sonrisa de su amiga en muchas de ellas.

En cuanto al salón, este era muy acogedor, con unos muebles prácticos y una decoración nada sobrecargada. Le gustaba cómo habían aprovechado el espacio, consiguiendo un lugar agradable para vivir.

Tras despedirse de su interlocutor, Eduardo se dirigió a la cocina.

—Los pintores vendrán pasado mañana. Van a tenerlo listo enseguida. Con la casa vacía como está y todo despejado, no deben tardar más de dos días —dijo mientras entraba—. La próxima semana podremos empezar con los muebles.

Le sorprendió la reacción de la chica que tras dar un pequeño saltito se lanzó a sus brazos. Le resultó extraño devolverle el abrazo, pero consiguió hacerlo de forma casi natural. Eduardo, no tenía ese tipo de relaciones con nadie. No se permitía muestras de afecto más allá del típico trato cordial. Era experto en mantener las distancias sin resultar maleducado. Solo era afectuoso con su familia, formada ya solo por su madre y sus tres hermanos. Pero con Daniela se comportaba de forma diferente, y no sabía la razón.

Sol llegó a casa, cansada y cargada con la comida para llevar que había comprado en el chino de la esquina. Dejó las llaves en el mueble de la entrada y el bolso sobre el sofá; con una mano libre, ya pudo repartir el peso de las bolsas. Había sido un día duro en el hospital, un no parar de urgencias de aquí para allá, y se sentía agotada. También estaba molesta con Eva que de nuevo había anulado los planes para cenar juntas, esta vez, por un guapo portorriqueño que había conocido ese día. Así que Daniela y ella tendrían que reventar o congelar las sobras, y con toda la comida que les había dejado Juana, apenas tenían espacio en el frigo.

Juana había sido su vecina hasta que unos días antes se había mudado a una residencia dejando el piso de enfrente libre. Piso que pronto iba a ocupar Dani con su hija.

«¡Su hija! ¡Qué fuerte!», pensó.

Se percató de que había una chaqueta de traje masculino apoyada en el respaldo del sofá, no parecía del padre de Daniela. Además, Pedro no solía usar americana, y menos con ese calor. Curiosa siguió el sonido de las voces que procedían de la cocina. Desde la puerta pudo ver como Daniela abrazaba a un desconocido. Analizó al guapo receptor del abrazo. Alto, bastante más que su amiga, y delgado. Pese a su delgadez el hombre tenía la espalda ancha y su complexión parecía fibrosa. Los pantalones del traje se ajustaban perfectamente a su cuerpo sin ceñirse demasiado, y la tela caía con gracia permitiendo vislumbrar el contorno de un bonito trasero. Llevaba la camisa remangada, lo que dejaba a la vista unos fuertes y morenos antebrazos. El pelo castaño —que en algún momento había sido domado con fijador—, estaba despeinado y un mechón rebelde le caía sobre la frente, confiriéndole el aspecto de chico malo que tanto le gustaba a ella.

Sol no pudo evitar ruborizarse cuando se percató de que aquellos ojos color miel la miraban tan intensamente como seguro estaba haciendo ella, sin ningún disimulo.

Daniela percibió también la intensidad del momento. Eduardo se había separado de su amiga y la miraba fijamente a ella, que, por su parte, se había quedado muda, se había puesto muy colorada y se aferraba con fuerza a las bolsas que cargaba.

Así que siendo Daniela como era, decidió tomar cartas en el asunto, y tras carraspear para llamar la atención de la impresionada pareja, realizó las presentaciones.

—Edu, ella es Sol. Es mi amiga, la que amablemente me ha prestado una habitación en su piso. Sol, él es Edu. El hermano de... —Daniela miró su tripa, dando a entender sin palabras el hermano de quién era.

—Encantada, Eduardo —respondió Sol, pero la curiosidad fue más fuerte que ella, así que dirigiéndose a Dani preguntó con cierto retintín: ¿Y le estabas abrazando por...?

Daniela rompió a reír, pero no respondió de inmediato. Sol no entendía nada, su amiga se había complicado la vida muchísimo por, seguramente, la única noche loca que había tenido en su vida; se había acostado con un tío con el que había congeniado en una discoteca, pero resultó que había simpatizado con uno, y se había acostado con su gemelo. Lo más sorprendente era que no lo

habría sabido si no se hubiera quedado embarazada. El destino había querido que se volvieran a encontrar y al decírselo al padre, descubrió que eran dos. No dos padres, sino dos hombres guapos, uno de conversación agradable que había sabido llamar la atención de Dani, y otro, un «empotrador», que se ve que debió ser tan bueno que la había hecho perder su sentido común. Y ahora el otro hermano, el pequeño, se encontraba en la cocina de su casa abrazando a su amiga.

«¡Por Dios! ¿Qué le pasa a Daniela con esta familia?».

—Bien... Creo que Daniela solo me abrazaba como agradecimiento a las gestiones que he realizado para que pinten su casa en tiempo récord —aclaró el chico—. Algo bueno tiene que tener que la familia trabaje en el sector de la construcción, ¿no? Yo también estoy encantado de conocerte, Sol. Tienes una casa preciosa —concluyó él acompañando la última frase con una intensa mirada.

Supo que Dani debía estar flipando, pues no recordaba ningún momento en el que se hubiera quedado sin palabras. Sol era de las típicas personas que siempre saben qué decir incluso en las situaciones más inverosímiles, como esa.

«Debería haberme avisado, estaría preparada y no, haciendo el ridículo», pensó.

Cuando, nerviosa, cambió las bolsas de mano, se dio cuenta de que su amiga se acababa de percatar de que el mensaje de Eva había llegado tarde y tenían comida china para tres.

—Parece que Sol ha traído suficiente comida para un regimiento —intervino Dani—. ¿Te quedas con nosotras a cenar? Invitarte es lo menos que puedo hacer como pago por tu ayuda.

Eduardo tenía planes, ya se había entretenido demasiado, y aunque no le daba tiempo pasar por la obra del restaurante, había quedado con Verónica para cenar. Solían hacerlo los martes, cena y sexo sin compromiso, pero la pelirroja de enormes ojos verdes le tenía intrigado. Así que aceptó. Anuló la cena enviando un mensaje, y quedó en pasar por su casa más tarde.

Era arquitecto, le entusiasmaba su trabajo y no podía evitar transmitir su emoción cuando hablaba sobre el tema. La cena resultó muy agradable, aunque prácticamente la conversación tuvo como tema principal los colores elegidos para las paredes, la decoración y otras posibles reformas. También hablaron de las fotos que tanto habían llamado su atención, y así se enteró de que habían sido hechas por Sol, que compaginaba su pasión por la fotografía con su trabajo de enfermera.

Él no podía dejar de mirar los ojos de esa chica, le habían impactado porque no recordaba haber conocido a nadie con una mirada tan penetrante y expresiva, tan llamativa y de un color verde tan exótico. Todo en aquella mujer le atraía: el largo y ondulado pelo rojo, la piel blanca, la nariz con graciosas pecas y una sonrisa preciosa, que mostraba a la mínima oportunidad.

«¡Qué pena que no sea el tipo de mujer con la que suelo relacionarme!», pensó.

Fue inútil esconder a Daniela que la presencia de Eduardo la intimidaba. Estaba demasiado callada y comedida. Resultaba agradable y participaba de la conversación, por supuesto, pero no se comportaba como siempre. Carecía de su chispa, de su alegría y de la gracia con la que se expresaba habitualmente, y estaba claro que Dani sabía que se estaba controlando.

En otras circunstancias Sol le habría dicho ya algo sobre la intensidad de su mirada. Algo tipo: «Si sigues mirándome así, vamos a tener que darnos una ducha fría los dos», con lo que habría logrado sacar los colores del descarado chico. Pero no actuó de ese modo, solo se limitó a sonrojarse y a mostrar una timidez que no tenía, sin saber muy bien la razón.

Al acabar la cena, y tras despedirse de ellas quedando en llamar a Daniela para avisarla de la hora en que irían los pintores, Eduardo se dirigió a su cita con Verónica, la abogada adicta al trabajo que conoció en un bar hacía ya dos años y con la que, de mutuo acuerdo, mantenía una

relación puramente sexual. No había amistad, no había sentimientos, no había dolor, solo sexo, todos los martes que él estaba en Madrid y siempre que les apeteciera a ambos.

No era la única mujer con la que se veía, pero sí con la que llevaba más tiempo haciéndolo, quizá porque Verónica era incluso más frívola que él.

Hacía años que buscaba mujeres con las que mantener relaciones sin compromiso y sobre todo sin sentimientos. Cuando la situación se volvía aburrida o se complicada porque la mujer aspiraba a algo más, pese a que él dejaba las cosas claras desde el inicio, se limitaba a romper y a sustituirla. Para él todas las mujeres eran iguales, todas le parecían hermosas, especiales y... peligrosas. Hacía mucho tiempo que había decidido mantener protegido su corazón y de esta manera lo estaba consiguiendo. Estaba convencido.

Solían verse en el ático de Verónica, porque en el piso de Edu era habitual que estuviera su madre o alguno de sus hermanos que iban de forma frecuente a Madrid.

Llegaba un poco más tarde de la hora acordada, pero ella no lo había llamado para anular la cita, así que imaginó que estaría esperándole. Lo confirmó cuando le abrió la puerta con una bata corta de satén en seda negra y una copa de vino en la mano.

Esa mujer era pecado, hermosa, caliente... Dejó la puerta abierta y entró en la casa esperando que él la siguiera. Sin palabras. Sin reproches por su tardanza. Y él lo hizo, cerrando a su espalda. Verónica era así, una mujer fuerte, independiente, que tenía claras sus metas. Vivía para su trabajo y no quería distracciones, pero el suyo era un trabajo estresante y necesitaba relajarse. Algunas personas se apuntaban a clases de yoga o al gimnasio, ellos tenían sexo programado, y por el momento les funcionaba.

—¿Qué necesitas Eddy? —preguntó la mujer de forma sensual, una vez estuvieron dentro de la vivienda.

—Una ducha antes, por favor. No te importa, ¿verdad? —dijo Eduardo, que no había querido pasar por su casa para ducharse y había ido directo.

—¿Solo o acompañado? —preguntó con esa voz seductora que lo ponía a cien.

Y dudó, pero el recuerdo del tacto de la seda de esa bata, y lo que sabía le esperaba debajo le hicieron decidirse rápido.

—Solo. No tardo nada —dijo yendo al baño. No era la primera vez que había ido directo del trabajo a casa de Verónica, y había querido asearse antes.

No se molestó en vestirse después de la ducha, cogió la toalla que ella le había dejado y después de secarse un poco, se rodeó con ella las caderas. Fue descalzo en su busca. La encontró en el dormitorio. Había puesto música suave, ambientado la estancia con una vela, y apurado la copa de vino.

Ya estaba duro, solo por la expectación de lo que su mente intuía que iba a pasar. La seda le volvía loco, y ella lo sabía. Sin muchos preliminares, ya que no eran necesarios, se deshizo de la bata dejando al descubierto la lencería a juego con la que a ella le gustaba sorprenderle. Ansioso devoró su cuerpo y ella el de él. La toalla cayó, la lencería desapareció, y ambos, egoístas, se saciaron. Tomaron lo que deseaban y quedaron exhaustos sobre la cama. El sexo con ella era rápido, explosivo y sin apego, pero excepcionalmente bueno.

Un par de horas después, Eduardo regresaba a casa al volante de su flamante deportivo. Esa vez no se había relajado como en otras ocasiones. Su mente, inquieta, volvía una y otra vez a esa tarde, a todo lo que había hablado con Daniela, a esa niña —su sobrina—, que se desarrollaba en su interior. Una pequeña que iba a crecer sin un padre, porque su hermano Ángel era demasiado

egoísta para hacer frente a sus responsabilidades, y su hermano Leo no era capaz de perdonar un error a una chica que no sabía siquiera que lo había cometido.

No podía permitir que esa niña creciera sin parte de su familia. Y por eso, porque era su sobrina, decidió que debía estar a su lado. Se iba a encargar de su habitación, quería que cuando abriera sus ojos por primera vez, viera lo que él iba a crear para ella, porque era lo que sabía hacer y era bueno en ello. Iba a diseñarle una habitación perfecta.

Así que cuando llegó a casa, no pudo dormir, solo dibujar y plasmar en papel esas ideas que bullían en su mente.

La luz de la mañana le sorprendió dormido en el sofá del despacho, con los bocetos desordenados sobre la mesa de dibujo y el aroma de un café cargado que su hermano Leo sostenía mientras los ojeaba.

—¿Son para la niña? —le preguntó mientras le tendía la taza de café. Edu se incorporó dolorido. El sofá no era tan cómodo como había parecido la noche anterior cuando agotado le había dado pereza ir a su cama. Tomó un sorbo del amargo líquido antes de responder—. Sí. Esta tarde se los mostraré a Daniela. Quiero saber cuál le gusta más para seguir trabajando en esa línea. Es nuestra sobrina, Leo, no podemos darles de lado.

—Mañana tienes la reunión con el ayuntamiento para los permisos del chalet de Galapagar. ¿Cuándo vas a darle las llaves a Carlos para que pinten la casa?

—No sé, tengo que llamarlo a ver si esta noche puedo acercárselas.

—Yo me encargo.

—Te encargas ¿de qué?

—De estar con ellos y asegurarme de que queda como queremos. Estas muy liado y no podemos prescindir de ti en Alpedrete. Los Sánchez quieren comentar contigo varias cosas. Tú termina el boceto, yo me encargo de la parte práctica.

Se sintió sorprendido. Hasta el momento, Leo había parecido no querer saber nada de la niña ni de su madre. Bueno, más bien, parecía tener una lucha interior entre lo que quería y lo que debía hacer. Le miró interrogante.

—Es mi sobrina también ¿no? —fue la escueta respuesta de Leo, y antes de que Edu pudiera replicar, le cortó—. Vamos, termina y dúchate o pillaremos mucho tráfico.

El agua relajó sus doloridos músculos. No había ido a nadar como hacía cada madrugada y su cuerpo lo reclamaba. Había encontrado en la natación el complemento perfecto para relajar su mente y tonificar su cuerpo. Había empezado como una vía de escape a la soledad que sentía cuando se había ido a Berlín. Más tarde pasó a ser una rutina necesaria para mantenerse estable. Cuando entraba en el agua y comenzaba a nadar su mente se vaciaba y solo pensaba en la cadencia de su respiración, el número de largos... Los problemas desaparecían, sus ideas se calmaban y, a la vez, se mantenía en forma. Ese día decidió que haría sesión doble.

Pese a que habían salido temprano no consiguieron evitar el atasco, cruzaron medio Madrid para llegar de una obra a otra y sobre la una se separaron. Eduardo comió algo ligero, se reunió con unos clientes a primera hora de la tarde y luego, a la que consideraba la peor hora del día para hacerlo, por el follón que armaban los niños con las clases de natación, ocupó una calle y nadó durante dos horas. Como nuevo y relajado, se dirigió a casa de Sol con los bocetos.

Daniela estaba sola, le costó decidirse por uno en concreto, pero con lo que le gustaba de aquí y de allá, Edu tuvo claro lo que iban a hacer.

Como ella tenía que pasear, se ofreció a acompañarla, no sin antes llamar a Leo para que encargara los muebles y accesorios que iban a instalar. Mientras andaban, se sintió como un

intruso, ya que era su hermano el que debía de estar dando ese paseo e invitándola a un helado. Pero siendo egoísta, se sentía a gusto, congeniaba con ella, tenían intereses similares y buena conversación, quizá porque eran de edad parecida, quizá porque él había bajado su coraza permitiéndole el acceso a su mundo. El caso era que se llevaban bien. Edu sentía admiración por esa chica decidida que iba a tener un bebé sola y no se mostraba asustada. Él, en su situación, estaría aterrado.

Capítulo 3

Cuando los hermanos Cano trabajaban en equipo no había nada que se les resistiera. Y así pasó con la habitación de la pequeña que, en apenas una semana y sin que la madre se percatara de nada, estuvo terminada y perfecta. Habían intentado pensar en todo lo necesario, una cuna, un cambiador, una mecedora, luz tenue... para los primeros meses; y para después, cuando la niña creciera, una cama. Incluso habían consultado a África que, tras haber criado a cuatro chicos, dos de ellos gemelos, tenía mucho que aportar. El diseño dejaba espacio suficiente para pañales que luego sería ocupado por montones de juguetes. Una decoración práctica que evolucionaría según la niña fuera creciendo.

Eduardo no lo había visto terminado del todo, ya que le había surgido un problema con una de las contratas del que tuvo que hacerse cargo, pero Leo había hecho muy buen trabajo. El estar a juego con la ropa de cama que había instalado daba un toque muy acogedor y cálido a la habitación. Estaba orgulloso del trabajo realizado, pero mucho más al sentir la respuesta de Daniela que al ver lo que habían creado reaccionó llorando como una niña.

Y allí estaba él, con una mujer emocionada entre sus brazos, incómodo y sin saber muy bien qué hacer, ya que hacía muchos años que no dejaba a nadie llegar tan cerca.

Por fin reaccionó, y volvió a hacerlo con naturalidad. Ella conseguía eso, conseguía sacar al chico dulce y cariñoso que había sido cuando solo era un niño imberbe. Antes de Anabel. Antes de Berlín.

Le susurró palabras de consuelo, de ánimo y ella se fue calmando. Y, sorprendido, se permitió pensar en cómo sería poder hacer algo así por su mujer y su hijo.

«¿Familia?». Rápidamente borró ese pensamiento intruso. Había renunciado a ello, su familia era y solo sería la que ya tenía. No estaba dispuesto a hacer ampliaciones más allá de la pequeña concesión que estaba haciendo con su sobrina.

Sol recogió el oso que había traído el amigo de Daniela, y que con la emoción había acabado en el suelo. Lo sentó en la mecedora y se volvió a mirar a Eduardo. Había algo extraño en él. Parecía un hombre de hielo que se derretía y bajaba las barreras al contacto con Dani. Observándolo, podía pensar que se encontraba incómodo ante las muestras de afecto de su amiga, pero al momento algo cambiaba y se comportaba como si fuera un hermano mayor protector y cariñoso.

Habían pasado la tarde ayudando a montar los muebles de IKEA que había comprado Dani para su nueva casa. Sol hubiera querido que se quedaran con ella, no tenía problema y sabía lo complicado que iba a ser para su amiga criar sola a la niña. Entre las dos podría resultar más fácil y le encantaban los niños.

Hacía años se había imaginado que, con esa edad, ya tendría un par de pequeños, pero no había tenido suerte con los hombres, y con ninguno había surgido nada lo suficientemente serio como para dar el paso. Envidiaba a Dani, sí, pero por el momento, se conformaría con ser su apoyo, ver crecer a la esperada niña y estar a su lado hasta que llegara su momento porque, aunque a veces perdiera la esperanza, «Tendría que haber alguien por ahí para ella, ¿no?»

Tenía treinta años, se había dado de plazo hasta los treinta y cinco, y si no llegaba nadie, se haría una inseminación o adoptaría. Mientras, disfrutaba de la vida, no al nivel de Eva que no dejaba pasar ninguna de las oportunidades que se le presentaban, pero no le iba mal «¿no?». No hacía mucho, solo dos o tres meses, había estado saliendo con un chico que trabajaba en la cafetería en la que solían ir a tomar algo cuando querían despejarse del agobiante ambiente del hospital. La relación no había cuajado, pero había estado bien.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Eva que, con su siempre apretada agenda de compromisos les hizo ver que era tardísimo. Y lo era, se les había pasado la tarde volando y esa noche tenía que trabajar. Entraba a las diez y ya apenas tenía tiempo para darse una ducha rápida.

Eva y Marta se despidieron desapareciendo rápidamente. Tras comprobar la hora, Daniela se dirigió a Sol preocupada.

—Se ha hecho muy tarde, lo siento ¿Qué vas a hacer? No te da tiempo ya a ir en bus.

—Voy a ducharme rápido e intentaré pillar un Uber —respondió Sol mientras se dirigía con rapidez a su casa—. ¡Adiós chicos! Nos vemos.

—Yo te llevo, me pillas de paso. —Se ofreció Eduardo antes de que saliera por la puerta.

—¿Seguro? No quiero ser un problema.

—No, tranquila. Rápido. Dúchate. Yo te acerco —respondió él.

Dejarla en el hospital no era problema, pero... Ella podía serlo.

No era una mujer que se pudiera catalogar como impresionante. Él había estado con alguna así; Verónica, por ejemplo, era mucho más llamativa y sensual. Pero había algo en Sol que le hacía buscarla con los ojos. Esa tarde llevaba el pelo recogido en una trenza, no se había maquillado e iba vestida con ropa vieja, para trabajar. Una chica normal entre amigos, algo corriente, pero no había conseguido apartar la mirada de ella. Se había descubierto observando cómo montaba sola alguno de los muebles, manejando la herramienta como una profesional y se había excitado. Estaba seguro de que la otra amiga, se había dado cuenta de ello.

Cuando llegó dispuesto a trabajar, las chicas ya habían empezado y tenían la cama a medio montar. Sol le encomendó los muebles del salón y Eva, que era la descarada del trío, se ofreció a ayudarlo.

Eva sí era su tipo, con un cuerpo diez y, lo mejor, abierta al sexo sin compromiso. Le estuvo lanzando la caña toda la tarde, sin tapujos y con algún roce inocente. Lo normal habría sido que él le siguiera el juego, excitándola con alguna muestra de lo que podría esperar de una cita con él, preparando el terreno para quedar otro día o incluso más tarde, con la promesa de un buen polvo. Pero no había sido así, Sol se cruzaba todo el rato por sus pensamientos, y estaba más pendiente de ella que de su ardiente compañera de faena.

Sol se había comportado de una forma mucho más natural que la vez anterior, rodeada de sus amigas y en un ambiente distendido, y él había podido comprobar que no era tan tímida como le pareció al principio, y mucho más alegre, si cabe. Bromeaba con picardía, había reprendido a Eva cuando posó su mano en lugares indiscretos haciéndole sudar, o a Marta, cuando la pilló observando con descaro el trasero de Juanjo.

Eran cuatro mujeres independientes, amigas, que tenían entre ellas una gran complicidad. Sol era «el alma», la que lideraba el grupo, la que animaba y conciliaba; Marta «la mamá», la responsable, la más madura, la única casada, la que cuidaba de todas; Eva «la alocada», la liberal, que hacía y decía cosas sin pensar, su lema el *carpe diem* y Daniela, la más tímida, el objeto de las bromas, la paciente, la que ayudaba a equilibrar el grupo. Había sido una tarde

divertida, a pesar de que le había dejado baldado por la paliza que se habían dado, y aún tenía media semana por delante.

En apenas quince minutos Sol estaba duchada y preparada para salir, el baño y el dormitorio habían quedado desordenados, pero no importaba ya que no esperaba visitas.

Al llegar al coche ella volvió a sorprenderle, esta vez, con una descripción pormenorizada y emocionada de las características del mismo. Había sido un capricho, muy criticado por sus hermanos, mucho más prácticos, pero a él le gustaba la potencia, le gustaba conducirlo, cómo se agarraba al pavimento y la sensación de seguridad, incluso a velocidades altas en autovía. El modo de conducción *sport* con las luces del habitáculo en neón rojo, y la música de los diecisiete altavoces sonando a todo trapo, era el capricho que se permitía disfrutar de vez en cuando. Y ella, que lo sabía, le había preguntado si llevaba el equipo de sonido Mark Levison y si era la versión *Sport*. Sabía que cuando se activaba este modo, el habitáculo adquiría una tonalidad rojiza y que, aunque el vehículo era perezoso al salir de un semáforo para un deportivo, a velocidad de crucero se igualaba a todos ellos, con un consumo de gasolina ridículo, en comparación.

Sol pensó que le había vuelto a pasar lo mismo, había resultado ser demasiado efusiva con el vehículo y Eduardo la miraba extrañado. Solía producir ese efecto en los hombres e intentaba ser más ecléctica, pero le gustaban tanto los coches que la mayor parte de las veces no lo conseguía. No entendía por qué, por el hecho de ser mujer, ellos siempre pensaban que su conocimiento de los vehículos a motor se reducía a saber, como mucho, el número de ruedas que tenían.

—Te he sorprendido ¿verdad? —no le dejó responder—, siempre me ocurre lo mismo, me paso de efusividad y os asusto. Lo siento.

Él no lo desmintió, no tenía sentido. No estaba asustado, pero si asombrado, su coche no era un modelo común. Era raro que la gente lo conociera y menos que supieran datos tan concisos como los que ella había dado.

—Me has sorprendido, solo eso —aclaró mientras observaba como Sol pasaba su mano con suavidad por los acabados del salpicadero con admiración. Deseó que fuera su cuerpo y no su coche el receptor de aquella caricia. Carraspeó obligándose a centrar de nuevo sus pensamientos en algo neutral, ya que habían tomado un camino muy peligroso directo a su entrepierna—. ¿Cómo sabes tanto de coches? Por qué no solo conoces este modelo, ¿verdad?

La pregunta hizo que Sol lo mirara, manteniendo el contacto aún con la consola del coche. Sus hermosos ojos verdes interceptaron los suyos, sintió un latigazo de excitación y notó como su pene despertaba de su cómodo letargo.

—No. La verdad es que me crié entre ellos—. Él arqueó sus cejas.

—Suenas como Mowgli con los lobos—. Sol puso los ojos en blanco ante la broma y dio más detalles para responder a su pregunta.

—Mi padre tiene un taller, le apasiona cualquier vehículo a motor y me transmitió su pasión. Podríamos decir que aprendí a leer en revistas y catálogos de coches... Y lo digo literalmente.

Eduardo rio por el comentario. Su risa era grave y franca.

—Me lo puedo imaginar. Yo jugaba a hacer masas para construir, enlucir, enyesar...-dijo él, incorporándose al tráfico—. Y a tu madre ¿le parecía bien?

—Perdió la oportunidad de opinar cuando se largó y nos dejó solos. Mi padre se hizo cargo de un bebé de pocos meses y de su negocio sin ayuda. Supongo que lo hizo lo mejor que pudo, dadas las circunstancias, y el resultado soy yo.

Eduardo la observó, tanteando cuánto le había afectado la pregunta. Se quedó tranquilo al comprobar que no parecía afligida, seguramente lo tendría muy asumido.

—Entiendo. No te conozco en profundidad, pero creo que el resultado es espléndido. —Al decirlo Eduardo la miró fijamente, poniéndola nerviosa. Al notar su rubor, decidió cambiar de tema—. Y tu pasión por la fotografía ¿También te viene de él?

—¡Qué va! Comencé con la fotografía en el instituto. Un profesor montó un curso por las tardes y me apunté. Resultó que se me daba bien. Al acabarlo nos presentamos a un concurso y gané un equipo de fotografía profesional y ahí empezó todo. Me relaja coger la cámara y salir a fotografiar.

—Motor, fotografía... y enfermería. No parece una combinación obvia.

—Tienes razón. Cuando me conozcas verás que en mí nada resulta obvio. Soy una mezcla poco habitual. —Terminó la frase con una lenta caída de pestañas. «¿Estaba coqueteando con él?».

—Me intrigas mucho, Sol —respondió Eduardo, fijando de nuevo la mirada en la carretera.

Había coqueteado y él había respondido.

«¿Por qué siento de nuevo ese calor en el rostro? —no era tímida, pero con él se sentía cohibida—. No lo entiendo».

Respiró profundamente para calmarse y se apretó disimuladamente el lóbulo de la oreja, en un intento vano de mejorar el color de sus mejillas.

—¿De verdad te pillaba de camino?

—Sí, voy a nadar a una piscina que está muy cerca.

—¿Nadas a las diez de la noche? ¿Después de una paliza a montar muebles como la que nos hemos dado? ¡Estás loco!

—Me relaja —respondió Eduardo encogiendo los hombros—. Intento nadar todos los días. Prefiero hacerlo temprano, pero a veces me es imposible y busco hueco cuando puedo. Por suerte en Madrid las piscinas tienen horarios muy amplios. En Murcia me cuesta más. Tu turno..., ¿Cuándo acaba?

—El turno de noche entra a las diez y sale sobre las siete, después de hacer el relevo.

Tras una mirada fugaz al reloj del cuadro de mandos decidió que iban bien de tiempo, no había mucho tráfico y estaba disfrutando de la conversación, así que aminoró la marcha e intentó alargar un poco el trayecto.

—No has respondido a mi pregunta... ¿La enfermería te viene de familia?

—¡No! Apenas tengo familia, realmente hasta hace muy poco hemos sido solo mi padre y yo —dijo Sol con una gran sonrisa. No parecía que el abandono de su madre le supusiera un problema—. ¿La enfermería? No sé, me gustan mucho los niños, pero no tengo paciencia para enseñar, siempre me encontré cómoda curando heridas y tenía una vecina... Una anciana, con la que a veces me quedaba, que había sido enfermera y me contaba batallitas.

—Y, ¿qué especialidad has elegido? —Eduardo parecía realmente interesado, así que Sol siguió respondiendo a sus preguntas de forma natural. Se encontraba muy a gusto con él, y pese a que, la estaba sometiendo a un tercer grado no se sentía mal.

—Pues... al final me especialicé en enfermería pediátrica

—¡Aah! Ahora entiendo la relación entre la enfermería y que te gusten los niños.

—Eso es, pero he acabado trabajando en neonatos, aunque me gustaría pasar a la planta de pediatría en un futuro.

—¿Y quién te lo impide?

—Por el momento no hay plazas, aunque estoy esperando que quede alguna. Lo tengo solicitado, así que entiendo que será cuestión de tiempo.

—¿Es muy duro trabajar en neonatos?

—Imagino que como en todo, hay días muy gratificantes y otros no tanto. En los hospitales vemos lo mejor y lo peor de la vida... y en neonatos quizá más que en ninguna otra rama.

La respuesta de Sol hizo que Eduardo se sumiera en sus pensamientos, odiaba los hospitales e intentaba no entrar si no era estrictamente necesario. En su opinión, eran lugares horribles donde pacientes y familiares sufrían.

—Bueno, ¿y tú?... ¿hay niños en tu vida?

«¿Por qué había preguntado eso?», pensó. Él se quedó callado tomándose su tiempo para responder.

—No, ninguno... Más allá de los hijos que puedan tener nuestros clientes, con los que no suelo interactuar. Y... bueno... la pequeña de Daniela cuando nazca. —Sol lo miró sorprendida. Su amiga le había contado que los Cano eran una familia numerosa y le extrañaba que no hubiera algún sobrino o sobrina, pero no quiso preguntar más. No obstante, Eduardo leyó la duda en su cara y siguió hablando—. Somos varios hermanos, todos chicos y todos muy centrados en el trabajo. Hasta ahora ninguno hemos tenido nada lo suficiente serio para dar el paso.

Un recuerdo fugaz de Anabel, cruzó la mente de Eduardo en el momento en que pronunciaba esas palabras. Sol, que lo miraba atenta pudo vislumbrar un sutil e igualmente fugaz cambio en su expresión. «¿A qué se debía?» Decidió cambiar de tema, a algo más seguro.

—La arquitectura lo veo obvio ya que el negocio familiar es la construcción. Daniela me ha contado un poco de la historia de tu familia. Pero ¿la natación?, lo normal es el gimnasio, la bicicleta, o ahora que esta tan de moda, el *running*.

—La natación, como ya te he dicho, me relaja, me ayuda a dejar la mente en blanco...es de las pocas cosas que lo consiguen.

Por la mente de Sol pasó la idea de algo que a ella también le hacía dejar la mente en blanco, pero no quiso resultar pícaro y se lo guardó.

A la par él pensó en cómo sería con ella, el sexo era algo que lo obligaba a concentrarse en su pareja y en sus sentidos. Le encantaba estudiar las reacciones de la mujer a sus atenciones, buscaba aquello que provocaba el mayor placer no solo para él, sino también para ella. «¿Qué sería lo que la haría vibrar?».

Su mente había vuelto a divagar a algo imposible, Sol lo atraía e intrigaba a partes iguales, pero algo le decía que ella no era una persona de sexo sin compromiso. Era demasiado dulce y sensible.

A las diez menos cuarto el coche paraba en la puerta del hospital y tras agradecerle con un beso en la mejilla el trayecto, Sol le deseó buenas noches y se despidieron.

Eduardo no se dio cuenta de que se había pasado la entrada al parking de la piscina hasta que fue demasiado tarde para dar la vuelta. El rato con Sol y su tierno beso de despedida lo habían dejado noqueado y pensativo. Hacía mucho tiempo que no le impactaba tanto una mujer.

Capítulo 4

La noche había sido tranquila; el único incidente, el ingreso de un neonato de parto prematuro, sin excesivas complicaciones. Unas horas en la incubadora y el pequeño estaría con sus padres ese mismo día. El resto habían sido trabajos rutinarios, sus chiquitines, como le gustaba llamar a sus pacientes, evolucionaban lentamente pero sin problemas.

Eran las siete y cinco cuando salió por la puerta del hospital con idea de llegar a casa lo antes posible y dormir hasta la hora de comer.

Como miraba despistada en la aplicación de la EMT de su móvil, a qué hora pasaba el próximo autobús, no vio que Eduardo la observaba desde su coche.

Había pasado casi dos horas nadando sin tregua, intentando calmar la inquietud que, desde la noche anterior, se había apoderado de él. Al salir, relajado y con la mente despejada, miró el reloj y viendo que eran casi las siete decidió pasar por la puerta del hospital por si la veía salir. No pretendía parar, solo ver si coincidía con ella. Eso fue lo que se dijo a sí mismo. Una plaza quedó libre en la acera de enfrente y aparcó sin pensarlo. No tenía intención de bajar, lo más probable era que ya hubiera salido o que lo hiciera más tarde. De pronto, se sintió como un adolescente nervioso en la puerta del instituto, vacilando en si dejarse ver o no por la chica que le gusta. Se enfadó consigo mismo. Se sintió imbécil y dudó entre marcharse o salir del coche. ¡Qué narices le pasaba! Se consideraba un hombre seguro de sí mismo, hacía mucho que había dejado atrás las dudas e inseguridades.

«Todo aquello se quedó en Berlín», se recordó.

Arrancó de nuevo, puso el intermitente para incorporarse al tráfico. Otro vehículo le cedió el paso con intención de ocupar el hueco que quedaría libre. En ese momento, la vio. Se despedía de alguien en la puerta y caminaba absorta en su móvil. Con el pelo recogido y un atuendo cómodo compuesto por unos vaqueros gastados, una sudadera, unas *converse* rojas y su mochila al hombro. Parecía más joven, despreocupada, hermosa. Paró el motor y salió del coche.

El conductor del otro vehículo pitó y al pasar por su lado soltó varios improperios que Eduardo no escuchó. Su mente había dejado de pensar, sus dudas desaparecieron y su cuerpo avanzó hacia ella como atraído por un imán.

Fue el ruido de la bocina lo que hizo que Sol mirara en su dirección y lo viera acercándose lentamente. Con esos pantalones chinos color caqui y el polo de Ralph Lauren oscuro que llevaba estaba tremendo. El pelo mojado y ese mechón travieso que caía sobre su frente y que se moría por colocar. Sonrió pensando «¡Ojalá! Todas las mañanas empezaran así».

—Buenos días, princesa. ¿Qué tal la noche?

Sol notó como sus piernas flojeaban. Cogiendo fuerzas de flaqueza pudo responder algo coherente.

—Bien, bastante tranquila. Y ¿tú? ¿Has nadado desde ayer? —Eduardo, pareció no entender, por lo que decidió aclarar la pregunta—. Ayer cuando me dejaste te ibas con intención de nadar un rato. Tu pelo húmedo y que estés por aquí me dicen que vienes de nadar. ¿Has nadado toda la noche? —Acompañó la frase con una sonrisa para evidenciar que bromeaba.

—¡Ah! No. Ayer... —Buscó una justificación, ya que no podía decir que ella lo había dejado KO y se había pasado la salida—. Ayer me llamaron y no pude ir. Al final lo dejé para hacerlo esta mañana temprano. —La expresión de Sol no cambió. La excusa había sido convincente lo que le dio confianza para continuar—. Iba pensando en parar para tomarme algo cuando te he visto salir y, he tenido suerte de encontrar un hueco... ¿Te apetece acompañarme? Creo que hay un Starbucks en aquella calle, no muy lejos andando.

—¡Vaya! Sí que la has tenido. No es fácil aparcar por aquí. Venga, vamos a desayunar, yo también necesito un café.

Dejaron la mochila de Sol en el maletero del Lexus y paseando llegaron a la cafetería. Hacía una mañana agradable para caminar, las noches cada vez más largas eran también más frescas. Ambos agradecieron respirar el aire puro y revitalizante de la madrugada. La cafetería acababa de abrir sus puertas, y el personal todavía organizaba el mobiliario, recargaba los dispensadores preparándose para afrontar otro día de trabajo. Pese a estar prácticamente vacío, el ambiente en el interior estaba cargado, seguramente por el cierre de la noche y la parada de los equipos de climatización. Eduardo sugirió pedir para llevar, y Sol secundó su idea señalando un parque cercano, donde en alguna ocasión se evadía huyendo de la atmósfera saturada del hospital.

Estaba hambrienta, no había comido nada desde el picoteo que preparó Daniela la tarde anterior, pero esperó a que Eduardo pidiera primero, un *vainilla latte* grande y dos *muffins*. Era de buen comer, como ella, así que decidió pedir lo que le apetecía y no cortarse, como tenía que hacer tan a menudo. Eligió el café especial *pumkin spice latte* con nata, sirope y *topping* tamaño grande y una gran porción de *carrot cake*. Tras pedir miró a Eduardo disimuladamente, buscando en su cara algún signo de sorpresa o desaprobación. No fue demasiado discreta porque él fue muy consciente de ello y su expresión se tornó divertida. ¡Pillada! Así, que se encogió de hombros y miró hacia el techo resignada, lo que arrancó la risa de su compañero.

Después de pelearse por pagar la cuenta —disputa que ganó Eduardo—, salieron del local en dirección al parque.

—La próxima vez pago yo —protestó Sol mientras él sujetaba la puerta.

—Ya veremos.

Eduardo lo dijo pensando en que lo más probable fuera que no hubiera próxima vez, aunque adivinó que ella lo había tomado como un reto. No entendía qué le había llevado a bajarse del coche e invitarla a desayunar. Tenía una reunión temprano a la que no iba a llegar. Eso le recordó que debía avisar a Leo. Mientras andaban le envió un mensaje diciendo que estaba en un atasco. La excusa perfecta, ya que en Madrid era lo habitual.

Sol no era ni por asomo el tipo de mujer con el que él solía relacionarse. Lo sabía desde que la conoció, pero mirándola así, con ropa de *sport*, sin maquillar, despeinada, llevando la enorme bolsa de Starbucks con su abundante desayuno y... su bonita sonrisa. «¡Buff! ¿Qué le pasaba?». Había algo en ella, algo que la hacía más peligrosa que todas las demás. No podía dejarse llevar, obviamente le atraía... mucho, pero era amiga de Daniela y no podía comportarse como un cabrón con ella. No era mujer de un polvo y adiós ya te llamaré.

Sumido en sus pensamientos, apenas escuchó lo que Sol decía. Sus pasos los llevaron a un banco al cobijo de unos árboles, ella se sentó y abrió su bolsa dispuesta a dar buena cuenta de su opíparo desayuno. Él la imitó.

Sol suspiró al tomar el primer sorbo de su café, lo que provocó que Eduardo centrara de nuevo su atención en ella. Observándola. Deseándola.

—No sabes lo mucho que me gusta este café. ¿Quieres probar? —Joder, claro que quería, pero

de sus labios, pensó él, aunque solo asintió—. No lo tienen siempre ya que es un producto temporal, hace un par de años que no lo tomaba. Prueba —dijo, acercando el vaso para que él lo cogiera. Lo tomó y bebió un pequeño sorbo. Estaba rico, quizá le sobrara la nata y los *topping*, pero el sirope de calabaza y las especias le daban un toque interesante.

—¿Te gusta? Cada vez que lo tomo me transporta directa al otoño, al inicio del frío, a los días de comer castañas y pasear sobre las hojas sintiendo como crujen bajo los pies al pasear por el parque. ¡Me encanta esa estación! Sus colores, su olor, sus frutos... —Él la miraba fijamente y se sintió cohibida—. ¡Vaya! Otra vez me he excedido. Y ya van tres. —Rio por su naturalidad, porque Sol era así. Se

—La verdad es que no llevo la cuenta. Pero me sorprendes gratamente. Me gusta la naturalidad con que te comportas.

—¿Sí? ¿No te asusta que haya pedido casi tanta comida como tú? ¿O que sepa de coches como lo haría un hombre? ¿O...? —. Él la interrumpió

—Me sorprendió que supieras tanto de las características de mi coche. Sí, pero ¿qué tiene de malo? Es un tema como cualquier otro para hablar. Si puedo hacerlo con mis amigos ¿Por qué no contigo? —Fue una pregunta retórica ya que no dio tiempo a que ella respondiera. Continuó hablando—. En cuanto a la comida... Simplemente me encanta... ¿Sabes la cantidad de personas que no hacen lo que realmente quieren? ¿Qué se limitan a comportarse como se espera de ellos? Nunca lo he entendido. ¿Tienes hambre? Come... cuanto desees. Yo no voy a cuestionarte. Yo lo hago. ¡Dios mío! Yo mismo, soy un goloso. —Sol sonrió y sus ojos la acompañaron—. Pero el otoño... Eso sí me sorprende. ¿Otoño? ¿De verdad? Te hacía más de primavera, las chicas soléis ser de primavera.

—¿Las chicas? Serás... —Le golpeó suavemente—. Pues a mí me gusta el otoño.

—Yo soy de verano. Me gustan las frutas de verano, el sol, los deportes veraniegos, las noches de calor, la playa, las vacaciones...

—¡Qué predecible! —Eduardo se hizo el ofendido y ambos acabaron riendo a carcajadas.

Mientras el desayuno iba desapareciendo hablaron de sus familias, de sus gustos y *hobbies*. Sol hablaba de sus hermanastros, cuando enmudeció fijando su mirada en las copas de los árboles. Él respetó su silencio e intentó identificar qué era lo que le había hecho callar. No lo vio, pero la imagen era preciosa. Los rayos de sol se filtraban entre las frondosas ramas. ¿Era eso lo que miraba? Observó como sacaba de su bolso una pequeña funda, de la que extrajo un diminuto objetivo que acopló en la cámara de su móvil. Siempre preparada, captó la imagen tras ajustar los parámetros para la captura, inmersa en lo que hacía, buscando la posición óptima para obtener la mejor imagen. Más ajustes. En la frente se le marcó una arruguita que él quiso acariciar. Hizo otra foto y le mostró el resultado cuando estuvo convencida. Era buena, muy buena.

La conversación fluyó entonces hacia la fotografía, los viajes que Eduardo había hecho de mochilero por Europa, buscando aquellos edificios emblemáticos que había estudiado en la carrera. Era bueno pintando, pero la fotografía no era su fuerte. En sus fotos no se apreciaban las pequeñas particularidades que hacían especial la arquitectura del edificio que estudiaba, así que desistió y lo que no podía pintar quedaba grabado en su retina.

Los acordes de la banda sonora de *El bueno, el feo y el malo* procedentes del iPhone de Eduardo rompieron el momento. Cortó la llamada sin cogerla. Era Leo, seguramente, cabreado por su ausencia. Ambos fueron conscientes en ese momento de lo rápido que se les había pasado el tiempo y se levantaron rápidamente, dispuestos a continuar con sus obligaciones diarias. Regresaron en silencio hasta el coche, donde Sol recuperó su mochila. Una vez allí se ofreció a

llevarla, pero ella declinó la oferta. Eduardo se sentía extraño, por un lado, le molestó que ella no aceptara su proposición, ya que le apetecía alargar el momento, pero por otro... no. Era lo mejor. Llegaba tarde, nunca había faltado a una reunión, se tomaba muy en serio su trabajo, e iba a tener una mañana de mierda no solo por la falta de tiempo, sino porque Leo iba a estar muy cabreado con él. ¡Joder! Se estaba agobiando y las dos horas de piscina no le habían servido de nada.

Sintió los suaves labios de Sol en su mejilla y antes de que pudiera reaccionar, ella desapareció corriendo hacia el autocar que llegaba a la parada. Se tomó unos minutos para normalizar sus pensamientos, justo los que tardó en alejarse ella en su asiento del autobús. Esa chica le gustaba, por algo que no atendía a comprender. Apoyó la frente sobre el volante. Tenía que alejarse o ambos acabarían mal.

Sol también buscó apoyo. Lo encontró en la superficie fría del cristal de la ventana, cerró los ojos calmando los sentimientos que se agolpaban en su interior. Eduardo era... era... ¿demasiado perfecto? Según le iba conociendo le gustaba cada vez más. No solo era guapísimo, también era educado, cariñoso, divertido y muy interesante...

«¡Ainsss! ¿Puede salir algo de esto?», se preguntó.

Él parecía interesado en ella, la forma en que la miraba. ¡Joder!, no era tonta y se había dado cuenta de que, durante la conversación, había habido *feeling*, tenían gustos parecidos. Al principio estaba nerviosa, pero luego se relajó y disfrutó mucho del rato que habían pasado juntos. Y la tarde anterior también, aunque no esperaba volver a verle tan pronto.

«¿Y mañana? ¿Me esperará igual?», se preguntó.

No recordaba haberle dicho hasta cuando trabajaba en turno de noche. No iba a poder dormir, con el café y el subidón que llevaba. Respiró lenta y profundamente siendo consciente del aire que salía y entraba por sus narinas, y poco a poco se fue centrando y se le normalizó el pulso.

Más relajada llegó a casa con idea de ir directa a la cama. Pero, al entrar, Daniela le salió al paso nerviosa, no le dio tiempo a contarle nada sobre su desayuno y sin darse apenas cuenta se vio sentada en la cocina con otro café y unas tostadas; y Daniela hablando sin parar sobre Leo.

La reprendió por subirse a limpiar los muebles en su estado. Era menuda, no había cogido mucho peso, pero el embarazo estaba ya muy avanzado y su centro de gravedad había cambiado. Muchos partos se adelantaban por razones así, ella sabía demasiado bien cómo eran los primeros días de un bebé prematuro. Menos mal que no había pasado nada. En cuanto a Leo, no le conocía, pero tenía claro que estaba loco por ella. El chico debía de estar hecho un lío. Empezar una relación con una mujer, que además estaba embarazada de su hermano era algo... muy fuerte. Apenas se conocían, pero, al igual que le pasaba a ella con Eduardo, había surgido algo. ¿Un flechazo? Nunca había sentido ninguno, pero siempre había imaginado que debía de ser algo así.

Tras escuchar paciente a su amiga e intentar aconsejarla un poco, se acostó. Saciada por el desayuno doble durmió como un lirón. Despertó ya entrada la tarde, descansada y de nuevo con hambre. Menos mal que su metabolismo era acelerado; pese a su descontrolada y abundante alimentación se mantenía delgada, quizá demasiado, pero no podía evitarlo.

Se despertó y miró el reloj.

«Bien, aún quedan varias horas para ir a trabajar», pensó.

Siempre había llevado mal el turno de noche, era muy solitario; al tener que dormir de día cuando le tocaba, hacía que socializara muy poco. Menos mal que solo era una semana al mes. Recordó lo ocurrido esa mañana y sonrió como una tonta. Había desayunado con un chico guapo con el que había tenido buena conversación. ¿Qué más quería? ¿Es que eso no era vida social?

Escuchó a Dani trastear en la cocina, era tarde para que estuviera recogiendo las cosas de la

comida. Cuando entró con cara de sueño y despeinada, Daniela se estaba preparando un sándwich de crema de cacao casera. ¡Buff! Su estómago rugió, lo que llamó la atención de su amiga.

—¿Quieres que te prepare uno a ti?

Dudó durante una décima de segundo, quizá menos. No había comido muy saludable ese día, pero asintió con ojos golosos. Cogió una manzana, se apoyó en la encimera observando a Daniela trabajar y comenzó a dar pequeños mordiscos a la pieza de fruta.

«Primero algo sano y luego el dulce», pensó en Eduardo que se había descrito a sí mismo como un goloso. Quiso decirle a su amiga que tenía que darle a probar, pero esta habló primero, haciéndole perder el hilo de sus pensamientos.

—Hace calor aún para mi paseo. Había pensado ver una peli para hacer tiempo. Me apetece algo de llorar, ¿te apuntas?

—¿De llorar? —La verdad es que no le apetecía mucho, pero había una que podría valer—. Ok, vi el otro día una en Netflix que tenía buena pinta ¿La busco?

—Venga. Ve haciéndolo, mientras yo termino de preparar esto, ¿quieres algo de beber?

—Me apetece una Coca-Cola fresquita —pidió.

Ya en el salón buscó la película entre las opciones de la aplicación y enseguida llegó Daniela con la bandeja.

El film prometía lágrimas y vaya si las hubo. La merienda había quedado atrás y ambas abrazadas lloraban como magdalenas ante el inevitable desenlace de *Antes de ti*.

Debían de quedar unos minutos para el final cuando el móvil de Daniela empezó a sonar devolviéndolas de golpe a la realidad.

Su amiga respondió mientras Sol recogía los restos de la merienda.

—Era Eduardo —dijo Dani cuando Sol regresaba al salón—. Viene con su madre. ¡Con su madre! —Estaba nerviosa. El destino había querido que Daniela volviera a encontrar al que era el padre de su hija. Aunque había resultado que no quería saber nada, pero la familia de él, sí. Sus hermanos Leo y Eduardo y, ahora, ¿su madre?

Daniela solo quería para su hija lo que ella no había podido tener en su infancia, un padre y familia paterna. Ahora sí disfrutaba de ello, pero ya era adulta cuando lo encontró.

—¿Su madre?

—Sí, me ha dicho que Leo y Ángel, han vuelto a pelearse. Esta vez África les ha pillado y ha exigido explicaciones. El resultado es que quiere conocerme. Vienen hacia acá. ¿Qué voy a decirle, Sol? ¡Ainss! ¿Por qué me tiene que pasar esto? Lo más fácil habría sido no decir nada. Ahora tengo que lidiar con una familia que no es la mía, con costumbres distintas, que encima no conozco de nada.

—Venga, tranquila. Vamos a ver... ¿Es que no te parecen buenas personas Eduardo y Leo?

—Sí, claro que lo parecen.

—Ya te digo que no solo lo parecen. Lo son. Sabes que soy muy buena calando a la gente.

—Vale... tienes razón. Pero... ¿su madre?

—Espera... No te lances. Si dos de los tres hijos que conoces son buena gente. ¿Cómo crees que será la madre? —razonó Sol.

—¿Buena gente?

—Ahí quiero llegar, los chicos siempre han hablado muy bien de su madre. Me lo dijiste ¿Me equivoco?

—No, pero...

—Pero nada. No te dijeron que le iba a encantar tener una nieta. ¿No crees que tenga el mismo

derecho que el padre de saberlo?

—Sí, pero...

—Daniela. —Sol agarró a su amiga de las manos poniéndose en frente. Se miraron a los ojos —, va a salir todo bien. Ya lo veras. Seguro que es una viejecita entrañable. ¿Cuál es el problema?

—Creo que... Creo que no quiero que piense que los he buscado porque quiero sacarles el dinero. Tienen una empresa muy productiva, ¿sabes?

—Me lo imaginé al ver el coche de Eduardo. ¡Ok!... Si es ese el problema, solo tienes que contárselo todo para hacerle comprender que tienes tu dinero, tu trabajo y tu familia, y que si has contactado con ellos ha sido solo porque la niña se merece un padre, una abuela y unos tíos. Venga... Dímelo. Imagina que soy ella.

Y así terminaron la tarde. La película sin acabar y Daniela disimulando los nervios mientras repetía una y otra vez la posible conversación con la abuela de su pequeña, que en breve estaría allí, acompañada de su hijo.

Capítulo 5

Eduardo aún sentía el dolor en su mandíbula producto del puñetazo de su hermano Ángel. Los gemelos eran como dos toros cuando se peleaban e intermediar entre ellos suponía salir escaldado. Lo sabía, pero no había podido intentar calmar la situación.

Su madre estaba en la cocina y era fácil que oyera las voces y los golpes. Fue lo que sucedió. África salió a la terraza alertada por el ruido; sus hijos, como cuando eran niños, estaban enzarzados en una pelea. Hasta hacía un rato habían estado tomando unas cervezas charlando tranquilamente, pero en ese momento las botellas rodaban por el terrazo derramando parte del líquido ambarino. Ángel tendido en el suelo luchaba por quitarse a Leo de encima que, sentado a horcajadas sobre él, intentaba golpearle. Eduardo por su parte sujetaba a Leo impidiendo que cumpliera sus intenciones.

África solo dio una palmada, ni un grito ni una voz, solo una palmada y los tres hombres cesaron de inmediato y la miraron avergonzados. No era la primera vez que pasaba. A lo largo de su vida su madre había parado muchas de sus peleas. Cuando eran pequeños se limitaba a separarles como si fueran gatitos jugando, conforme fueron creciendo y haciéndose más fuertes, era demasiado menuda para ello, así que estableció el sistema de la palmada. Un ruido seco y fuerte que les hacía frenar de inmediato.

A continuación, tocaba explicar qué los había llevado de estar tranquilos a pelearse como fieras. El detonante había sido una frase, bastante de mal gusto, por cierto, por parte de Ángel sobre Daniela, que hizo saltar a Leo como un animal a por él. Eduardo no lo vio venir hasta que fue demasiado tarde y ambos estaban enzarzados.

Se frotó el lugar del golpe en un vano intento de calmar el dolor. Mañana estaría morado y tendría que dejarse crecer un poco la barba para ocultarlo.

—¿Te duele? —preguntó África desde el asiento del copiloto.

—Bastante, pero en unos días se pasará. Ya sabes que tengo experiencia con los puños de los energúmenos de mis hermanos —respondió resignado. Su madre suspiró. Estaba decepcionada por el comportamiento de sus hijos.

—De verdad que me cuesta creer que me hayáis ocultado algo así durante varios meses. A veces no sé qué tipo de hombres he criado.

A Eduardo le dolió ver a su madre tan abatida por ese tema, tampoco estaba de acuerdo con el comportamiento de Ángel, pero en el fondo lo comprendía.

—Mamá, no era decisión mía decírtelo. Era Ángel quién debía hacerlo. Entre otras cosas...

—Pobre chica. Por lo menos me queda un hijo decente.

—Leo también ha ayudado, pese a que le cuesta un poco. —Dudó si explicar más sobre el tema, pero África era inteligente y los conocía muy bien a todos. Lo de Leo era tan obvio que dudaba que su madre lo hubiera pasado por alto, de forma que continuó hablando—. Sé que siente algo por ella y le está costando mucho lidiar con ello. Debe de ser muy difícil.

—Pensaba que os había enseñado a tratar a las mujeres. No como floreros o algo que llevar del brazo o calentaros por las noches. —La mirada acusadora de su madre le hizo estremecer—. Lo he hecho fatal. Os estáis comportando todos como, como... —África se tapó la cara enfadada.

Buscando las palabras exactas para definir la cuestionable forma de actuar de sus hijos—. Ángel va de cama en cama, por lo que veo sin protección, y sin hacerse responsable de sus actos. Pero Leo y tú... no sois tan distintos de él. Y de Juan..., no quiero ni pensarlo. ¡Con el ejemplo que tiene de vosotros tres!

—¡Mamá! No es así —intentó explicarse—. Simplemente no hemos encontrado a nadie que merezca la pena. Yo no voy de cama en cama, y ellos tampoco.

—Ya... Tú tienes tus líos programados, como si fueran unas clases particulares. Los martes yoga, los jueves pintura. ¿Es que crees que no lo sé? ¿Te parece algo correcto?

¡Joder con su madre!, pensaba que era discreto, pero... Era correcto para él. Era la única forma que había encontrado para superar el dolor sin hacer daño a nadie.

—Vale... —intentó justificar sus actos—. Pero yo dejó las cosas claras antes de iniciar cualquier relación. Uso protección y no voy de cama en cama. Además... No estamos hablando de mí. ¡Joder! ¡Soy yo el que ha estado ayudando a Daniela! —gritó alterado.

Menos mal que su madre decidió cambiar de tema, a Eduardo no le gustaba dar explicaciones de sus actos y su comportamiento en ese aspecto, ni siquiera a ella. Había encontrado en su padre un confidente para eso, y África lo respetaba. En varias ocasiones, desde la muerte de su padre, le había ofrecido su apoyo y se mantenía a la espera de que Eduardo necesitara su consejo.

—Háblame de ella —le pidió.

Eduardo cambió su expresión, se le iluminó la cara y habló de Daniela con cariño.

—Te va a gustar. Es una chica menuda, muy guapa. Está preciosa embarazada con su barriguita redonda. Es fuerte y decidida. Nos dejó las cosas claras a Leo y a mí este verano. No va buscando enganchar a nadie, solo nos quiso dar la oportunidad de formar parte de la pequeña familia que ha decidido formar.

—No entiendo que Ángel no se quiera involucrar. Es su hija, mi nieta...

—Ya le conoces. Demasiado cabezota y lo que pasó... Yo creo que ha hecho que se cierre en banda.

—Pero no todas las mujeres son iguales. Si Leo y tu habéis sido capaces de ver lo bueno en esa chica ¿por qué él no?

—Simplemente no le ha dado la oportunidad. No ha querido hablar con ella, mamá. —A las palabras de Eduardo les siguió un pequeño silencio. La canción *Tell It Like It Is* de Aaron Neville sonaba en el reproductor del coche. Le gustaba. Ambos escucharon la dulce melodía. A África le encantaba el SOUL y él había seleccionado una lista de reproducción en esa línea en un intento de animarla un poco.

—Es mi nieta, Eduardo —concluyó África—. Tengo que formar parte de su vida. Me hago mayor, ninguno tenéis previsto en un futuro próximo formar una familia. Tu padre... —Se emocionó al recordar—. Hubiera sido su pequeña, la que tanto buscamos y no llegó. ¿Crees que me dejará verla crecer?

—Estoy seguro. Daniela es independiente, querrá tomar ella las decisiones que tengan que ver con su hija. Si las respetamos vamos a formar parte de su vida, mamá. Ya verás.

—Eso espero, hijo. Eso espero.

El trayecto a casa de las chicas no era largo, pero a él se lo había parecido por la conversación con su madre. Aún se sentía como un niño pequeño al que regañaban por haber hecho alguna trastada, cuando le hablaba de ese modo. Y encima esta vez no tenía nada que ver.

Aparcó cerca del portal y acompañó a África. Prefirió dejarlas solas, por lo que tendría que hacer tiempo al menos durante un par de horas. La bolsa de la piscina estaba en el maletero del

coche, podría ir a nadar un rato, pero... miró el reloj, eran las ocho y media, Sol estaría en casa. Sin pensarlo mucho pulsó el interfono.

—¿Quién es? —Se oyó la voz enlatada de Sol.

—Edu.

—Daniela ya está en su casa. Quería enseñarle a tu madre la habitación. ¿Espera que os abro? —sonó el timbre de apertura de la puerta y Eduardo empujó.

—Mi madre ya subió. Yo... Yo tengo que hacer tiempo y... Mmm... Me preguntaba si te apetecería tomar algo. Luego te podría acercar al trabajo.

Un profundo silencio se hizo al otro lado. Eduardo llegó a pensar que se había cortado la comunicación y cuando iba a preguntar si seguía ahí, ella respondió de forma escueta.

—Sube.

Al llegar a la planta de las chicas la puerta de la vivienda de Sol estaba entornada, empujó despacio mientras se asomaba.

«Esta chica es demasiado confiada», pensó.

Pero antes de que pudiera decir nada, ella habló desde su habitación.

—Ponte cómodo... Si te apetece tomar algo, mira en la nevera. Estás en tu casa. Tardo cinco minutos en ducharme.

Se quedó con unas ganas terribles de pasar de la cena y entrar con ella en el baño. En un intento de calmar su mente, abrió la nevera para servirse un buen vaso de agua fría. Probablemente hubiera sido más útil echárselo por la cabeza, ya que por ella no dejaban de pasar imágenes de la chica frotando su cuerpo desnudo en la ducha.

«¿Es que tienes quince años? ¡Joder!», se reprendió mentalmente.

Fiel a su palabra Sol salió unos minutos después, fresca y vestida con unos vaqueros cómodos y una camiseta fina de manga larga de color verde, que resaltaba el color de su pelo y sus ojos.

De forma eficiente metió algunas cosas en su mochila para el trabajo, ajustó la trenza floja que llevaba mirándose en el espejo del recibidor y cogió las llaves de la mesa auxiliar.

—Cuando quieras —dijo finalmente.

Sorprendido por la velocidad en que la chica se había preparado, salió al descansillo y espero a que cerrara la puerta. Cuando bajaron en el ascensor, el trayecto se le hizo eterno.

—¿Te parece que tomemos algo por la zona del hospital? —preguntó Edu—. Así vamos más tranquilos si se hace tarde.

—Por mi bien ¿Qué tenías pensado?

—¿Tienes mucha hambre?

—La verdad... No mucha. Hemos merendado hace un rato.

—¿Te apetecen unos sándwiches? ¿Te hace Rodilla?

—Por mí, ¡perfecto!

Al salir del ascensor, Edu se giró hacia ella para cederle el paso y Sol se fijó en la mancha rojiza que adornaba parte de su mandíbula. Por instinto alargó su mano y le acarició. Edu se sintió incómodo por su cercanía y se apartó con un movimiento brusco.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—Apenas.

—Mañana lo tendrás morado. ¿Quieres que subamos y te pongo algo?

—No te preocupes. Ya me lo pondré en casa. Vamos a cenar que, si no, no nos dará tiempo.

Ante la reacción de Eduardo al salir del ascensor, Sol decidió mantener un poco la distancia. Tenía que controlar su tendencia natural al contacto. Ahora que había más confianza entre ellos, le

costaba evitar acariciarle, rozarle o incluso golpearle de forma amistosa ante una broma.

Sol no solo se expresaba con palabras, lo hacía también con su cara, sus ojos y con el tacto. Todo su cuerpo hablaba con ella, y eso le incomodaba mucho. Era consciente porque cuando, como anteriormente, le tocaba o rozaba, él se ponía rígido.

En el coche, Sol se interesó por lo sucedido entre sus hermanos y la razón por la cual él lucía tan glorioso golpe.

—Es curioso cómo os comportáis los tíos. Siempre arreglando vuestras diferencias a puñetazo limpio.

—¡Eh! No me metas en el mismo saco que a mis hermanos. Son ellos los que dialogan siempre con los puños. Yo simplemente he cobrado por intentar evitarlo —se defendió.

—Pero..., no entiendo cómo se llega a ese punto.

—Tanto Leo como Ángel son muy impulsivos. El tema «Daniela» es algo peliagudo entre ellos. Leo esta jodido porque Ángel le levantó la chica y encima no entiende cómo puede comportarse tan fríamente.

—No los conozco. De Leo sé lo que me ha contado Daniela, y bueno de Ángel... la verdad es que me parece un poco... —No quiso insultar, pero no encontraba el calificativo que necesitaba usar sin ofender a su hermano.

—Dilo con claridad. Se está comportando como un cabronazo.

—Lo has dicho tú. No yo —sonrió.

—Sabes... No es mala gente. Es muy cabezota e impulsivo, pero tiene buen fondo. Es solo que no ha tenido buenas experiencias con las mujeres y los bebés.

—¿Tiene más hijos? —preguntó sorprendida.

—Nooo —dijo mientras reía—. Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Bien. Éramos unos críos, ellos apenas tenían los dieciocho años recién cumplidos. Ángel salía con una chica de Mazarrón pueblo. Solíamos ir allí los veranos y muchos fines de semana, así que teníamos bastante relación con los zagales de la zona. Ella se quedó embarazada. Le dijo a Ángel que era el padre, él decidió ser responsable y hacerse cargo. Creo que hasta le hizo ilusión. Por circunstancias de la vida Leo descubrió que la chica no estaba embarazada de los meses que decía, si no de menos, por lo que Ángel no podía ser el padre. Se montó un lio y al final la cría lo reconoció. Fue un palo para mi hermano. Sentirse engañado en algo así, creo que le endureció.

—Pero Daniela no está mintiendo.

—Lo sé, pero él no quiere verlo. Sé que no tardará mucho en darse cuenta. Lo malo es que Leo... Estoy seguro de que siente algo por ella.

—La verdad es que me sorprendió mucho la forma en que habéis reaccionado los dos. Es como si la niña formara parte de vuestra manada y sintierais la necesidad de protegerlas.

Eduardo rio ante la ocurrencia de Sol. Era cierto que no iba muy desencaminada. La niña era una Cano y la familia era la familia.

—Bueno, ¿y tú? ¿Cómo llevas tener unos hermanastros tan pequeños?

—La verdad es que bien. Ya te dije que me encantan los niños.

Edu recordaba que ella lo había comentado el otro día. También recordó que esa era una de las razones por las que no debía acercarse, pero había sido impulsivo de nuevo. Se sintió mal, no hacía ni media hora su madre le había echado en cara su forma de tratar a las mujeres, y él se había justificado diciendo, que siempre les dejaba las cosas claras. Con Sol no lo estaba haciendo. Estaba siendo un hipócrita.

Tras aparcar el coche se acercaron al restaurante sin apenas conversar. Como era habitual el sitio estaba lleno, pero les atendieron rápido y pronto retomaron la conversación sentados tranquilamente en una mesa.

Había cerca algunos compañeros del hospital, que los miraron curiosos. Tendrían tema de cotilleo para unos días, lo que no importó a Sol; que se comentara que había estado cenando antes del turno con un guapo desconocido, alimentaría su ego.

Eduardo había estado un poco distante desde que bajaron del coche, pero ella tan natural y extrovertida como era, enseguida volvió a crear el ambiente agradable que habían mantenido inicialmente. Durante la cena volvieron al tema que habían dejado pendiente en el coche.

Sol observó a Eduardo, la seguridad con la que se movía y se expresaba, sus facciones duras, no tan marcadas como las de los gemelos, pero sí muy masculinas. Pensó en cómo serían unos años antes.

—Os imagino a los tres hermanos Cano de adolescentes. ¡Debíais ser terribles! ¡Pobre de tu madre!

—Somos cuatro.

—¿Cuatro? —preguntó sorprendida.

—Sí. Del pequeño no habrás oído hablar. Juan vive aquí en Madrid, está estudiando medicina. Pero está centrado en acabar y nos vemos poco.

—¡Vaya! Si tu madre me parecía una heroína por criar a tres hombres tan tan... —Pensó en cómo terminar su frase y salir del jardín en que se había metido, ¿Masculinos...? ¿Atractivos...? Mientras buscaba un final digno él la observaba divertido. Al final concluyó diciendo—...tan temperamentales. ¿Cuatro? Eso es toda una hazaña.

—La verdad es que los temperamentales son los gemelos. Juan y yo somos más tranquilos.

—Juan es tan... — «¡Mierda! Se había metido en otro jardín. ¿Por qué narices no pensaba antes de hablar?», se reprendió.

—¿Tan...? —preguntó él sonriendo.

—Bueno...ya sabes. Tan... como vosotros

—¿Cómo nosotros? Sé clara, Sol. ¿Qué quieres saber realmente?

Sol enrojeció, nunca había tenido problema en decir a un chico guapo que lo era, pero Eduardo no era un chico, era un hombre muy atractivo, que además lo sabía y jugaba con ella. A él por su parte le encantaba verla avergonzada.

—Pues eso... ya sabes. Tan... tan guapetón. —Eduardo rio y se hizo el sorprendido.

—¿Piensas que soy guapo? ¡Vaya!

—Bueno... —Al mirarlo se dio cuenta de que estaba bromeando y aguantaba una sonrisa. Solo quería verla cohibida—. ¡Serás! —Enfadada le golpeó suavemente el brazo y él rompió a reír—. Sabes que eres atractivo. ¡Todos los sabéis!... Mi pregunta es si tu hermano se parece a vosotros.

—Sí. Los cuatro tenemos bastante éxito, si es lo que quieres saber.

—¡Buff! Terribles. Debéis ser terribles juntos.

—No nos va nada mal, la verdad.

—Creído —le recriminó bromeando. Iba a ser mala. Así que esperó a que él bebiera un sorbo de su refresco y preguntó—. Entonces tan atractivos como sois y ya que no os va nada mal. ¿Hay alguna mujer en tu vida? —Directa, al grano. Su reacción fue inmediata, casi se atraganta con la Coca-Cola.

Ya había tenido experiencias con caraduras que se acercaban a ella con una esposa o novia en casa. No es que fuera buscando al hombre de su vida, pero no le gustaba ser segundo plato de

nadie, y menos ser «la otra». La infidelidad era un tema del que estaba completamente en contra.

Cuando Eduardo se recuperó de la impresión y pudo ordenar sus ideas, ya que Verónica, Marta, Belén... y tantas otras pasaron por su mente de forma fugaz, pensó en ser sincero. Pero... cuando habló dijo.

—Nadie especial hasta ahora —«No es mentira ¿no?», se justificó.

Decidió cambiar de tema, antes de que se volviera incómodo y ella se lo permitió.

—Bien... ¿Y tus hermanos? ¿Son muy traviesos?

—Son dos demonios, la verdad. Pero los quiero un montón.

—Es raro, ¿no? Tener dos hermanos tan pequeños que podrían ser tus sobrinos.

—Mi vida es así. Atípica —dijo mientras se encogía de hombros.

—¿Cómo fue crecer sola con tu padre? Y luego de pronto ¿ampliar la familia?

Eduardo la miraba interesado, y pese que no solía contar su vida a nadie, se sintió cómoda para hacerlo.

—De mi madre no recuerdo nada. Lo único que se de ella es lo que mi padre me ha contado y alguna foto que he visto de ellos juntos. Poco más.

—¿No ha intentado ponerse en contacto contigo?

—¡Qué va! Era muy joven cuando se quedó embarazada; apenas mayor de edad. Intentaron hacer las cosas bien, y pese a que no llegaron a casarse se fueron a vivir juntos. No tuvieron mucha opción porque su familia no quiso saber nada de ella. Mi padre trabajaba en el taller de su tío; este les cedió el piso que había en la planta superior.

—Los padres de tu padre ¿tampoco les ayudaron?

—Mis abuelos fallecieron antes de nacer yo. Él había estado viviendo con su tío. El caso es que justo cuando yo nací, el tío enfermó y mi padre tuvo que encargarse del taller, de su tío... y para hacerlo debió de dejarnos solas, o por lo menos fue como mi madre se sintió. Antes de que cumpliera el primer año ella se había ido. No desapareció. Realmente no fue un abandono. Mi padre me dijo que hablaron, que intentaron arreglarlo pero que mi madre estaba apagada y no era feliz. Él estaba desesperado. Al final decidieron que lo mejor era que ella se marchara y continuara con su vida sin mirar atrás ya que él no podía. Renunció a mí, se fue y me crió mi padre.

—Vaya... Tuvo que ser realmente difícil para él hacerse cargo de un bebé, un anciano enfermo y un taller.

—El tío falleció poco después, dejándole un negocio lleno de deudas, su casa y el piso dónde vivíamos. Vendió la casa y su moto, lo que le permitió sanear un poco las cuentas y se dedicó a mí y a trabajar. Sí, debió de ser una época difícil; solo tenía veintiún años

—Con veintiuno, yo apenas había salido de mi casa.

—Ya... ni yo.

—¿Y tú madrastra? Imagino que después de tantos años solos, se te haría raro.

—Pues sí. Durante mi infancia no recuerdo a mi padre saliendo con mujeres... Y si lo hizo, debió de ser muy discreto. Solo recuerdo que no faltaba a ninguna reunión, actuación o cualquier cosa que tuviera que ver conmigo. Y trabajar... no paraba de hacerlo. No fue hasta que yo empecé a salir por las noches con mis amigas o algún chico cuando me di cuenta de lo solo que estaba. Se había pasado toda su juventud cuidando de mí. Tenía treinta y tantos, cuando me obsesioné con que debía salir, y me dediqué a buscarle pareja. Las madres divorciadas de mis amigas, mis profesoras e incluso la dependienta del supermercado fueron candidatas.

—¡Qué peligro!

—No lo sabes tú bien. Pero probó y salió con algunas de ellas, aunque no surgió nada. Al final me pidió que parara de buscarle pareja, diciendo que estaba bien y que no necesitaba a nadie. Me fui a la universidad y antes de acabar me presentó a Maite, que es cinco años mayor que yo. Al principio me pareció fatal y reaccioné mal. Estuvimos un tiempo distanciados. Fue una etapa muy dura.

—Yo creo que tu reacción fue normal —dijo dándole su apoyo.

—Un día vino a verme Maite y hablamos; me pidió que arreglara las cosas con mi padre; lo estaba pasando tan mal como yo. Estaba dispuesta incluso, a dejarlo con él si era necesario. Me di cuenta de que le quería de verdad y de lo egoísta e injusta que estaba siendo. Ahora nos llevamos muy bien, es más una hermana que una madrastra y los niños son como mis sobrinos. Me encanta ir a verlos porque ahora que yo tengo mi vida, sé que mi padre sigue siendo feliz y no está solo.

Cuando acabó de hablar se sentía bien, no era algo que contara a menudo, pero el interés de Eduardo le había parecido sincero.

Le había contado con pelos y señales su historia, aunque había eludido alguna parte, ya que no fue una adolescente modelo. En esa época le fue bien, su aspecto y poder mantener una conversación con los chicos sobre coches y motores le facilitaron las cosas, incluso hubo un momento en que pensó que su futuro estaba en ayudar a su padre en el taller, porque le encantaba, y quizás habría acabado así si Jesús no se hubiera interpuesto entre Max y ella.

Entonces era una joven alocada, pero aquello no venía al caso.

Su padre impidió que incurriera en el mismo error que años antes había cometido su madre y le estaría eternamente agradecida por ello. En la actualidad, como la mujer independiente que era, entendía a la perfección que ese camino que casi empezó a seguir le habría llevado a un callejón sin salida y habría sido tremendamente infeliz. Jesús le dio las alas y le ayudó a extenderlas, gracias a ello tenía un trabajo que le gustaba, un piso encantador, amigos y la fotografía, que le apasionaba. Se sentía plena. Si este camino no incluía una pareja con la que formar una familia, lo haría sola, estaba convencida.

La comida había desaparecido y se acercaba la hora de entrar a trabajar, por lo que muy a su pesar tuvieron que marcharse.

Eduardo tenía que recoger a África y el hospital estaba a un paso, por lo que decidieron despedirse en ese punto e ir cada uno por su lado.

El momento fue algo extraño, habían hablado mucho y ya no eran completos desconocidos como unos días atrás. Estaba claro que entre ellos había surgido algo, un interés al menos, que aún no sabían definir.

Eduardo le deseó buenas noches y ella le pidió que tuviera cuidado con el coche, no quedaron para otro día, ni hablaron de volverse a ver.

Parados uno en frente del otro, había llegado el momento de separarse, pero ambos eran reticentes.

Por fin, Sol se lanzó a darle su ya característico beso en la mejilla como agradecimiento por el rato agradable que habían pasado, pero justo en el momento en que sus labios iban a rozar su piel, él se giró buscando su boca.

Los labios de Eduardo eran suaves y duros, y no le disgustó su reacción, porque en el fondo lo había deseado desde hacía mucho.

Eduardo, al ver que su maniobra no era mal recibida dio un paso más, la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él. Cuando la tuvo cerca y bien sujeta, profundizó el beso buscando la humedad de su boca. Tenía un sabor dulce, y una lengua traviesa.

Se besaron durante un buen rato, sin ser conscientes de cuánto, perdidos en esa sensación entrelazaron sus lenguas y mordisquearon sus labios. Su respiración se aceleró y sus cuerpos reaccionaron a la cercanía, al contacto.

La sirena de una ambulancia, en su urgencia por llegar a su destino, le devolvió a la tierra rompiendo el momento y recordándoles que tenían que parar. Separaron sus labios, sin dejar de mirarse. Sorprendidos ambos por la intensidad de aquel beso. Noqueados. Lentamente, Eduardo la liberó de su agarre.

Sol con los labios aún enrojecidos, murmuró un apenas audible «Llego tarde» y se marchó corriendo sin mirar atrás. Él la observó huir. Si sus pies le hubieran obedecido también lo habría hecho, porque hacía mucho, muchísimo tiempo que no sentía algo parecido. No estaba bien. Nada bien. Sol era demasiado peligrosa para él. Tenía que parar aquello.

Capítulo 6

Se habían separado sin hablar, asustados por la intensidad de los sentimientos que aquel beso había despertado.

Sol se arrepentía de haber salido corriendo como una cobarde. Era cierto que llegaba tarde, o por lo menos lo supo cuando entró al hospital y miró el reloj. No entendía por qué había reaccionado de aquella manera.

Su noche empezó siendo un desastre. Con la cabeza en otro sitio, completamente desconcentrada, perdió su efectividad y ralentizó su trabajo. Carol, su compañera de turno, tuvo que darle un toque varias veces para que se centrara.

Hacía apenas diez días que Eduardo había entrado en su vida, pero lo había hecho arrasando todo a su paso. Lo que empezó siendo un tonto inocente se le había ido de las manos. Es cierto que desde el primer día sintió algo distinto, pero lo entendió como normal porque era muy atractivo, de esos hombres que llaman la atención a su paso. Sin embargo, cuando empezaron a verse y conocerse mejor, la cosa dejó de ser inocente. Se había imaginado mil veces un beso como aquel. Y ahora, tras haberlo probado, su mente iba más allá.

«¡Con él el sexo debe ser bestial!», pensó. Era un hombre que sabía lo que se hacía y era obvio que la deseaba.

Imaginó que, si las cosas seguían su curso, más pronto que tarde, ambos acabarían en la cama. ¿Y después? ¿Sería ella la chica que él aún no había encontrado? No estaría mal que las cosas funcionaran por una vez en su vida. Estaba segura de que Daniela y Leo, aunque ahora no estuviera claro, acabarían juntos. Lo sintió cuando los vio en aquel bar hace ya tanto tiempo. «¿Dani con un Cano y yo con otro? ¡Sus hijos serían primos! ¿Sería posible? Vivirían en una casa con piscina muy cerca la una de la otra. Diseñadas por Eduardo y construidas por Leo. Las tardes mientras ellos trabajaban, las pasarían juntas charlando y mientras sus hijos jugarían en el jardín. —Sonrió como una tonta—. ¿Por qué no?», soñó.

La noche estaba terminando y apenas había podido descansar, el sueño le hacía pensar estupideces. No sabía si serían posibles o no, pero de lo que si estaba segura era de que ese hombre le había calado profundo. ¿Enamorada? Aún era pronto para saberlo, pero cuando pensaba en la posibilidad de que estuviera esperándola al salir, en su estómago se removían mil mariposas. Quizá un poco «enamorcada» sí que estaba.

Eduardo, tras recoger a su madre y sin apenas dormir había ido a nadar, llevaba ya noventa minutos y los músculos le dolían, la bebida se le había acabado y tenía la boca seca. Miró la hora en el pulsómetro, las siete. En ese momento ella estaría saliendo del hospital, fresca y bonita, con la mochila al hombro. ¿Pensaría en él? ¿Le buscaría? Se obligó a olvidar. No podía ser. Ella conseguía que bajara sus barreras, y tenía que protegerse. No estaba dispuesto a volver a sufrir, al menos por una mujer. Se concentró en su rutina de ejercicios y siguió nadando hasta acabar exhausto.

Estaba en lo cierto, al salir ella le buscó entre los transeúntes que a aquella hora iban y venían de sus casas a sus puestos de trabajo y viceversa. Se sentó en la parada del autobús, agarrando su mochila.

«Quizá está buscando un sitio para aparcar», pensó.

Y dejó pasar dos autobuses. Cuando fue obvio que él no iría se subió al siguiente. Se sintió estúpida por esperarle con ilusión y las mariposas de su estómago se transformaron en un nudo en su garganta.

Durante el viaje a casa puso música y dejó que la fantástica voz de Pablo Alborán rebajara ese nudo. Su Pablo, el que siempre estaba ahí con sus preciosas letras.

«Quizá, yéndome así ayer le he hecho pensar que me arrepiento. ¿Debería llamarle? No tengo su teléfono. ¡Mierda! Ni él, el mío».

Aunque intentó centrarse en su trabajo, Eduardo se sorprendió a sí mismo pensando en ella en varias ocasiones. Se obligó, en todas ellas, a olvidar.

Esa noche tenían la inauguración de la casa de Alpedrete. Había sido un trabajo duro, porque los clientes no habían tenido claro desde el principio qué querían, y les obligaron varias veces a hacer modificaciones del proyecto, pese a todo estaban orgullosos del resultado. Con esa obra no iban a ganar ningún concurso, pero había sido muy lucrativa.

No le apetecía asistir a la fiesta, estaba agotado y prefería quedarse en casa y descansar, pero tenía que acudir.

Mientras se vestía, recibió un mensaje de Belén proponiéndole quedar. Ella era azafata de avión y viajaba mucho. Se habían conocido en un vuelo Madrid-Roma el verano pasado y habían pasado un «agradable» fin de semana en la habitación de su hotel. Desde ese momento se veían de forma esporádica cuando coincidían en la misma ciudad. Esta vez ella iba a pasar un par de días en Madrid y pretendía hacerlo con él. No era una mujer hermosa, pero si atractiva, una fiera en la cama, con ganas de experimentar. Él no era de muchos complementos a la hora de follar, pero tenía que reconocer que el repertorio de Belén era interesante. Con ella había probado cuerdas, esposas, vibradores e incluso que la puerta de atrás no estaba nada mal. Podrían verse al acabar la fiesta, o al día siguiente. Escribió la respuesta explicando que tenía familia en casa pero que podía ir a su hotel al acabar el evento, pero antes de enviar, lo borró. Optó por decirle que no podía, y que ya hablarían para la próxima vez.

Estaba realmente cansado.

Odiaba esas fiestas. Su madre y Leo eran los que se desenvolvían mejor. Él se limitaba a mezclarse entre la gente y responder a sus preguntas de manera educada. Ángel lo llevaba fatal, no estaba acostumbrado a usar traje y se le veía incómodo. Pero de ese espectáculo salía más trabajo, así que tenían que ir todos. Juan era el único que por sus estudios no siempre podía asistir.

Cuando la velada se volvía más íntima, se había enseñado la casa, habían respondido a todas las dudas de los invitados y entregado varias tarjetas de empresa, solían marcharse. Dejaban a su madre en casa y salían juntos a celebrar otro trabajo terminado. Era la tradición y eso habían hecho la noche que conocieron a Daniela. Salían, bebían... A veces terminaban la noche juntos y otras por separado.

Leo fue el primero en fallar y con la excusa de llevar a África a casa no volvió. Les envió un mensaje diciendo que se encontraba mal y que se quedaba con ella.

«¡Ja! Lo que tiene es mal de amores».

Así que salió de copas con Juan y con Ángel y, pese a su falta de ganas, tenía que reconocer que ese compadreo con sus hermanos le gustaba. El pequeño encontró plan al inicio de la noche y se largó con una compañera de estudios que no estaba nada mal. Así que Ángel y él se quedaron

solos, momento que aprovechó para hablarle sobre Daniela, pero su hermano estaba cerrado en banda y no lo escuchó. De verdad, que no entendía cómo podía ser tan bruto.

Su plan llegó un rato después. Un grupo de chicas que estaban de despedida de soltera les salieron al encuentro. Ellos se dejaron hacer, un manoseo por aquí otro por allá. Nunca había entendido por qué las tías se volvían así de locas en las despedidas de soltera, pero luego, cuando te las encontrabas en otra ocasión, se mostraban tímidas y mucho menos desinhibidas.

Su hermano pronto se largó con dos de ellas y él podría haber hecho lo mismo. Eduardo se sintió como un juguete entre todas ellas, pero no estaba incómodo. Sin pudor le habían manoseado el culo y el paquete, excitándolo. Le habían rodeado el cuello, le habían susurrado al oído, y también había recibido algún mordisco en el lóbulo de la oreja. Le habían puesto a cien, porque no sabía de dónde venían las atenciones ya que eran varias chicas las dedicadas a él. Una morena, con unos grandes ojos azules se sentó en su regazo y empezó a comerle la boca, y de forma obscena se restregó contra su entrepierna. Otra, le susurró al oído, mientras le acariciaba la nuca. Paró el beso porque necesitaba calmarse y recuperar un poco o acabaría corriéndose en los pantalones. En ese momento las chicas comenzaron a besarse en su cara, y le miraron buscando su reacción. ¡Joder! Se había puesto muy cachondo. La pelirroja metió la mano entre la morena y él, acariciando su erección por encima del pantalón. Seguro que lo notó muy duro, porque se sentía a reventar. Al observarlas un recuerdo fugaz de una pelirroja con grandes ojos verdes le vino a la mente y se enfrió. Rememoró las palabras de su madre diciendo que iba de cama en cama, la sonrisa confiada de Sol y el intenso beso de la noche anterior, que nada había tenido que ver con aquellos. Cabreado se disculpó con ellas diciendo que necesitaba ir al aseo y luego se escabulló largándose del local.

«¡Gilipollas! ¡Soy gilipollas!».

Había tenido la oportunidad de montárselo con dos tías calientes y su libido había caído en picado al pensar en Sol. ¿Qué le pasaba? La chica estaba bien, pero era demasiado... Demasiado espontánea, tierna, natural, extrovertida... Con esos expresivos ojos y esa boca con labios llenos que tanto le había gustado saborear. Recordó el tiempo que habían compartido, cómo fue sentir su cuerpo pegado a de él cuando se besaron y volvió a ponerse duro. Su excitación no había caído, simplemente estaba supeditada a otra mujer. Eran las cinco, le daba tiempo a pasar por casa, ducharse y llegar a recogerla. Si es que había trabajado esa noche.

Sí, lo había hecho, la jornada de Sol había sido tranquila, casi había conseguido no pensar en Eduardo, hasta ese momento en que al salir del hospital volvió a buscarle en la puerta. Esa mañana no volvería a casa en autobús, porque tenía intención de ir a pasar sus días libres en Segovia, y su coche estaba aparcado en una calle cercana. Tenía ganas de ver a su familia y descansar un poco de la capital. Madrid le encantaba, pero añoraba la tranquilidad de una ciudad más pequeña.

Mientras caminaba sumida en sus pensamientos, oyó su nombre. Al girarse, buscando el origen de la llamada, pudo observar como Eduardo se acercaba corriendo desde el otro lado de la calle. Su corazón dio un vuelco y las mariposas de su estómago volvieron a revolotear. El hombre llevaba dos cafés en la mano, y cuando llegó a su altura le tendió uno.

—Llegué demasiado pronto y decidí acercarme a por el café —dijo—. Me llevó más de lo previsto y casi no te pillo.

Ella le agradeció el gesto cogiendo su *pumkin spice latte* con una sonrisa.

—Duermes poco ¿verdad?

—Si lo dices por las ojeras que tengo se deben a que ayer salí con mis hermanos.

—Lo decía por tus horarios. No todas las personas tienen tanta fuerza de voluntad. Ir a nadar todos los días a las seis de la mañana hasta en fin de semana, incluso habiendo salido la noche anterior... Eso es dedicación y lo demás es tontería.

—La verdad es que hoy no he ido a nadar... Solo he venido a verte.

«¿A verme? ¿A mí?», pensó. Eso hizo que Sol se sonrojara de nuevo y se sintiera imbécil. ¡Con lo que le había criticado esos días por haberla dejado tirada!

—¿Y eso? —preguntó coqueta.

No sabía por qué le había dicho la verdad, habría sido más sencillo poner alguna excusa que justificara que estuviera ahí a esa hora, pero en su lugar había sido sincero. Estaba allí por ella, se le había metido en la cabeza, como una obsesión. En ese momento, su cuerpo acusaba su cercanía. Y el recuerdo frustrado de las veces anteriores unido a las expectativas, le hacía desear llevarla a algún lugar íntimo donde demostrarle qué provocaba en él.

—Pensé... que al ser fin de semana lo mismo estabas libre y te apetecía que hiciéramos algo juntos. —Ella fue a responder, pero él se adelantó—. No ahora claro, luego o esta tarde o mañana. Podríamos ir a hacer fotos, conozco algunos lugares que seguro que te van a encantar.

—¡Ainss, Edu! Sí tengo libre. Libre hasta el martes a mediodía, pero ya tengo planes. Yo, como no hablamos, pensé que... que estarías ocupado. No se me ocurrió que... que quisieras que hiciéramos algo juntos y tengo planeado ir a casa de mi padre. Hace mucho que no los veo y al hablar de ellos el otro día contigo, me entró morriña... Ya sabes.

—¡Aah! Vaya. No pasa nada, la verdad es que es lógico. Y nosotros no concretamos nada. —Estaba decepcionado, pero entendió que ella siguiera con su vida. A fin de cuentas, él no lo tenía claro ni en ese momento—. Pero un rato, un café y quizá un paseo, eso sí puedes ¿no?

—Sí, claro; aunque no muy largo que si no cogeré mucho tráfico.

—Acompañame al coche. Te he traído algo.

—¿A mí? —Le siguió expectante.

—Sí... es algo para acompañar el café. Porque tienes hambre ¿verdad?

—¡Qué fama me he creado!

Ambos rieron ante la ocurrencia. Al acercarse al vehículo, Sol no pudo evitar elogiarlo, recién lavado, llamaba la atención entre todos los coches aparcados.

—¡Es una pasada de bonito! ¡Tiene que ser un lujo conducirlo! Si lo pillara mi padre... ¡Fliparía! ¿Sabes? Le encantan los deportivos y está detrás de probarlo, pero en Segovia no hay casi nadie que lo tenga o por lo menos que él conozca. Tienes que llevárselo un día o dejárselo cuando él venga a Madrid.

—Llévatelo.

—¿Perdón? —preguntó sorprendida ya que no creía haber entendido bien.

—He dicho que te lo lleves. Yo no lo voy a usar y puedo prescindir de él hasta el martes —aclaró él.

Sol lo miró alucinada. Llevarse su coche, así como así, sin más. Él no se inmutó por su mirada y cogió un paquete del maletero, lo desenvolvió con cuidado y le ofreció unos dulces. Sol tomó uno y le dio un bocado, mientras aún pensaba en el coche.

—¡Riquísimo! —Puso los ojos en blanco. Cobertura de chocolate y relleno de crema. ¡Simplemente perfecto!

—Los trajo Ángel. Se llaman *Riñones* y es algo típico de mi tierra. Me encantan y cuando los he visto esta mañana en la nevera he decidido traerlos porque sabía que los ibas a disfrutar. Son mejores que un *carrot cake* ¿verdad? —Aún con la boca llena, Sol asintió.

—¿Quieres otro? —ofreció el chico cuando vio que ella terminaba el último bocado.

—No, no. Gracias.

—Bien, pues te los llevas a casa, para que los prueben tus hermanos —dijo a la vez que los envolvía de nuevo y devolvía la bandeja al maletero del vehículo, junto con la mochila de Sol.

A continuación, le tendió las llaves de su coche.

«Va en serio ¿Me lo está dejando de verdad?», se preguntó Sol.

—Edu, no me puedo llevar tu coche. Yo he traído el mío. Si pasa algo yo... —él interrumpió.

—No va a pasar nada. De todas maneras, el coche tiene seguro a todo riesgo, además me apetece que lo pruebes. Que tu padre le haga una revisión de niveles y así me devuelves el favor.

—Pero de verdad... No creo que...

—Querías probarlo. ¿Qué mejor manera que en un viaje? Tienes que utilizar el modo *Sport* en autopista, de noche es más impresionante, pero ya lo harás.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—Pero...— Él la miro con seriedad, lo que hizo que ella dejara de protestar. Era cierto que se moría de ganas por conducirlo. Así que acabo cediendo a la tentación—. Te dejo el mío en su lugar. Obviamente no es lo mismo, pero no puedo dejarte sin coche hasta el martes.

—Vale, ese día podemos quedar y hacemos el cambio.

Una vez de acuerdo, le explicó las singularidades del vehículo. Metió la dirección de la casa de Jesús en el navegador, y condujo hasta el coche de Sol estacionando el suyo en doble fila, para cargar el equipaje de la chica.

Ella tenía un BMW serie 1 azul eléctrico, un coche muy femenino pero que a Edu no le disgustaba probar.

Conducir el vehículo de Edu con su olor impregnado en cada rincón fue una delicia. Después de callejear un rato, tomó la autopista y pudo disfrutar más relajada del *Lexus*, la música de su querido Pablo Alborán en el impresionante sistema de sonido y el aroma tan característico del hombre que se estaba metiendo en su vida a la misma velocidad que alcanzaba ese deportivo.

Había intentado, durante los casi dos días que no supo nada de él tras el intenso beso, sacarlo de su mente. Tenía que ser precavida porque las cosas entre ellos no estaban nada claras. Por un lado, pensaba que la trayectoria normal a seguir sería alguna cita más, quizá algo de sexo y si funcionaba, de forma natural, comenzarían una relación. Por otro lado, tenía miedo de que lo que ella pensaba que debería ser el orden normal de los acontecimientos, no fuera tal, y Eduardo no tuviera el interés que parecía tener. Hecha un lio y ante la desaparición de él, por fin casi se había convencido de que ese *feeling* que sentía era unilateral, pero al encontrarle al salir esa mañana, tan guapo, solo para verla... ¡Buff! ¡A la mierda sus dudas! Decidió que le devolvería el coche el lunes por la noche, en vez del martes, y en ese momento no iba a dudar como hacía un rato. Al despedirse, no había tenido claro cómo hacerlo y al final había optado por un beso rápido y fugaz en los labios. Cuando le volviera a ver, no iba a darle de nuevo un besito inocente, le pensaba dar un beso de «hola» que iba a recordar durante mucho tiempo. Y si eso llevaba a más, bienvenido sería.

Había decidido ser valiente y dejar la precaución al margen. Aceleró y puso el vehículo al límite de velocidad aprovechando la recta... Se sentía feliz.

Llegó a casa un rato después. Como siempre sus hermanos saltaron a sus brazos para darle la bienvenida. Ambos pisándose la voz el uno al otro intentaron explicarle los acontecimientos de los últimos días. Le pareció entender a Javi, con su media lengua, que se había caído y tenía una

herida que enseñar. Chus, decía algo de Noa, la perra de la familia, pero no llegó a entender. Por fin salió Maite al jardín, la única capaz de poner orden y tranquilizar a esos dos niños revoltosos sin levantar la voz.

—Buenos días, maja. ¿Qué tal el viaje? —Sorprendentemente los niños se habían callado, y pegados a las faldas de su madre esperaban su respuesta. Ambas mujeres se saludaron con un abrazo y un par de besos.

—Bien, la verdad. No había mucho tráfico. ¿Cómo estáis vosotros? —se dirigió a su madrastra, pero hizo la pregunta extensiva a los niños mirándolos. Por supuesto, no dejaron responder a su madre, aunque guardaron su turno de respuesta. El primero en hacerlo fue Javi.

—Tata, ayer... Ayer me caí y me clavé un chinarro en la rodilla. ¡Mira! ¡Mira que *abujero*!

—¡Madre mía! ¡Pero si se te ven las tripas!

—¿Sí? ¿De verdad? —El niño miró atentamente su rodilla buscando aquello que su hermana decía que se salía y las dos chicas rompieron a reír. El mayor no esperó, dado que su hermano había terminado, era su turno e iba a aprovecharlo.

—¡Tata, Tata! —dijo mientras tiraba de la pernera del pantalón llamando su atención—. ¿Sabes lo que le ha pasado a Noa? ¿Sabes?

—No cariño, cuéntamelo.

—¿No te lo ha dicho papá? —No espero respuesta—. ¡Ha tenido bebés! ¡Perritos bebés! Tienes que verlos. Son pequeños y arrugados... Bueno, ya no tan arrugados. Pero papá no nos deja entrar solos porque dice que no hay que molestar a Noa para que los cuide... ¡Son tan bonitos! Tienes que verlos. ¿Quieres? ¿Vamos?

Antes de que Chus tirara de su hermana en dirección a la leñera, donde habían preparado un lugar tranquilo para la perra y sus cachorros, Maite les interrumpió.

—Chicos, chicos —dijo—. Tenéis que terminar el desayuno. Y Sol querrá ver a papá. —Los niños hicieron una mueca de disgusto, pero obedecieron a su madre. Era bárbaro cómo aquella mujer, apenas unos años mayor que ella era capaz de controlar a los traviesos chiquillos de forma tan eficaz. Una vez los niños entraron en la casa, Maite tomó la pequeña mochila de Sol—. Tu padre está en el garaje. Deja que lleve esto a tu habitación y ve a verle. ¿Te preparo algo de desayuno?

—No gracias. Tengo una cosa que enseñarle así que tardaremos un poco —respondió Sol con un guiño.

—¿Coches?

—Ajá

Maite respondió poniendo los ojos en blanco, ya que nunca había entendido la pasión de esa chica por los coches, aunque era entrañable aquella complicidad que mantenía con Jesús gracias a ello.

—Anda ve. Yo meto esto.

Sol había dejado el *Lexus* en la entrada del garaje al que se accedía por la parte trasera de la finca. Cuando a Jesús le empezó a ir bien el taller compró un terreno a las afueras de Segovia, en el que, tras unos años de ahorro, construyó una casa. Sol no había llegado a vivir allí, aunque desde el primer momento su padre destinó una habitación para ella. Ahora con los pequeños iba de forma más frecuente y ocupaba esa habitación.

Como había imaginado, su padre vestido con el mono gris, que era su segunda piel, trabajaba concentrado con las manos bajo el capó, esa vez de un Renault 5.

—¿Y el «dos caballos»? ¿Lo terminaste?

—Hola, preciosa —dijo su padre con una sonrisa—. Lo terminé, está en el taller. Luego si quieres te lo enseño. Ahora estoy con este. Estaba impecable de carrocería y solo hay que hacerle unos ajustes de motor y algo de tapicería para dejarlo como nuevo.

En los últimos años su padre se había dedicado a restaurar vehículos antiguos, algunos por encargo y otros, por gusto. Además, era un *hobbie* muy lucrativo.

Jesús terminó de ajustar algo, se limpió las manos con el trapo y abrazó a su hija con cariño.

—¿Cómo estás? Te veo muy bien.

—Genial papá. Tengo una sorpresa para ti. Abre la puerta del garaje y déjame meter el coche —ordenó.

En cuanto la puerta corredera empezó a deslizarse y se vio el morro del flamante deportivo. Jesús miro a su hija sorprendido, y en su cara se dibujó una sonrisa tan similar a la de ella, que llamaba la atención. Porque su pelo rojo y su carácter abierto y risueño eran algo que Sol había heredado de él.

Antes de que su padre se hiciera más ilusiones explicó que se lo había prestado un amigo, le contó sin entrar en mucho detalle su relación con el chico, y la generosidad que este había mostrado, para que Jesús pudiera probar aquel coche, tan extraño de ver en Segovia.

La prueba no se demoró, en un tiempo récord, ambos se encontraron en dirección al taller para ver el «dos caballos» terminado y Jesús al volante del *Lexus* disfrutando de la conducción. Metió el vehículo en la autopista y callejearon, en un recorrido mucho más extenso del habitual.

Prácticamente a la hora de comer padre e hija regresaron de su mañana juntos. Habían revisado los puntos de control del coche, tomado imágenes del «dos caballos» para poner a la venta en internet y disfrutado de un aperitivo en el bar de siempre, en el barrio donde había crecido.

Tras una copiosa y agradable comida familiar, se retiró a su habitación para descansar un rato. Apenas había dormido desde la mañana anterior y se sentía cansada. Acostumbrada a sus extraños horarios de sueño, con pocas horas era capaz de recuperarse, y al despertar estaba fresca como una lechuga.

Los niños merendaban en el porche, supervisados por Maite y su padre los acompañaba ojeando una revista de automoción. Se sentó con ellos y revisó sus mensajes.

Cuando cambió el coche con Eduardo se habían intercambiado también los números de teléfono. Al llegar a Segovia ella le había enviado un mensaje diciendo que ya estaba en casa y que el coche seguía de una pieza. Él no respondió de inmediato si no que lo hizo mientras ella dormía.

Edu: No esperaba menos. ¿Qué tal? ¿Tu padre que dijo? Dime que opináis.

No pensó mucho su respuesta.

Sol: Bien. Se quedó muerto cuando lo vio y ya lo ha probado. Los niños quieren dar un paseo también. ¿Te importa si los llevo?

Edu: Sin problema. Dales el gusto a los críos. ¿Qué le pareció a tu padre?

Sol: Lo que te dije que haría. Flipó. Muchas gracias. ¡Ha estado genial! ¿Entonces puedo meter a los monstruos dentro? ¿Comer helado y palomitas? Eso les va a gustar mucho.

Eduardo fue consciente de como su madre le observaba escribir en su móvil, había estado durmiendo casi toda la mañana y después de comer, jugando a la consola con Leo. Este seguía jugando, pero él lo había dejado hacía un momento al escuchar el tono de mensaje.

África no sabía con quién conversaba, pero se había mantenido atenta observando como él se mensajeaba con su interlocutor con una sonrisa.

Al terminar volvió a su monótono día, sabiendo que tenía a su madre descolocada. Lo que hacía a Leo estar encerrado como un ermitaño se podía intuir, pero lo suyo no era tan obvio. En

otras ocasiones había propuesto ir al teatro, al cine, o simplemente dar una vuelta por algunos de los lugares que aún no conocían de la capital y sus alrededores. Esa tarde ella había sugerido ir a El Escorial a ver el monasterio, pero la respuesta fue un gruñido. Así que África decidió matar el tiempo haciendo un jersey para su futura nieta.

La propuesta de salir a cenar tampoco cuajó y terminaron el día comiendo pizza mientras veían una peli. Todos eran conscientes de que ese comportamiento apático no era normal.

Ni Ángel ni Juan habían pasado por casa. El primero había enviado un mensaje diciendo que se iría directamente a Murcia, seguramente desde la cama de alguna mujer. El segundo tenía que estudiar y no se verían hasta finales de semana.

La mañana del domingo no fue muy diferente. Eduardo estaba trabajando en su despacho y Leo había ido a correr, cuando África regresó de un largo paseo vespertino.

—¿Trabajando? —preguntó a Eduardo preocupada, porque tampoco era habitual que ocupara en ello su poco tiempo libre.

—Intentando adelantar un poco —respondió de forma automática concentrado en su tarea.

—¿Quieres que hagamos alguna excursión hoy? Parece que el día va a acompañar.

—Mmm.. Quiero terminar esto... Luego lo vemos —dijo él sin mucho interés.

Lo que descubrió más tarde fue que su madre, que era inquieta y no le gustaba perder el tiempo haciendo banalidades en casa, según cerró la puerta del despacho decidió mensajear a su amiga Maribel, que vivía en el centro, y quedó con ella para tomar algo ya que se negaba a pasar otra tarde enclaustrada como el día anterior.

Eduardo tenía la norma de no trabajar los fines de semana, o por lo menos intentarlo. No había nada realmente urgente, pero no le apetecía ir a la piscina como hacía los domingos y como estaba aburrido terminó uno de los proyectos que le habían encargado. Eso le permitiría adelantar la reunión con su cliente. Había pasado prácticamente toda la mañana metido en el estudio. Estaba satisfecho, aunque sentía los músculos entumecidos. Al salir, le llegó un rico aroma a comida casera desde la cocina, miró el reloj y se asombró de lo tarde que era. Leo y su madre trasteaban preparando la comida y se unió a ellos. Le gustaba tener a su familia en casa. Había vivido prácticamente solo desde que se marchó a terminar la carrera en Berlín, pero cuando se estableció en Madrid para ocuparse de la parte técnica de la empresa, buscó un piso grande donde su familia pudiera alojarse sin necesidad de invertir en hoteles.

Juntos lo prepararon todo y enseguida estuvieron sentados a la mesa. Charlaron de trabajo, de los últimos cotilleos que le habían llegado a su madre por mensaje, y cuando África sacó el tema de Daniela y su futura nieta, Leo se puso a la defensiva. Si Ángel no se ocupaba de sus actos, había decidido hacerlo él. Se sentía culpable. O por lo menos esa era su excusa, porque en la realidad, tanto África como Eduardo sabían que esa chica le tenía loco, pero entendían sus dudas a empezar algo con la que iba a ser la madre de su sobrina.

Cuando Leo se vio acorralado y la única forma de salir del atolladero en que le habían metido era explicar unos sentimientos que ni él tenía claros, decidió desviar la conversación a otro tema.

—Por cierto, Edu, ¿tu coche? En tu plaza esta mañana había un BMW azul.

Respondió con naturalidad, demasiado rápido, lo que constató que tenía la respuesta preparada de antemano.

—Están revisándole los niveles.

—¿En fin de semana?

—Si..., bueno..., un conocido que tiene un taller y quería probarlo.

—Ajá... Entiendo. ¿Y te ha dejado el coche de la amiga de Daniela en sustitución?

Eduardo se atragantó y comenzó a toser. Tuvo que tomarse un tiempo para recuperarse antes de responder. Leo había reconocido el coche porque llevaba una pegatina en la parte posterior de la silueta de un sol. No era algo habitual y le había llamado la atención al ver salir a Sol del garaje uno de los días en que, como un acosador, aparcado en la calle de las chicas buscaba el valor para subir a ver a Daniela.

—Bueno sí... en realidad se lo ha llevado a su padre para que lo pruebe y revise los niveles. —No dejó que nadie hiciera ningún comentario al respecto, levantándose en ese momento a recoger la mesa. De forma que el tema quedó zanjado en ese punto.

Pero aquella conversación dejó claro que la razón por la que aquellos hombres se habían pasado el fin de semana como dos leones enjaulados, eran esas preciosas chicas que les tenían descolocados. Mientras llenaba el lavavajillas, Eduardo sintió a África suspirar. Su madre deseaba que encontraran a alguien con quien compartir su vida y formar una familia. Se hacían mayores y, según ella, se estaban perdiendo los mejores años. Muchas veces les había dicho lo corto que le había parecido su tiempo al lado de Ángel y ellos llevaban diez años de retraso con respecto a sus padres, que se habían emparejado muy jóvenes.

Unas horas más tarde, Eduardo dormitaba aburrido en el salón viendo una película de acción junto a su hermano cuando África apareció preparada para salir.

—Bueno chicos... Me voy con Maribel a dar una vuelta. Vendré tarde. No me esperéis a cenar.

—¿Sales? —preguntaron sorprendidos.

—Por supuesto, y vosotros dos deberíais hacer lo mismo. Perder un fin de semana tirados en el salón... La vida es muy corta chicos.

—Hay que descansar —se justificó Eduardo.

—De vez en cuando no está mal no hacer nada —acompañó Leo.

—No estáis descansando y lo sabéis. Estáis intentando matar el rato evitando hacer lo que realmente queréis hacer. Cuando lleguéis a mi edad, os daréis cuenta de todo el tiempo perdido de vuestra vida y os arrepentiréis. Sed valientes, haced lo que realmente queréis. Disfrutad. A veces merece la pena, a veces no. Pero no lo sabréis si no lo intentáis. Y si no salís... ¡Al menos ventilad que aquí huele a tigre!

Dicho eso cerró la puerta de la calle y se marchó dejándoles pensativos sin prestar atención a la aburrida película.

Fue Eduardo el primero en reaccionar a las palabras de su madre. Sol tendría memorizado en el navegador de su coche la dirección de la casa de su padre, y si no recordaba algo de cuando metió los datos en el *Lexus*. Decidió que iría a verla, ya buscaría una razón creíble durante el trayecto.

Leo también salió, pero como tantas veces se limitó a observar a una atareada Daniela pasar de una habitación a otra desde su discreta posición al otro lado de la calle. Eduardo sabía que su hermano quería a esa chica y a la pequeña que llevaba en su interior. Se alegraba de que lo tuviera cada vez más claro y hubiera decidido luchar por ellas. No debía importarle Ángel, ni quién era el maldito padre de ese bebé. Aquella noche Leo y Daniela debían de haber estado juntos, pero Ángel se interpuso. Por suerte el destino les había vuelto a unir y esperaba que en esa ocasión su hermano no la dejara escapar.

Sol había animado a su padre y Maite a que salieran a dar un paseo el domingo por la tarde. Entre el trabajo y los niños apenas podían disfrutar de un momento tranquilo. Ella no tenía problema en pasar la tarde con ellos, malcriarles un poco y permitir así que la pareja disfrutase de un rato a solas.

Se fueron en la moto antes de la hora de la merienda, con la promesa de regresar para acostar a los pequeños, que al día siguiente tenían colegio. De ese modo Sol quedó sola con sus hermanos.

—Bueno chicos... ¿Qué os apetece hacer? ¿Salimos a merendar y vamos al parque?

—¡Síiiii! —gritaron y, a coro, cantaron—. ¡Parque! ¡Parque! ¡Parque!

—Vale... Pues a vestirse. Y no arméis alboroto, que nos quedamos, ¿ok?

De inmediato los niños callaron y corrieron a su habitación seguidos por su hermana para prepararse.

Chus se probó varios pantalones y camisetas buscando el mejor conjunto para esa tarde. Tuvieron alguna pelea de cosquillas que hizo que Javi tuviera que cambiarse de nuevo porque con la risa se le escapó el pipí. Por fin, tras un poco más del tiempo previsto, estuvieron listos para salir y subir al *Lexus*.

Invirtieron otro largo rato en montar las sillas infantiles. Sol se arrepintió de su genial idea, ya que los pequeños nerviosos empezaron a enredar y pelearse, mientras ella luchaba por acoplar las sillitas en el estrecho espacio trasero del deportivo. Finalmente, sudada y despeinada, pero orgullosa de haberlo conseguido, respiró y se dispuso a poner orden.

Justo en el momento en que los niños, ya más tranquilos subían al vehículo sonó el timbre de la entrada.

—¡Mierda! ¿Quién será ahora? No vamos a salir en la vida —renegó en voz alta. Dudó entre terminar de atarles y dejarles en el interior, ya montados y bien sujetos, o fiarse de ellos y atender primero la puerta. Al final optó por lo último, aunque no muy convencida—. ¡Chicos! Esperad aquí, pero tranquilos y no entréis en el coche. No toquéis nada o no hay merienda —les amenazó.

Enfadada por la interrupción fue a ver quién era el inoportuno visitante. Al abrir la puerta, casi se cayó de culo al ver a Eduardo, guapísimo como siempre, frente a ella.

—¿Hola? —saludó tímido, estudiando la reacción de la joven, que parecía sorprendida. Y lo estaba ¡Vaya que sí!

—Mmm.. ¡Vaya! ¡Hola! ¡Estás aquí! —Antes de hablar, Sol se aseguró de cerrar la boca que había dejado abierta al verle. Después reaccionó y recordó que había dejado a los dos terremotos solos con el coche—. Pasa y sígueme. —Le llevó a la zona trasera rápidamente, esperando que los niños y el coche siguieran de una pieza.

Por suerte, esa vez parecía que habían sido obedientes, y estaban entretenidos buscando el origen de un caminito de hormigas, que habían encontrado en el jardín. Respiró tranquila

—Es que les había dejado solos con tu coche y no me fiaba. Nos pillaste justo subiendo para ir a merendar fuera —dijo explicando su extraña bienvenida—. ¿Cómo tú por aquí? Puedo quitar las sillas y pasarlas al mío si necesitas llevártelo —añadió pensando que lo mismo la razón de su visita era la de recuperar el vehículo.

—Estaba asustado de lo que pudiera suceder y decidí venir a evitar que metieras dos niños, helado y palomitas en su interior. No me pareció buena combinación —lo dijo serio, pero cuando ella colorada iba a responder, él arqueó las cejas y sonrió, demostrando que bromeaba—. Hola chicos. Soy Eduardo. ¿Os gusta el coche? ¿Queréis que vayamos a por un helado? —dijo dirigiéndose a los niños. Su respuesta afirmativa y emocionada no se hizo esperar. Chus se presentó diciendo su nombre y el de su hermano y se subió al coche como un hombrecito.

Iban a pasar la tarde con sus hermanos por lo que el motivo real de su visita quedó sin explicar.

Sol condujo el vehículo por la ciudad que había sido su hogar y que conocía como la palma de su mano, con soltura callejeó hasta llegar al lugar, donde tenía pensado invitar a los chicos a

merendar, y luego a jugar en un parque cercano. Había metido una pelota en el maletero que serviría para entretenerles un poco más y asegurar que llegaran bien cansados a casa. De nuevo la música de su amado Pablo Alborán sonó en el equipo de sonido, lo que supuso alguna crítica por parte de los niños que lo consideraban música «de niñas».

—¡Jo! ¡Otra vez! No me gusta esta música. Pon algo de chicos o de los Cantajuegos.

—¡Chus! Cuando seas mayor ponemos lo que quieras. Los Cantajuegos no, que luego me paso varios días repitiendo las cancioncitas y me da vergüenza. Venga aguanta un poco que ya estamos llegando —replicó Sol.

—A mi hermana le gusta mucho Pablo *Albodán*. A ti no, ¿verdad? Es música «de niñas», ¿verdad? —Chus quiso buscar un aliado en Eduardo.

—La norma es que el que conduce elige la música —respondió—. No es mi música favorita, pero hay que reconocer que suena bien, y escucha mi consejo, Chus. Tienes que saber y conocer esa música que llamas de chicas, ¿sabes?

—¿Y para que quiero yo eso? —preguntó el niño intrigado.

—Porque llegará el día en que quieras sorprender a alguna que te interese y la mejor manera de hacerlo es conociendo sus gustos.

Chus, lo pensó un momento

—¡Aah! Bueno..., pues deja la música. —No lo dijo muy convencido, pero se conformó.

—¡Tata! ¡Pablo *Albodán* ha dicho *Idiota!* —gritó Chus al momento—. Mamá nos regaña cuando lo decimos.

La joven puso los ojos en blanco. Era imposible escuchar tranquilamente su música, ¡todo pegas! Miró de reojo a Eduardo que sonreía ante las ocurrencias de los chicos, y ella también lo hizo. La verdad es que eran muy buenos consiguiendo aquello que querían. Sin más palabras, pasó a la radio y sonó la canción de *Despacito* de Luis Fonsi y Nicky Jam. A esa seguro que no le pondrían problemas.

Merendaron como si no hubieran comido, el mayor un gran trozo de tarta y un buen batido de chocolate, el pequeño acompañó la tarta con una bola de helado. El resultado fue ropa sucia y una enorme sonrisa enmarcada de chocolate.

—Sol ¿podemos ir a jugar? ¿vale? ¿sí?

—Sí, tranquilos... Esperad que os quite esos *berretes*.

Como una madraza, la joven sacó de su bolso un paquete de esas toallitas húmedas que tanto se usan ahora y limpió cuidadosamente la cara de sus hermanos, que en cuanto estuvieron limpios salieron disparados al recinto de juegos que había en la propia cafetería.

Eduardo había observado atentamente el cariño y la paciencia con los que ella trataba a sus hermanos. Pese a su juventud estaba hecha y preparada para ser madre. «¿Qué hacía él allí?» Dudaba de nuevo, pero cuando ella se volvió hacia él con aquella sonrisa y su alegre mirada lo olvidó. Olvidó esas dudas y se sintió como en casa, a gusto. Dejó que ese sentimiento le llenara y se relajó.

—Son dos terremotos, pero me encanta pasar tiempo con ellos. ¿Te aburres?

—¿Aburrirme? Imposible. No hay niños en mi familia, solo tengo relación con algunos de los hijos de mis amigos, pero apenas tengo experiencia. No sabría qué hacer con ellos. Me sorprende la naturalidad con la que tú los tratas.

—Son mis hermanos y nos vemos bastante. Pero mientras estudiaba la carrera fui niñera, así me costeaba mis caprichos. Los veranos y los fines de semana cuidaba niños. Imagino que de ahí viene mi experiencia con ellos.

—Te gustan, ¿verdad?

Ella asintió y acompañó su respuesta con su sempiterna sonrisa. Las dudas de Eduardo regresaron, se sintió incómodo. Con ella no estaba siendo franco. Apuró su café, se levantó y se excusó diciendo que iba al baño. Al hacerlo pasó por la caja a liquidar la cuenta dando por finalizada la merienda.

Sol lo observó marcharse, no entendía esos cambios que se sucedían en él. Tan pronto era la persona más maravillosa y cálida del mundo, bromeaba con ella y con los niños, como de pronto, sin venir a cuento, se volvía frío.

Al ver que él había pagado, decidió ir a por los chicos, que con la promesa de jugar un rato al fútbol habían salido disparados del parque de juegos.

Improvisaron un partido en el que Eduardo y Sol se turnaron en la portería. Todos lo pasaron tremendo, rieron, bromearon y jugaron. El reservado Edu no recordaba haber vivido algo parecido nunca. Quizá hacía muchos años junto a sus hermanos, cuando con un balón desgastado bajaban a las pistas hasta la hora de la cena. Se sintió así, como un niño de nuevo, relajado, sin problemas ni preocupaciones, sin tener que proteger su corazón manteniendo las distancias. Se permitió disfrutar por una tarde.

De regreso a casa cuando ya casi anochece, fue él el que condujo y por tanto se escuchó música de chicos. Los niños agotados cabecearon un poco y Sol tuvo que darles conversación para evitar que se durmieran.

En casa, los niños no consintieron que él se marchara y negociaron para que fuera Eduardo el encargado de bañarles mientras Sol preparaba algo de cena.

Jamás había bañado a un niño, pero no fue muy difícil. Siguiendo sus indicaciones, frotó ahí donde le dijeron: la espalda, los brazos, el cuello, las piernas, tomando especial atención en las rodillas y teniendo cuidado con las heridas, el culete y, por supuesto, la *colilla*. Una vez secos se vistieron con los pijamas que Sol había dejado sobre sus camas y limpios y repeinados bajaron a cenar. Orgulloso Eduardo iba tras ellos.

—¿Qué tal? ¿Muy mojado? —se interesó ella.

—Mejor de lo que esperaba la verdad, aunque creo que ellos han puesto mucho de su parte.

—Seguramente, pero eso está bien. Les has caído genial.

—Son unos chicos estupendos.

—Sí que lo son. ¿Quieres tomar algo?

—Creo que debería irme ya, ha sido una tarde intensa y estoy cansado.

—Son agotadores.

—Doy fe.

Ambos reían cuando la puerta de la entrada se abrió dando paso a Jesús y Maite, que felices regresaban a su rutina. Tras las presentaciones Maite se disculpó y se fue a atender la cena que Sol había preparado para sus hijos. Jesús se quedó, lo que provocó que la despedida fuera un poco incómoda. Eduardo no tenía experiencia conociendo a los «padres de», ya que los de Anabel le conocían desde niño y nunca se había sentido tan extraño como se estaba sintiendo en ese momento.

Fue Sol la que rompió el silencio.

—Eduardo, ya se iba. Ha venido a por su coche. —Y nada mejor dicho, fue el coche el que rompió el hielo. Fue nombrar esa palabra y ambos hombres conversaron amigablemente, sin tensiones.

Sin darse cuenta Eduardo se vio fuera de la casa montado en su vehículo para iniciar el

regreso. No se había despedido de ella como quería. Toda la tarde se había contenido porque los pequeños estaban delante, en más de una ocasión había deseado besarla, aunque no lo había hecho. Jesús le había enredado con el *Lexus* y Sol se había retirado dejándoles conversar con un «Ten cuidado a la vuelta».

¿Cuántos kilómetros había hecho para verla para luego quedarse prácticamente igual?

Arrancó y sonó por los altavoces la canción idiota de Pablo Alborán. El *pendrive*, tenía que devolvérselo, y buscar el suyo que se había quedado en el coche de ella. Paró el motor y llamó a la puerta. Abrió Sol.

—El pincho —aclaró él mientras mostraba el diminuto *pendrive* entre sus dedos. Como no podía ser de otro modo, ella sonrió. Le volvía loco.

—Sígueme.

Se guardó el pincho en el bolsillo y la siguió. No pudo evitar observar como se marcaba la curva de su trasero en esos vaqueros ajustados. Lo contoneaba como si fuera consciente de que su atención estaba fija en ese punto. Llegaron al garaje donde estaba aparcado el BMW de ella.

No había encendido la luz, por lo que la única iluminación era la que llegaba de las farolas del jardín. Le dio el USB que él se había dejado en su coche. Con un movimiento lento lo guardó sin dejar de mirarla. Cuando ella se mordió ligeramente el labio, ya no pudo contenerse y sin importarle que a unos metros estuviera Jesús, se abalanzó sobre ella.

Sol se había sentido mal por la interrupción de su padre, por haberse visto obligada a tener una despedida tan fría después de una tarde maravillosa. Pero al verle de nuevo en la puerta con la excusa perfecta para poder despedirse a solas, había decidido aprovecharlo. El que se encontraran en penumbra no había sido algo fortuito. No había encendido las luces del garaje buscando algo de intimidad. Había coqueteado con él, intentando parecer sexy, a pesar de su discreta indumentaria. Y su reacción no se había hecho esperar.

Se besaron, se tocaron y se excitaron... En su desesperación buscaron el contacto, incluso sobre la ropa.

Él la apoyó sobre el coche, acarició su pecho, sintiendo sus pezones endurecidos bajo la tela de la camiseta. Su erección contenida por la ropa interior y los vaqueros pugnaba por salir, por hacerse notar. ¡Y vaya que si se notaba! Sol se rozó contra él, y él respondió gruñendo en su cuello. Ella buscó su oreja, la acarició suavemente con su lengua, mientras su respiración acelerada se amplificaba en su oído. Aquello pareció que excitaba todavía más a Eduardo. Toda la tensión sexual contenida desde que se conocieron amenazaba con estallar en ese momento, apoyados sobre el coche de ella, en la penumbra del garaje de la casa de su padre... «¿Un momento? ¿Sus padres?». Eduardo se sintió de nuevo como un adolescente, explorando con Anabel su sexualidad escondidos en el portal de la casa de sus suegros.

Anabel, siempre Anabel. El recuerdo de los besos robados que habían compartido, de las primeras caricias, de la primera vez. Dolor, siempre dolor. El horrible sentimiento de pérdida, de vacío... Se negó a volver a sentirlo... Odio... Contra el destino..., contra él por dejarse llevar, por caer en lo mismo. Frío...

Con toda la fuerza de voluntad que pudo encontrar, Eduardo fue calmando la situación, ralentizando sus movimientos, tranquilizando su desesperación. Susurró su nombre, llamando su atención, haciendo que ambos entraran en razón y que sus respiraciones se normalizaran. Apoyó su frente en la de ella.

—Sol... Sol... Aquí no. No podemos. Tu familia

«¿Cómo había podido perder así la cabeza?», pensó Sol. Él tenía razón. Su padre a unos

metros y los niños, que pronto, en cuanto terminaran de cenar saldrían en su busca. Cerró los ojos. Aún sentía su sabor, su olor y su contacto. Doloridos los labios, y la piel del cuello, ahí donde su incipiente barba la había rozado.

No fue capaz de acompañarle a la salida. Se quedó quieta, aún apoyada sobre el coche, mientras él se despedía. La llamaría, quizá para ir a al cine o a cenar, ya decidirían.

Escuchó el motor del deportivo perderse en el silencio de la noche. Su mente aún necesitaba paz y soledad antes de poder entrar de nuevo en la casa. No recordaba haber sentido algo así nunca, o por lo menos en mucho tiempo.

Eduardo, con sus detalles, su conversación, esa tarde, la forma en que había tratado a sus hermanos. «¿Cómo había pasado tan rápido? ¿Es que era posible?»

Regreso a casa, directa a su habitación para lavarse la cara y cambiarse, con la temerosa seguridad de que estaba enamorada. Enamorada de ese sorprendente hombre que había aparecido en su vida hacía solo unos días.

Capítulo 7

La semana comenzó siendo una locura de reuniones, visitas y problemas que resolver. Eduardo no tuvo apenas un minuto para dar vueltas a los acontecimientos de la tarde del domingo. La noche del martes tampoco vio a Verónica, pero estaba tan cansado que no le pareció extraño. Era normal, estaba roto y necesitaba dormir. La natación siempre había sido una constante en su vida y eso no había cambiado. El miércoles al salir relajado después de una larga y dura sesión no pudo evitar ralentizar la marcha del vehículo al pasar por la puerta del hospital. Estar pendiente de Sol se estaba convirtiendo en otra de sus constantes. Sabía que tenía turno de tarde, imaginó que saldría alrededor de las diez, tras hacer el relevo y poner al día a sus compañeros del turno siguiente. Se permitió pensar en ella; en qué estaría haciendo en ese momento, pero una llamada de Leo lo sacó de sus cavilaciones. Suspiró derrotado. Otro día de trabajo, solo esperaba que fuera más tranquilo que los anteriores.

A Sol le gustaba el turno de tarde, le permitía dormir un poco más y aprovechar para hacer compras cuando los comercios estaban prácticamente vacíos. Esa mañana había acompañado a Daniela al centro comercial y luego habían comido con Eva y Marta. Con los horarios que llevaban todas era muy raro poder coincidir.

Al llegar al restaurante Marta ya estaba allí y Eva llegaría tarde como siempre, si es que llegaba a aparecer. Eran las cuatro tan distintas que a veces no entendía cómo habían forjado tan buena amistad. Lo cierto es que durante la carrera las duras clases y prácticas hicieron que se apoyaran las unas en las otras. Superaron esa fase, a la que siguieron las demás. Maduraron juntas.

Mientras esperaban mostraron a Marta todos los modelitos que habían comprado a la pequeña y a esta se le cayó la baba. Marta llevaba casada con Toni ya varios años, pero no se habían animado a ampliar la familia, porque vivían en un mini piso y ambos se mataban a trabajar para poder comprar algo más grande. En su planificación, habían decidido dejar los niños aparcados para cuando tuvieran la casa de sus sueños, y en ese momento comenzarían a llenarla.

Tras la comida, se encargó de dejar a Daniela en sus clases de preparación al parto. Leo la esperaba en la puerta, y le saludó desde el coche con un ligero movimiento de cabeza y una sonrisa que fue correspondida y se dirigió al hospital. No había tenido noticias de Eduardo, ni una llamada ni un mensaje. Sabía por Daniela que esa semana estaban liadísimos, pero... Suspiró. No le gustaba esa incertidumbre. Decidió llamarle al día siguiente; al despedirse habían hablado de ir al cine o a cenar, así que miraría la cartelera y le propondría alguna película.

No tuvo que llamarle porque Eduardo se adelantó con un mensaje preguntando si le apetecía cenar con él al día siguiente al salir de trabajar. No respondió de inmediato. Después de tres días sin saber nada, le pareció conveniente hacerle sufrir un poco. Se acostó, dio vueltas en la cama, sin sueño, nerviosa ya que, se moría de ganas de responder. Pero consiguió no hacerlo hasta la mañana siguiente, cuando respondió con un escueto «Vale», acompañado de la hora a la que salía del trabajo y la pregunta de qué tipo de indumentaria debía llevar.

Edu por su parte había estado mirando el teléfono cada poco para ver si había respondido. Los *stick* azules habían marcado que el mensaje estaba entregado y leído, pero ella no contestaba. No sabía si llamar al restaurante o no. Quería llevarla a un sitio especial, donde disfrutar de una

buena cena en un ambiente tranquilo y agradable, pero al ser jueves si no se daba prisa en reservar no habría sitio. «¿Por qué no respondía?».

Comenzó su día, trabajando desde casa, pospuso la piscina hasta la última hora de la tarde, desde allí iría a buscarla, si es que llegaba a responderle. Estaba nervioso, no pudo concentrarse en el boceto que estaba realizando hasta que por fin ella contestó. «¡Sí, había dicho que sí!», celebró.

En cuanto lo leyó, reservó *online* y una vez tuvo la confirmación respondió.

—Genial. Formal. Esta vez no vamos a Rodilla.

«¿Formal? ¿Formal hasta qué punto? ¿Tendré que vestirme de noche? ¡Ay Dios!».

Sol no sabía qué ponerse. Esa mañana la había dedicado a mimarse un poco, mascarilla, depilación e incluso había ido a la peluquería a cortarse un poco el pelo. Le había pedido prestado un vestido a Daniela que le quedaba de muerte y, obviamente, Dani no iba a usar durante algún tiempo. Cuando se vistió y maquilló después de la jornada de trabajo y se miró al espejo, le gustó mucho el resultado, se sentía guapa y segura de sí misma. Así que, consciente de las miradas que le dedicaron algunos hombres a su paso, salió del hospital dispuesta a comerse el mundo, a disfrutar de la noche y, como decía Eva, a vivir el momento.

Edu llegó antes de la hora prevista, intranquilo. No entendía por qué lo estaba, ya que no era la primera vez que llevaba a una mujer a cenar. Era cierto que no era algo habitual, pero sí lo había hecho en alguna ocasión.

Durante los minutos que estuvo esperando volvió a vacilar, desde que ella había respondido a su mensaje, todo habían sido dudas en su mente. «¿Estaba haciendo lo correcto?» Era obvio que no, ya que ella no sabía la historia de su hermético corazón, la razón por la cual se negaba a sentir algo más por nadie, pero con ella..., con ella estaba bien..., relajado. Cansado de luchar y protegerse había decidido dejarse llevar. Disfrutarían de la cena y quizá luego resolvieran esa tensión sexual que les rondaba desde que se conocieron. Lo más probable era que después de ello ambos perdieran el interés poco a poco. Y si no era así, ¿por qué seguir luchando? Sol era una persona a la que iba a ver con frecuencia, la mejor amiga de su cuñada, la tía en funciones de su sobrina.

Pensó en Leo, ellos también habían salido a cenar. Por fin, se había lanzado a conquistar a la chica. Sonrió, deseando que tuviera suerte y las cosas se arreglaran. Eso significaría que Daniela y la niña formarían parte de la familia Cano de forma oficial, y por tanto también lo haría Sol, que aunque no directamente también entraría en ese círculo. Comidas, cenas, celebraciones familiares... estaría allí. ¿Y si bajaba las defensas y la dejaba entrar? Llevaba demasiado tiempo solo. ¿Estaba realmente dispuesto a vivir solo toda la vida? ¿Merecía la pena para evitar el dolor? Recordó a Anabel. Estaba seguro; cualquier cosa, cualquier sacrificio era imprescindible si le evitaba padecer una milésima parte del sufrimiento que había sentido por ella. No obstante, ¿era necesario estar solo para eso? Estaba solo cuando había aparecido Daniela y una sobrina, de las que se preocupaba ya, y por las que sufriría. Y había ocurrido con sus murallas alzadas. Era tan complicada la vida.

Cuando vio aparecer a Sol, estaba preciosa, con el pelo recogido y el vestido ajustado, y ¡Dios! Esas piernas, que con el conjunto que había elegido parecían kilométricas. Se le cortó la respiración. Esa chica sexy, divertida, alegre y dueña de esa bonita sonrisa —que adoraba—, se había vestido así para salir con él. Se sintió un tío con suerte; las dudas se disiparon, las murallas cayeron, y sonrió como un tonto.

Se saludaron con un ardiente beso, allí en la puerta, a la vista de todos, sin importarles las

envidiosas miradas que recibieron tanto desde el público femenino como del masculino. Porque el deseo reprimido que sentían el uno por el otro era obvio a la vista de cualquier observador y formaban una pareja perfecta.

De la mano se dirigieron al Lexus; en un acto caballeroso Edu abrió la puerta del copiloto para que ella entrara en el vehículo. El aire pomposo del momento exagerado les hizo reír a ambos, porque cuando estaban juntos, relajados y dejaban de dar vueltas en su cabeza, las cosas entre ellos eran así, naturales, agradables, alegres. Ambos eran felices, cuando se dejaban llevar.

Nervioso porque quería que todo saliera como esperaba y que la noche fuera algo especial para ella, Eduardo rodeó el vehículo y se sentó en el asiento del conductor. No le dijo a dónde se dirigían pese a las preguntas de Sol, quería impresionarla, quería ver en su mirada la sorpresa.

Y vaya que si la vio.

Cuando llegaron al restaurante, un aparcacoches le abrió la puerta ayudándola a salir. Edu dio las llaves al chico y, agarrando a Sol de la cintura, la guio al interior del elegante lugar.

Lo típico en aquel restaurante era tomar un menú degustación tipo *showcooking* alrededor de una barra circular que estaba muy de moda en Madrid, pero esa vez Edu había decidido pedir una mesa para dos en un lugar retirado de la sala. Había ido en otras ocasiones porque de la reforma del local se había encargado un amigo y no le había defraudado. Platos de autor elaborados con cariño, la mejor materia prima y una presentación espectacular.

Sol estaba impresionada, con las chicas había hablado muchas veces de asistir, pero el menú degustación de la barra salía por un dineral y Marta, en su eterno modo ahorro, siempre acababa consiguiendo que renunciaran a la idea. Observó al pasar hacia su mesa la barra gastronómica y le encantó; decidió que si le gustaba la comida y el trato convencería a las demás. Podría ser un buen sitio para celebrar el nacimiento de la pequeña.

La comida no los decepcionó, el menú degustación para la cena lo consideraron demasiado así que, el *maitre* propuso comer algún plato de la carta. Compartieron unos tomates con sardinas marinadas espectaculares y luego se decidieron por el pescado que les recomendaron y que, por cierto, estaba exquisito. Todo ello lo regaron con un buen vino blanco.

La conversación agradable, la comida riquísima y el ligero alcohol que calmó su sed, les hizo relajarse. Como no podía ser de otro modo tomaron postre y luego un café, intentando alargar el momento.

Al marcharse, el local ya casi estaba cerrando sus puertas, quedaban solo unos pocos clientes rezagados y el personal, que ya había comenzado a recoger. El juego de luces de la sala era espectacular. Sol pidió permiso para hacer unas fotografías antes de irse. Los neones que cambiaban de color salieron perfectos en las imágenes. Eduardo experimentó siendo su modelo, y luego se hicieron un *selfie* que quedó espléndido.

Durante la cena habían coincidido en que la zona del Templo de Debod les parecía de las más bonitas del Madrid nocturno, y allí se dirigieron. Tras aparcar en el *parking* de Plaza de España dieron un paseo hasta el parque del cuartel de la Montaña. En el camino, Sol no pudo resistirse a tomar alguna fotografía.

La noche no era demasiado fría aún y el paseo les sirvió para despejarse y bajar la comida. Se comportaron como una pareja, risas, besos, caricias, abrazos. Cualquiera que les observara no imaginaría que era su primera cita oficial, ya que entre ellos existía una gran complicidad y confianza; ambos se estaban dejando llevar.

En uno de los edificios que enmarcaban la plaza había una cocktelería, donde había estado con las chicas en alguna ocasión. No quería volver a casa aún. Si lo hacía significaría el fin del día, ya

que no podía invitarle a subir porque Daniela estaba allí. Se sentía como una niña, que no quería cerrar los ojos aún, y para evitarlo, pedía a sus padres un último abrazo o un vaso de agua. Así que le propuso tomar algo allí.

Eduardo aceptó, se moría por llevarla a su casa y adorarla toda la noche, pero su madre se alojaba en ella, así que era imposible. Entraron en el Garra Bar, ubicado en el interior del hotel Barceló Torre de Madrid, dispuestos a disfrutar de esa copa.

A él que no conocía el lugar le llamó la atención el oso rayado que daba la bienvenida a los clientes y le pidió a Sol un *selfie* con el afable animal. Buscaron un lugar retirado y disfrutaron de un par de *Gintonics*. En algún momento la conversación se fue reduciendo y aumentaron los besos y las caricias. Eduardo se perdió en el cuello de Sol, le encantaba su olor, su suavidad... La lamó... Tenía la lengua fría porque acababa de tomar un trago de su bebida... y notó que Sol se encendía cuando enredó la mano en su pelo y le guio hasta su boca. Se besaron, cada vez más desesperados. Supo que ella se moría de ganas de pasar a otro nivel, al igual que él. Y solo podía pensar en que en ese mismo edificio había habitaciones dónde podrían hacerlo. Fue él quien le susurró al oído, con la voz rota por el deseo, que pasara la noche con él.

Sin darle respuesta, Sol se levantó decidida, y ante la atenta y sorprendida mirada del hombre, le agarró de la mano y dio un pequeño tirón para indicarle que la siguiera... En ese momento Eduardo la hubiera seguido al infierno.

Pasaron por la recepción y con la excusa de que habían bebido demasiado para coger el coche pidieron una habitación. Obviamente la chica de recepción no cuestionó sus razones y amablemente les hizo el *check in*.

Subieron en el ascensor, ya sin poder apartar las manos el uno del otro. Buscaron la puerta, que consiguieron abrir entre besos, caricias y risas. Una vez dentro la ropa fue desapareciendo...

La habitación estaba a oscuras; solo la luz de los edificios de Madrid se colaba por la ventana. En la penumbra se desnudaron el uno al otro y cayeron sobre la cama. Estaban demasiado excitados para más preliminares, habían tenido días de ellos, y por fin iba a pasar.

Desnuda, tumbada sobre la enorme cama entre los numerosos cojines que la decoraban, Sol esperó paciente a que él se pusiera un preservativo. No tardó nada, se lo enfundó de forma experta y pronto se encontró sobre ella, a las puertas del placer que tanto habían deseado. Se miraron a los ojos, vidriosos por el deseo contenido. Se observaron fijamente sin retirar la mirada, mientras él se deslizaba suavemente en su interior, lento, llenándola a su paso. Se mantuvo un momento dentro, sin moverse, esperando que ella se adaptara a su intrusión y calmando su deseo. Era la primera vez con ella y no quería decepcionarla. Llevaba tiempo sin estar con otra mujer, mucho para él y estaba tan excitado que temía que en dos movimientos todo se acabara.

Con las manos a ambos lados de su cara, se acercó a su boca, y aún quieto en su interior comenzó a dar pequeños mordisquitos en sus labios. Lamó su mentón y fue bajando lentamente por su cuello, ella se retorció debajo de él, y no pudo soportarlo más. Comenzó a moverse, controlando la velocidad, intentando alargar las embestidas buscando el máximo placer para ambos.

No era suficiente para Sol, que desesperada por alcanzar lo que deseaba, luchó por tomar las riendas. Él, al notar que ella se retorció ansiosa, decidió cederle su control y pronto las tornas se cambiaron y fue Sol, la que, montada a horcajadas sobre él, se movió sin descanso.

Eduardo, loco de placer por sentir a aquella preciosa amazona cabalgándolo a un ritmo mortal, observó cómo se movía, cómo se balanceaban sus hermosos pechos, cómo se tensaban sus músculos abdominales, cómo en su mirada se mostraba el placer... Le estaba volviendo loco. Era

preciosa. Desde esa posición de sumisión tenía completo acceso a sus pechos, que lamió, amasó y mordió suavemente. Ella le sujetó las manos y las guio a sus caderas, como si quisiera que él marcara el ritmo, pero estaba a punto de estallar, y cuando lo hiciera sería inevitable que se desplomara sin fuerzas. El orgasmo que se estaba forjando en su interior iba a ser bestial. Eduardo entendió su lenguaje no verbal y lo hizo. Movi6 la pelvis buscando su placer a la vez que la guiaba para empalarla en su dura erección. Uno... dos... tres y, entre jadeos, llegaron juntos al clímax que como un *tsunami* barrió todo a su paso dejándoles exhaustos, sudados y abrazados sobre una cama sin deshacer.

Sol debió dormir un poco cuando inc6mada por la postura y con 6l a6n en su interior se movió. Eso despert6 a Eduardo que había caído KO acariciando la suave espalda de ella. Se levant6 despacio con los m6sculos entumecidos. 6l sujet6 el cond6n para que ella se retirara sin peligro y lo quit6 haciendo un nudo en el extremo. Entonces, adecent6 la habitaci6n, corri6 las cortinas y encendi6 la luz de la mesilla, mientras ella estaba en el aseo. Era una habitaci6n lujosa con muebles modernos, quiz6 demasiado para su gusto, y con un cabecero de espejo con m6ltiples posibilidades, que decidi6 que explorarían a lo largo de la noche.

Cuando Sol regres6 6l estaba sentado c6modamente sobre la cama con la espalda apoyada sobre los almohadones, desnudo y relajado, observándola. Ella contempl6 su cuerpo perfecto, moreno, con m6sculos bien definidos por la nataci6n y completamente depilado. Hacía muy poco tiempo ese hombre había temblado de deseo debajo de ella, el pensamiento la hizo sonrojar.

«Ha sido... ¡Buff...!, demasiado bueno», pens6.

Eduardo not6 su sonrojo, le encantaba cuando le pasaba, ya que no era una mujer tímida o por lo menos 6l no lo creía. Desnuda y decidida, con el pelo suelto y despeinado que caía por sus hombros estaba espectacular. Su pene cobr6 vida de nuevo y se balance6. Sonriendo, dio dos golpecitos a su lado sobre el colch6n.

Sol se había dado cuenta de que 6l se había excitado de nuevo al observarla. Eso la anim6, y cuando 6l le pidi6 sin palabras que fuera a su lado, lo hizo, pero no pudo resistirse a hacerlo con sensualidad. Gate6 desde los pies de la cama sobre 6l, lo que le pareci6 volverle loco.

Cuando lleg6 a su altura, acerc6 su boca a la suya, pero mantuvo una ínfima distancia, sin tocarle. Sus respiraciones se solaparon. 6l se revolvi6 salvaje y sin darse cuenta pronto se vio tumbada sobre la cama a su merced.

—No puedes imaginarte lo sexy que estas así, tumbada... desnuda... Toda para mí —susurr6 Eduardo mientras mordisqueaba y besaba su oreja. Una mano se desliz6 desde su cuello, por el valle de sus pechos hasta su cintura y lentamente al centro de su placer. Juguete6 allí con sus dedos, acariciando, pellizcando. Sol no respondi6, lo 6nico que sali6 de su boca fue un jadeo ahogado.

Si antes había sido un sexo desesperado y r6pido esa vez fue lento y pausado. Ambos estaban saciados y se dedicaron a disfrutar el uno del otro.

Eduardo se tom6 su tiempo, quería saborearla, se moría por probar el sabor de su sexo. Ella se retorci6 bajo las caricias de su experta lengua, que sin tregua la llev6 al paraíso. Satisfecho se puso un preservativo y se dispuso a recibir de ella lo que tanto ansiaba. Sol había quedado rendida tras un brutal orgasmo, y apenas tenía fuerzas para continuar. Le dej6 entrar, abri6 las piernas y permiti6 que 6l se acoplara. De nuevo comenz6 a moverse sin tregua, constante... El vaivén, el golpeteo de sus pelvis, el roce de sus cuerpos en aquel punto extremadamente sensible tras haber alcanzado el clímax hacía unos minutos, hizo que Sol fuera excitándose de nuevo.

Cuando su cuerpo comenzó a arder guiado por los expertos movimiento del aquel incansable hombre, apenas se lo podía creer.

Eduardo era un amante espectacular, generoso... tomaba menos que recibía o quizá lo mismo.

Quedaron de nuevo exhaustos y satisfechos, ella apoyada sobre él, jugueteando con la suave piel de su pecho. Permanecieron en silencio, relajados, tras los dos espectaculares asaltos de sexo.

—Esta noche... —dijo él, que habló primero—, ¿podemos vernos de nuevo? —Se sorprendió al decirlo, porque no era habitual que repitiera tan seguido, ya que la experiencia le decía que eso hacía que ellas se hicieran ilusiones de algo más, pero estaba tan cansado de luchar y tan a gusto con Sol..., que desterró sus reservas y se dejó llevar.

—Trabajo de tarde de nuevo, pero al salir podríamos vernos.

—Quiero volver a pasar la noche contigo.

Sol sonrió, ella también quería pasar la noche con él. Quería pasar mil noches con él, aunque fueran una ínfima parte de la que estaban viviendo.

Con una sonrisa todavía en los labios se quedaron dormidos hasta que el teléfono de la habitación les despertó. Era el aviso que habían pedido para empezar a prepararse. Comenzaba un nuevo día. La fantástica noche había quedado atrás, pero no era un adiós, sino un hasta luego.

Capítulo 8

*T*ras otro asalto en la ducha del impresionante baño de la habitación, desayunaron en el Starbucks situado al otro lado de la plaza y fueron a por el coche. Era temprano y el tráfico en Madrid aún no era insufrible, por lo que antes de lo esperado, Sol se despidió de él hasta la noche con un tierno beso, que ninguno quería acabar y que se demoró lo suficiente para que el vehículo de atrás pitara desesperado. Al fin sus labios se despegaron y él aflojó su abrazo.

—Gracias por esta noche, preciosa. Recuerda que luego te recojo —dijo mirándola embelesado.

Ella asintió con una gran sonrisa y bajó del Lexus. Una vez fuera pidió disculpas al impaciente conductor con un gesto. Eran dos mujeres, más o menos de su edad que, al verla con ropa de noche, despeinada y con los labios aún enrojecidos, solo tuvieron que sumar dos y dos para saber lo que allí había pasado. Pitaron de nuevo, pero esta vez de forma amigable, mientras levantaban el puño en señal de victoria. Edu y Sol rieron; él pidió perdón sacando el brazo por su ventanilla y continuó la marcha calle abajo. Las chicas al pasar al lado de Sol, que se había quedado parada en la acera viéndole marchar, volvieron a gesticular como si animaran a su equipo. Y en el fondo, así era. Una victoria femenina, era una victoria de todas. Y menudo tanto se había marcado Sol esa noche.

Al entrar en casa, sintió a Daniela en el cuarto de baño. No se encontraba con fuerzas de verla, ya que no conseguía borrar esa sonrisa tonta de su cara, y no podía explicar aún quién era el responsable. Lo haría más adelante, quizá, cuando todo fuera más real, así que se escabulló a su habitación, se metió en la cama y durmió hasta la hora de ir a trabajar.

Eduardo por su parte llegó a casa tarde porque él sí pilló un atasco de muerte. Según entró por la puerta, estaba su madre con un café en la mano y le sometió al tercer grado, cosa que no solía hacer.

—Buenos días, hijo. ¡Qué tarde llegas! ¿no?

—Sí, mamá, había mucho tráfico —respondió Edu cansado, sin ganas de dar muchas explicaciones.

—¿Quieres un café?

—No, ya he desayunado. Voy a ponerme cómodo a ver si adelanto algo de trabajo —intentó escabullirse a su habitación, pero África le siguió taza en mano, observándolo como un halcón. Su madre había notado que había algo distinto en él. Que estaba más feliz, más relajado.

—No sueles quedarte a pasar la noche con ninguna. ¿Esta es especial?

Antes de responder, Eduardo se planteó la pregunta, «¿Era Sol especial?». Seguramente sí, con ella se sentía bien, aunque eso fuera peligroso.

—Mamá, no indagues más. Ya sabes lo que hay. He venido más tarde, solo porque la he llevado a casa, y luego había mucho tráfico. Nada más.

—Pero hijo... Se te ve... se te ve distinto. —Edu movió la cabeza. Cosas de su madre

«Tonterías ¿Distinto? No se sentía distinto. Solo bien... Muy bien».

Pensó en esa noche, en la forma en que se habían despedido esa mañana y que luego se verían de nuevo. Sin darse cuenta, se le dibujó en la cara una sonrisa.

África no entendía las reservas de su hijo, pero era obvio que lo que hubiera pasado le había cambiado. Se parecía más al joven que se fue a estudiar a Madrid lleno de ilusiones y ganas de comerse el mundo. Decidida a no agobiarle y dejar que las cosas siguieran su curso, cambió de tema.

—Tengo hecha la maleta ya. Mi tren sale a las cinco. He quedado a comer con Daniela ¿Te vienes con nosotras y luego me acercas a la estación?

—Vale. Voy a sentarme a trabajar hasta la hora de comer. Por la tarde tengo que ir a ver una parcela en Somosaguas, pero antes te dejo allí.

La mañana le cundió como hacía mucho tiempo que no pasaba, pese a no haber dormido demasiado, estaba relajado. Inspirado preparó los bocetos para la reunión de la tarde, y luego comenzó a trabajar en lo de la Sierra de Gredos. Era un proyecto interesante de una importante cadena de hoteles de lujo. Querían construir casitas allí, con todas las comodidades de su marca, pero todas y cada una de ellas debían de ser viviendas ecológicas y sostenibles. Las propuestas había que presentarlas a final de año. Era un proyecto complicado, quizá le venía grande, pero tenía muy buenas ideas y había decidido desarrollarlas. Esa mañana le apeteció trabajar en ello. Bosquejó los planos y buscó en internet. Una idea clara se iba formando en su mente. Se sumergió tanto en el trabajo que perdió la noción del tiempo, y fue su madre la que tuvo que avisarle de que llegarían tarde si no se preparaba.

Por suerte, llegaron al restaurante a la hora acordada. Hacia unos días que no se veían, y le sorprendió lo guapa que estaba Daniela embarazada, la veía preciosa. Se saludaron con un abrazo y se sentaron. De forma inconsciente se imaginó a Sol en la misma situación. Con sus rizos pelirrojos, la cara más redondeada por la hinchazón del embarazo y una barriga prominente. Se veía hermosa también. La repentina aparición de Leo lo devolvió a la realidad.

—¿Tú aquí, hijo? Otro que no ha venido a dormir. —Fue la bienvenida de África.

¿Pero qué narices le pasaba a su madre? Hasta ahora no se había metido nunca con dónde o con quién pasaban la noche.

Por suerte Leo ni lo oyó, solo tenía ojos para Daniela a la que saludó con un tierno beso.

«¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! ... ¿Qué ha pasado aquí?», fue lo que pensaron madre e hijo al observar a esos dos saludarse. Eduardo amenazó a África con la mirada para que se mantuviera callada, lo mejor era comportarse como si fuera algo normal. Se alegraba muchísimo por su hermano. Daniela le gustaba, era una mujer impresionante, iba a ser una madre fantástica y esperaba que todo fuera bien entre ellos. El destino había querido ponerla en su camino de nuevo e iban a aprovechar esa segunda oportunidad, por fin se habían dejado llevar.

Tras la comida, Edu acercó a su madre a Atocha y esperó a que saliera su tren. Hizo algo de tiempo hasta la reunión trabajando en una cafetería con el ordenador. La pareja que merendaba a su lado, le llamó la atención. Cómo se observaban y se tocaban casi sin palabras, cómo se comunicaban solo con miradas y caricias. En otra ocasión le hubiera resultado incómodo, y se habría obligado a centrarse en su trabajo, pero esa vez les contempló y pensó en Sol, en que estaría trabajando ayudando a esos bebés prematuros, tan pequeños y a la vez tan grandes, luchadores ya desde su primer momento. Le envió un mensaje diciendo que tenía ganas de verla.

El matrimonio del chalet de Somosaguas se retrasó casi una hora. Los bocetos que había hecho esa mañana no sirvieron para nada y tendría que volver a empezar. En la reunión anterior le habían dicho que querían reformar la casa dejando espacios amplios y reduciendo el número de habitaciones, algo muy moderno y lujoso. Ahora querían tener habitaciones para dos o tres niños,

y un gran espacio para juegos. Imposible tenerlo todo, aunque intentaría llegar a un término medio. Cuando acabó la reunión miró el reloj. Justo en ese momento Sol estaría saliendo, y él aún tenía que cruzar la ciudad. Un desastre. Decidió llamarla.

—¡Hola! Ya salgo —dijo ella nada más coger el teléfono.

—No te preocupes, no me va a dar tiempo. Los clientes con los que tenía que reunirme llegaron tardísimo y luego no se aclaraban. Estoy saliendo ahora de Somosaguas. No voy a llegar Sol —dijo decepcionado.

—¡Oh! Vaya... ¿Entonces?

—Yo creo que en una hora o un poco más podría estar en tu casa. ¿Te recojo allí?

—Estarás cansado. Si quieres lo dejamos para otro día. —En la voz de Sol se apreciaba su decepción. Había pensado todo el día en el momento de verle de nuevo.

—No, que va. Por mí no te preocupes... Pero ¿lo mismo prefieres descansar?

—Estoy bien. Dormí toooda la mañana —rio Sol, mientras subía a su autobús.

—Necesito verte, necesito acabar el día igual de bien que empezó. —Eduardo apoyó la cabeza en el respaldo del asiento del coche y cerró los ojos esperando una respuesta de la chica. Realmente necesitaba verla, hablar, contarle cómo se había ido torciendo su día, y saber cómo le había ido a ella.

Sol también se apoyó en el respaldo. Recordó que Daniela no iba a estar en casa esa noche, y si estaba qué más daba. Necesitaba verle también. Había pensado en eso todo el día.

—Ven a casa. Podemos cenar algo tranquilos. ¿Te gusta el *sushi*?

—Me encanta. Yo lo llevo. ¿Alguna cosa especial?

—No te preocupes, hay un sitio en mi calle. Al pasar lo subo. Tú solo preocúpate de llegar rápido, pero sano y salvo. El resto déjamelo a mí.

Sol subió a su casa como una exhalación, dejó el *sushi* en la nevera, recogió aquí y allá cosas, que había dejado por medio, sobre todo en su habitación. Cambió las sábanas... por si acaso.

Y se puso cómoda ya que ya se había duchado en el hospital.

Estaba terminando de poner la mesa cuando sonó el timbre. Abrió la puerta a un agotado Eduardo que llevaba la bolsa de deporte en la mano.

—¿Una cerveza fresquita? —Él asintió y ella le ofreció una helada.

—¡Dios! ¡Qué bien sienta! —dijo mientras daba un largo trago.

—Venga, ponte cómodo.

—¿Puedo darme una ducha rápida?

—Claro. Pasa al baño de mi dormitorio.

Salió fresco y despejado. La ducha había sido reparadora y había recuperado parte de la energía que tenía esa mañana. Era viernes, al día siguiente no tenía que trabajar y estaba con una mujer preciosa. ¡Qué más se podía pedir! ¿Buena conversación y buen *sushi*? Eso también lo había.

Sentados en el sofá tomando una copa de vino conversaron sobre su día. Cada uno en un extremo, Sol con las piernas encogidas debajo del cuerpo y él sentado sobre su pierna. Ambos girados de forma que el otro quedaba enfrente.

—Entonces, ¿te dijeron una cosa y luego quisieron otra?

—Así es, después de tenerme esperando una hora. Los bocetos que les llevé me los he tenido que comer, porque la semana pasada querían una casa para dos y dar fiestas con los amigos, y esta semana, la quieren llenar de niños. Tengo que hablar con Leo, porque no me gusta nada. Si es así ahora, luego cuando tengan que elegir materiales o empezemos a trabajar va a ser peor.

—Sí, la verdad es que no pinta bien

—No tenemos necesidad de aceptarlo todo, ¿sabes? Podemos seleccionar nuestro trabajo. En una reforma o una obra nueva siempre hay imprevistos que te retrasan. Siempre hay cambios. Pero algo me dice que esta vez va a ser muy complicada y no merece la pena.

—Y, ¿has estado toda la mañana trabajando en eso?

—No, la verdad es que los bocetos los hice rápido. He estado con un proyecto personal, bueno, si sale lo ejecutaremos entre todos, pero no es lo que hacemos habitualmente.

Con ilusión contó a Sol todos los detalles del Hotel de Gredos, lo que tenía pensado, lo que le quedaba por decidir. Hablaba tan emocionado que consiguió transmitir a Sol parte de ese sentimiento. Le parecía algo precioso. Algo grande y en un entorno perfecto. Todo un desafío porque en esa zona, en invierno, las temperaturas bajaban muchísimo, y diseñar una vivienda sostenible en esas condiciones climáticas era complicado. Además, habría mucha competencia. Las universidades solían presentarse a esos concursos, ya que suponía un importante ingreso para sus investigaciones.

Durante la conversación, él le enseñó algunas de sus ideas en el móvil, por lo que ella acabó apoyada sobre su pecho.

Así en esa postura, recostada sobre él y rodeada por sus brazos, sentados tranquilos en el sofá, con las copas de vino, ya vacías, se sintieron tan bien que volvieron a desear alargar el momento. Esta vez fue ella la que lo pidió.

—No te vayas —dijo en un susurro.

Él no respondió, cerró los ojos, inspiró el aroma del cuerpo de la chica y apretó su abrazo. No quería irse, quería quedarse allí, así... siempre.

Ella se giró, buscando la respuesta a su petición. Encontró su boca. Se besaron, se saborearon...

—Quédate —pidió ella entre besos.

Dejándose llevar acabaron en la cama, e hicieron el amor lentamente hasta que cansados y entrelazados se durmieron.

La luz de la mañana despertó a Sol. Era sábado. Tenía el fin de semana libre y a un hombre espectacular en su cama. No solo era guapo, también era atento, cariñoso... ¿Qué más se podía pedir? ¿Que todo fuera bien? ¿Que realmente fuera lo que parecía y no otro desengaño? Ya había tenido alguno. Príncipes azules que, a la mañana siguiente, se convertían en sapos. Pero él... Él parecía distinto.

Sin hacer ruido salió de la cama, y antes de entrar en el baño lo miró. Tranquilo, durmiendo apaciblemente, con el torso descubierto y las sábanas deshechas enrolladas a su alrededor tapando lo justo para no resultar escandaloso. La luz jugaba con su cuerpo desnudo. Tomó la cámara, no pudo evitarlo, y capturo el momento. Esas fotos en blanco y negro iban a ser espectaculares. Eduardo tenía un cuerpo que la cámara adoraba.

El sonido del zoom del objetivo le despertó, desorientado, al principio no supo dónde estaba, hasta que la vio allí, cámara en mano y con su sonrisa.

—Buenos días —saludó ella bajito.

—¿Me estás fotografiando?

—La luz... ya sabes... Es mi obsesión, no he podido evitarlo... —se justificó Sol—. No te importa ¿verdad?

—Nunca me había pasado. Despertarme y encontrarme a una mujer desnuda tomando fotos de mi cuerpo. Me gusta.

En ese momento Sol fue consciente de que con la excitación del momento no se había puesto nada encima. Y efectivamente estaba completamente desnuda cámara en mano. Se sonrojó.

Eso excitó a Eduardo que alargó la mano para cogerla y acercarla a él. Le quitó despacio la cámara que acabó en la mesilla, olvidada, mientras disfrutaban relajados el uno del otro.

Tras haraganear un rato, satisfechos decidieron levantarse. Al salir de la ducha Sol escuchó cómo se abría la puerta de su casa. ¿Sería Daniela? Terminó de vestirse y salió a ver.

No era ella, si no Leo que a hurtadillas se metía en su cocina. Le sorprendió rebuscando en la nevera.

—¿Robando mi comida? —preguntó en broma.

—¡Dios! ¡Qué susto! —dijo Leo pegando un brinco—. Me ha enviado Daniela a cazar el desayuno. —Le mostró las llaves para apoyar su respuesta.

—Y no conviene que tardes mucho y dejes sola a una embarazada hambrienta. ¿Quién sabe lo que puede llegar a hacer?

Al ver la cara de susto que ponía Leo, Sol comenzó a reír y decidió echarle una mano. Juntos prepararon un abundante desayuno especial para su amiga. Leo le caía bien, era un buen hombre. Quizá un poco impulsivo, pero le gustaba para Dani.

—Entonces, ¿entre vosotros...? —se interesó Sol mientras cortaba la fruta en pequeños trocitos.

—Digamos que por fin la cosa marcha bien. Y tú saliste anoche, ¿no?

Sol no llegó a responder porque en ese momento la voz de Eduardo se escuchó desde el pasillo diciendo:

—Ese café huele de muerte. ¿Te ayu...? —Al llegar a la puerta de la cocina se quedó mudo.

Leo que sujetaba la bandeja del desayuno que habían preparado casi la tiró al ver en la puerta a su hermano a medio vestir.

—Buenos días —consiguió decir al fin cuando asimiló la sorpresa.

—Venga llévale el desayuno que se enfrían las tostadas —animó Sol intentando acortar el momento. Dejó el bol de fruta en su bandeja—. Ya tienes todo.

—Espera que te abro la puerta —dijo Edu acompañando a su hermano a la salida con una mirada de no haber roto un plato.

Los dos hombres se fueron y Sol quedó en la cocina terminando lo suyo. No le importaba que Leo les hubiera pillado, ya le contaría todo a Dani más tarde.

Antes de irse Leo lanzó una mirada amenazante a Eduardo, que denotó que no entendía que hacía con ella. Era una mujer espectacular, pero demasiado buena para un cabrón como él. Para nada el tipo de mujeres con las que solía estar. Edu no dio explicaciones, le abrió la puerta de los dos apartamentos y volvió con ella. No tenía por qué explicar a nadie qué hacía ni justificarse. Tenía derecho a vivir como estaba haciendo Leo. No era quién para dar ejemplo, ya que hasta hacía nada vivía también sin ataduras.

Durante el desayuno decidieron pasar el día juntos. Les pareció buena idea ir a la Sierra de Gredos a hacer fotografías de la ubicación de los *bungalows* para el proyecto del hotel. Los planos topográficos eran importantes, pero complementados con las fotografías de Sol le permitirían poder integrar las viviendas en el entorno. Así que mezclaron el *hobbie* de ella con el trabajo de él y la suma fue otro día perfecto.

Pasearon por la zona buscando las mejores imágenes, comieron en un pequeño restaurante de montaña, en el que alargaron la sobremesa hablando. Él le explicó las ideas que sobre el terreno

se le habían ocurrido y ella le dio su opinión. Sol no tenía ni idea de arquitectura, pero aportó la visión del turista y la que creía que tendría el propietario del hotel.

Los días aún eran largos, por lo que pudieron pasear otro rato por la tarde y, ya cuando anochece, regresaron a Madrid.

Habían pasado el día como una pareja, cogidos de la mano, acariciándose y besándose a cada momento, y como dos amigos compartiendo su tiempo. Ninguno se había sentido incómodo. Eduardo se había acostumbrado a mantener la guardia baja con ella. No la sentía como una amenaza, al contrario, su compañía había sido... ¿cómo explicarlo?... había sido comfortable.

De regreso, Eduardo propuso ir a su casa para que Sol pudiera descargar en su ordenador todas las fotos que había hecho, y ella aceptó.

Vivía en el último piso de un bloque residencial en Boadilla del Monte. Un piso enorme con una gran terraza con vistas a los jardines y piscina comunitaria. No solo era su hogar, si no también su estudio y el lugar donde se alojaba su familia cuando iba a Madrid. Leo y África, los que le visitaban con más frecuencia, tenían en él habitación propia.

Tras mostrarle la casa, descargaron las fotografías. El estudio era amplio, con un sofá donde Sol le imaginó dormido cuando el agotamiento lo sorprendía a horas intempestivas, tras largas jornadas de trabajo. Hablaron de otros proyectos, y de algunos premios de arquitectura que decoraban una vitrina. Lo imaginó viajando, buscando ideas, trabajando para estudios internacionales. Tenía mucho talento, pero... por lo que fuera lo había dejado todo por seguir el negocio familiar. Pensó si sería lo que él realmente anhelaba cuando decidió dedicarse a ello, o si habría dejado atrás sus sueños por ayudar a su madre y sus hermanos.

Cenaron junto al gran ventanal de la terraza, que no tenía cortinas, si no esos cristales que se tintan en función del sol dejando pasar la luz y temperatura perfectas en cada momento. Los bloques estaban diseñados como un mirador, sin edificios en frente, por lo que guardaban la intimidad de sus ocupantes. Al ser de noche no se veía nada, pero por la mañana las vistas debían ser espectaculares.

—Quédate, y mañana lo verás —dijo él cuando ella se lo comentó—. Están orientados al Este por lo que, si te quedas, podremos disfrutar de un bonito amanecer.

Sol lo pensó, llevaba dos días con él, y no se cansaba. Tenía mil cosas que hacer en casa, pero... ninguna mejor que esa. El lunes, la rutina y sus trabajos les separarían de nuevo. ¿Qué tenía de malo disfrutar un poco más?, así que asintió.

Animado por su respuesta, la tomó de la mano y la guio hasta su habitación. Pocas mujeres habían estado allí, ya que prefería guardar su intimidad, y ninguna se había quedado tiempo suficiente para ver amanecer, pero con ella... lo deseaba. Deseaba mostrarle la razón por la que se enamoró de esa casa, y pese a las reticencias de su familia, que preferían una vivienda más cerca de la ciudad, había decidido comprarla.

Cuando la tuvo excitada y desnuda sobre su cama, con el pelo extendido sobre la almohada en todo su esplendor refulgiendo bajo la luz de la mesilla, deseo tener su capacidad para capturar el momento con una cámara. Se tomó su tiempo para guardarlo en su mente, no quería olvidarlo. Deseó poder atesorarlo siempre, no solo la imagen que se grabó en su retina, si no la sensación de confort y de bienestar que la acompañaba. En unos minutos esa mujer vibraría bajo él, juntos alcanzarían el clímax perfecto, porque se complementaban, porque sabía lo que anhelaba como si fuera él mismo. Dispuesto a darle todo, se hundió en esos dos pozos verdes que le observaban, se dejó llevar... y la llevó con él.

Se despertó temprano, antes de que amaneciera. Sol dormía profundamente. Aún desnudo salió

a la terraza. Hacía frío, pero le ayudó a despejarse. Nunca, jamás, en toda su vida había sentido algo así. Habían hecho el amor varias veces, cada una más intensa que la anterior. No había sido sexo, había sido algo mucho más profundo y difícil de explicar.

El sol aparecía en el horizonte, el mejor momento del día, cuando los madrugadores rayos bañaban la dehesa e iban iluminando poco a poco los campos. La despertó, tomó el edredón para protegerse del frío de la mañana y juntos, abrazados, en silencio, vieron cómo nacía otro día.

Mientras observaba aquel espectacular despliegue natural, Sol no tuvo la necesidad, como otras veces, de immortalizarlo en la foto perfecta. Acurrucada y calentita entre los brazos de ese hombre maravilloso que el destino había puesto en su camino, disfrutó feliz del momento. Por fin, por una vez algo salía bien, deseó de nuevo no estropearlo, porque era sencillamente perfecto.

Capítulo 9

*H*abía una pastelería en el pueblo, de esas que tienen también cafetería, a la que a Eduardo le gustaba ir a desayunar. Dando un paseo desde su casa se llegaba en apenas una hora. Decidió llevarla porque siendo tan golosa como él, le iba a encantar.

Cuando llegaron, después de una tranquila caminata, el aroma del café y los bollos recién hechos colmaron sus sentidos y la boca se les hizo agua.

No se había equivocado. Sol disfrutó de un copioso desayuno, y él de verla feliz. Era una mujer natural, fácil de contentar, expresiva y muy agradecida. En el tiempo que se conocían no se había quejado ni una sola vez, había saboreado cada bocado con placer. Le gustaba eso de ella, no era habitual para él poder deleitarse de una buena comida con una mujer. Las chicas con las que salía, bien pedían poca cantidad alegando siempre que no tenían hambre, bien daban vueltas a la comida en el plato, para luego dejarlo casi completo. La razón, seguramente mantener la línea o vergüenza por comer delante de un hombre. Ella no lo necesitaba, era perfecta tal cual era.

De regreso a casa, Sol le contaba cosas de sus hermanos, eran dos niños traviesos y había anécdotas para escribir un libro. Adoraba a esos críos y cuando hablaba de ellos perdía la noción del espacio y tiempo. No recordaba qué estaba diciendo cuando sucedió aquello, el momento exacto en que todo cambió. Era algo gracioso porque se había vuelto a mirar a Eduardo reír. Un grito la sobresaltó, un tirón de su brazo y un coche que le pasó muy cerca, a toda velocidad.

Si él no la hubiera apartado, el vehículo se la habría llevado por delante. Cruzaban un paso de cebra y estaba segura de haber comprobado que el semáforo estaba en verde para los peatones, pero el conductor del coche, seguramente demasiado borracho para ver el disco en rojo había estado a punto de atropellarla.

Eduardo lívido la abrazó tan fuerte que casi no podía respirar. Se había asustado, no había visto venir aquel coche, pero había tenido suerte ya que él había reaccionado rápido. Cuando se separaron le besó, él le devolvió el beso de forma apasionada, casi agresiva. Decidió bromear para quitar importancia a lo que podría haber pasado.

—Te debo una. Pídeme lo que quieras. Seré tu esclava.

Él la miró serio y sin responder, porque no estaba para bromas. Regresaron a casa en silencio. El susto que se habían llevado había terminado con el buen rollo que habían tenido hasta ese momento.

Sol intentó animarle contando otras travesuras de sus hermanos, pero fue imposible. Así que decidió respetar su espacio, y cuando llegaron se metió en el baño.

Al salir, él esperaba con las llaves del coche en la mano.

—Te llevo a casa —dijo serio. Ella se sorprendió, no habían concretado nada, pero había dado por hecho que pasarían el día juntos.

—¿No quieres que hagamos algo?

—Mejor no. He recibido un *email* y tengo que entregar mañana un trabajo urgente. Me va a llevar todo el día.

—¡Oh! Vaya. Puedo volver en metro. No te preocupes y ponte con ello —se apresuró a decir, ya que el trabajo era algo importante y no quería interferir.

—No, no. Te llevo—dijo suavizando el tono—. No es problema, de verdad.

Sin muchas palabras y con un ambiente un tanto frío Eduardo dejó a Sol en su calle. La despedida no se pareció en nada a la de los días anteriores. Un beso y un ya te llamaré.

«Pero ¿qué había sido aquello?»

Mientras organizaba su casa, Sol recordó los momentos que habían vivido juntos esos días, ¡habían sido tan especiales...!, y el contraste con la gélida despedida de esa mañana. Eduardo era un hombre muy implicado en su trabajo. Quizá su cambio de actitud se debiera a la preocupación por esa tarea urgente que tenía que entregar al día siguiente. Quizá no sabía cómo abordarlo o era demasiado complicado para terminar en tan corto plazo de tiempo. Al final decidió que debía de ser eso, seguro.

Puso música. Siempre la animaba. La lista de reproducción de la limpieza. Shakira, Juanes, Alejandro Sanz, Maluma y muchos otros la acompañaron quitando el polvo, barriendo y fregando el suelo. Terminó cerca del mediodía. Daniela comería con Leo en casa de sus padres, así que, cansada tras la ardua tarea de limpieza, recalentó algunos restos que quedaban de la semana.

Intentó ver una película después de comer, pero cansada por el madrugón de esa mañana acabó por quedarse dormida en el sofá.

Eduardo, por su parte, tardó en regresar a casa. El incidente de esa mañana había removido en su interior sentimientos muy dolorosos. De golpe se sintió transportado a hacía algunos años cuando Anabel le abandonó. Recordó aquel vacío inmenso que se alojó en su interior durante meses, hasta que poco a poco el tiempo lo fue haciendo más soportable.

Sol había comenzado a importarle tanto o más que Anabel. Era una mujer distinta, más madura. El amor de Anabel había sido algo infantil. Dos niños que pasan de jugar juntos a descubrir el amor, los primeros besos, las primeras caricias, la primera vez... Había sido especial, pero no duró. Había sido la primera, pero terminó.

Años después habían pasado muchas mujeres por su vida, le gustaban, disfrutaba con ellas. Tomaba lo que le daban y cedía lo que podía; su cuerpo, su experiencia... pero nunca su corazón. Ninguna fue lo suficiente especial para hacerle bajar las barreras. Con Sol, cansado de luchar había cometido el error de ceder, de intentarlo de nuevo, pero... ¿y si la hubiera perdido esa mañana? ¿Y si el traicionero destino solo tenía preparado para él, sufrimiento, la nada, la soledad? No iba a permitirlo. Sol era peligrosa porque había despertado su roto corazón. Tenía que alejarse, pero ¿cómo?

La tensión, la desesperación que sentía... No podía soportarlo. ¿Y si esa mañana hubiera acabado en desastre? Casi había cometido el mismo error, pero aún estaba a tiempo de arreglarlo. La dejaría... ¡No! No sería capaz. Cuando estaba delante y le miraba con esos expresivos ojos verdes, confiados, como si fuera lo más importante en el mundo... Se volvía débil.

Paró el coche, no podía respirar, las lágrimas de sus ojos no le permitían ver con claridad. Se apeó del vehículo abandonándolo en el arcén y corrió. Corrió sin rumbo, campo a través, hasta que sus pulmones colapsaron y le faltó el aliento. Sin fuerzas se dejó caer de rodillas, sobre la seca tierra de la dehesa, y lloró. Se sintió desolado. Alguien que quería ser feliz, pero no podía. Un niño al que, castigado, han arrebatado su juguete preferido.

Poco a poco fue calmándose, su respiración se normalizó, su pulso se ralentizó... Sacó fuerzas de flaqueza, se incorporó y con la mirada perdida miró al cielo. En ese momento se prometió que no volvería a ceder, que no volvería a cometer el error de permitir a alguien acercarse tanto a su corazón. Levantó las barreras imaginarias que lo protegían. Con determinación decidió alejar a Sol de su vida a cualquier precio.

Nunca supo si fue el destino o la casualidad, pero su teléfono sonó:

—¿Diga?

—¿Eddy? Me tienes abandonada. Tengo un juicio importante mañana y necesito despejarme.

¿Vienes?

—No.

—Eddy, más de dos semanas sin verte es mucho tiempo. Dime si no quieres continuar con nuestro acuerdo. Buscaré otras opciones, pero no me hagas perder el tiempo. —Verónica replicó enfadada a la escueta respuesta de él.

—No... No es eso. Tengo el coche averiado —mintió—. Ven tú a mi casa. Te enviaré la dirección.

—Perfecto, esta tarde nos vemos.

Eduardo colgó. Volver a su vida anterior era lo mejor que podía hacer. Eso le ayudaría a recomponerse. Más tarde hablaría con Sol. Se merecía ser feliz con alguien capaz de amarla sin miedo.

Capítulo 10

Sol se despertó con la boca pastosa, los músculos doloridos y la marca del cojín sobre su piel. Aún era de día, por la intensidad de la luz que se colaba por el ventanal del salón debían ser casi las siete. La película —de la que no había llegado a ver ni cinco minutos— había acabado y la aplicación pedía que marcara si le había gustado o no.

Se incorporó despacio. Apagó la tele y fue a la nevera a beber algo de agua.

Ya más espabilada, pensó en Eduardo. El pobre habría pasado todo el día intentando sacar ese trabajo urgente que le había surgido en el último momento. ¿Habría parado a comer? Cuando la noche anterior habían preparado la cena juntos, su nevera estaba prácticamente vacía. Decidió que lo más probable es que estuviera tan centrado en su trabajo que no se hubiera acordado de hacerlo. Observó su móvil. No había leído si quiera el mensaje que ella le había enviado.

Segura de que estaría trabajando sin ser consciente del mundo exterior, decidió llevarle la cena. Tenía que descansar, al menos para comer algo ligero ¿no?

Se dio una ducha rápida y se puso cómoda. Eligió la ropa interior nueva que había comprado el otro día.

«¿Quién sabe si ha terminado o le queda poco?», pensó.

Cogió el bolso, las llaves del coche y la chaqueta; quizás un paseo por los alrededores de su casa le ayudaría a despejarse.

Pasó por Rodilla, sabía que a él le gustaban los sándwiches de esa cadena. Había sido el lugar al que habían ido en su primera cita. Le pareció bonito repetir. ¿Se daría cuenta?

Feliz, con la música de Pablo de fondo llegó a Boadilla. Buscó la urbanización dónde él vivía y aparcó en el exterior. Tuvo suerte, ya que un vecino salía a pasear a su perro justo en el momento en que ella llegó al portal. Saludó al hombre y entró. En el espejo del ascensor comprobó, coqueta, que su aspecto era correcto; se colocó un par de mechones rebeldes que, traviesos, habían escapado de su recogido, y sonrió a su imagen. Era una mujer con suerte. Se sentía genial. Iba a llevar la cena a su chico, para cuidarle, porque seguro que absorto en su trabajo no había comido nada. ¿Qué más se podía pedir?

Atravesó el pasillo a buen paso y llamó a la puerta. No se oía nada al otro lado. Volvió a llamar. Seguro que estaba tan sumido en el trabajo que no lo había escuchado, quizá incluso pusiera música para concentrarse. Por fin, sintió pasos al otro lado de la puerta. Levantó la bolsa de papel y se preparó para saludar con una gran sonrisa. La misma que últimamente no desaparecía de su cara.

Eduardo abrió la puerta, aún mojado y con una toalla en la cintura. Dios, ese hombre estaba tremendo, y era suyo.

—¡Hola! ¿Ha pedido la cena, señor?

Él se quedó blanco. Jamás hubiera pensado que ella aparecería en su puerta. No pudo responder y permaneció inmóvil como una estatua de mármol. Al ver que no reaccionaba, Sol insistió.

—¿Has terminado? Bueno, si todavía tienes que seguir, no te preocupes. Solo vengo a alimentarte, porque... No has comido nada ¿verdad?

Antes de que él pudiera responder la voz melosa de Verónica se oyó de fondo.

—¡Ay! Eddy, que detallista. Si hasta has encargado la cena. Déjame que al menos pague yo—. Verónica con su cuerpo escultural apenas oculto con una camiseta de Eduardo, apareció tras él con el monedero en la mano—. ¿Qué te debo? —preguntó

Sol se había quedado con la boca abierta, su mente no era capaz de procesar lo que estaban viendo sus ojos. Se visualizó golpeando a la hermosa pareja con la bolsa de los sándwiches, pero no lo hizo. En ese momento llena de dignidad entregó con toda la mala leche que pudo la bolsa a Eduardo.

—Está pagado, señora —siseó—. ¡Qué lo disfruten! —dijo y se dio la vuelta con la cabeza bien alta, pero el corazón destrozado. Realmente esperaba que el golpe hubiera aplastado la comida y que se atragantaran con ella. Imaginó una muerte lenta por asfixia. Regresó despacio al ascensor, sin flaquear, intentando contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Lo consiguió hasta que, de nuevo en el ascensor, miró su imagen. ¡Qué ingenua había sido! ¿De verdad pensaba que un hombre como él se iba a interesar por una cateta como ella?

El ascensor se detuvo en la planta baja, cuando salió, deseó que él la hubiera seguido. Deseó que llegara con alguna explicación convincente, como que era su prima a la que habían perdido la maleta en el avión y por eso llevaba su ropa. Pero eso no ocurrió. Él no había abierto la boca, no había dicho ni si quiera un «lo siento», no había salido en su busca.

Eduardo había tragado el nudo que se había formado en su garganta y sintiéndose el hombre más rastrero del mundo, había regresado al interior de su vivienda dejándola marchar dolida, porque creía que era lo mejor para ambos. Él jamás podría darle lo que ella necesitaba, y era mejor que se diera cuenta así y lo odiara. De ese modo le resultaría más fácil alejarse.

Sol no fue consciente de cómo regresó a casa. Se había convertido en un autómatas que llevó su coche de vuelta, con los ojos anegados de lágrimas silenciosas. La rabia, el llanto y sentimiento de impotencia llegaron luego, ya en la seguridad de su hogar.

Abrió la puerta con cuidado, escuchando atenta cualquier movimiento o ruido procedente del interior de la vivienda, ya que eso significaría que tendría que enfrentarse a su amiga. Respiró aliviada, el silencio indicaba que Daniela no estaba. No tenía fuerzas para ocultarle el sentimiento devastador que la inundaba. Tiró sus llaves en el mueble de la entrada, su bolso en el sofá y se dirigió con paso firme a su habitación. Cerró la puerta, se apoyó en ella y dejó que su cuerpo agotado se deslizara hasta quedar sentada en el suelo. Fue en ese momento en el que se permitió lamentarse. Dejó de reprimir su dolor ante aquel engaño y lloró con su rostro escondido entre sus manos y la cabeza apoyada en las rodillas.

«¿Cómo puedo haber sido tan tonta? ¿Cómo me he dejado llevar de esa manera? En apenas unos días le he abierto mi corazón y mi alma, me he enamorado de él como una adolescente y él... Él ha cogido todo eso y lo ha pisoteado».

No alcanzaba a entender como habían pasado de estar juntos y felices a ese punto ¿Cómo se había equivocado tanto? Había pensado que él sentía lo mismo que ella. Pero para él lo que habían compartido no había sido suficiente. Solo otra muesca en el cabecero de su cama. Con su olor aún en su casa y en sus sábanas había buscado a otra... ¡A otra! Y ¡Qué otra! Preciosa, con un cuerpo tremendo y un pelo perfectamente peinado pese a que obviamente habían tenido una sesión movidita de sexo... No como el indomable nido de águilas que ella tenía en la cabeza... ¡Y en la cama en la que unas horas antes había estado con ella!

«¿Cómo es tan cabrón?». Porque era un cabrón ¡Cabrón! ¡Cabrón! Golpeó el suelo con sus puños en un vano intento de calmar su ira. Se puso en pie. Observó su habitación. Se fijó en el

solitario frasco de perfume que había dejado sobre la cómoda. El que se había puesto esa tarde porque él le había dicho que le gustaba su olor unos días atrás. Lo cogió entre sus manos, lo olió. A ella también le gustaba, pero no volvería a usarlo. Pensó en lanzarlo, pero si lo hacía el aroma inundaría la habitación empeorándolo todo. Lo vació por el desagüe del lavabo y dejó correr el agua.

Miró el frasco de cristal vacío, tirar su contenido no había calmado su enfado. Lo arrojó contra la pared con todas sus fuerzas, y se rompió en mil pedazos. Se sintió mejor. Tomó el cepillo del pelo, y lo lanzó también. Y un peluche que conservaba de su infancia. Buscó más cosas. Las zapatillas, que descansaban a los pies de su cama, los cojines y las almohadas. Todo ello acabó tirado alrededor de la entrada. Agotada se dejó caer sobre el colchón.

¿Por qué tenía tan mal ojo para los hombres? Realmente había pensado que él era distinto. Era la segunda vez en su vida en que confiaba y abría su corazón a un hombre de esa manera. El primero había sido Max, cuando solo era una niña. Casi dejó los estudios para ponerse a trabajar —con diecisiete años— habría tirado por la borda su vida para vivir con él. Fue su padre el que le demostró que Max la tenía engañada. Fue duro ver cómo el hombre que idolatraba, solo unos años mayor que ella, no renunciaba a nada por el hecho de estar juntos; mujeres, drogas, borracheras y, mientras, ella trabajando por él. En aquella época atontada por el motero guapo, el chico duro... ¿Y ahora? Más mayor más experta, pero —¿qué había cambiado?— atontada por el niño bueno, el deportista que parecía ser familiar y trabajador. El caso era que no atinaba nunca. No sabía distinguir a un buen hombre de un canalla.

El sonido de un mensaje entrante en su móvil la sacó de sus pensamientos. ¿Sería él? Se levantó y cogió el aparato de su bolso. No, él seguía sin ver sus mensajes. Era del hospital, de su coordinadora; su compañero Marcos que estaba de turno de noche estaba enfermo y buscaban a alguien que no tuviera problema en sustituirle.

Lo pensó bien, estaba descansada, si se quedaba en casa solo iba a auto compadecerse un poco más y podría llegar Daniela. No podía contarle nada. Eduardo era un capullo, pero el tío de su niña y no quería interferir en esa relación. Conocía a su amiga y estaba segura de que, si lo supiera, era capaz de sacarle los ojos y cambiar el trato con todos los Cano. Estaba comenzando con Leo, solo esperaba que él sí fuera trigo limpio y no le hiciera daño. No deseaba a nadie lo que ella estaba sintiendo en ese momento. Decidió que trabajar le vendría bien, un turno de dieciséis horas era perfecto para acabar agotada y no pensar. Así que avisó de que iría ella.

Antes de entrar en la ducha, más calmada porque tenía una meta a corto plazo, recogió el destrozo y se permitió un nuevo acto de rebeldía. Borró el contacto de Eduardo de su móvil. No quería saber nada de ese hombre jamás y cuanto más tardara en verle mejor. Solo había compartido con él unos pocos días de su vida y no tenía que ser difícil de olvidar. No merecía por su parte ni un mísero pensamiento más.

Se lavó los recuerdos, los anhelos y las esperanzas que había puesto en él con una larga ducha bien caliente y se marchó a trabajar con la mente clara, sintiéndose una mujer nueva, valiente e independiente.

Capítulo 11

Verónica se había marchado un rato después de Sol. No creía que tras aquello se volvieran a ver. Lo que hasta ahora le había parecido bien, de pronto, empezó a molestarle. Odiaba que le llamara Eddy, y su voz ya no le parecía sensual, sino estridente. Su cuerpo, demasiado perfecto para ser real. Era una mujer preciosa, pero vacía, superficial y egoísta. Quedaron en verse la próxima semana, aunque ambos sabían que no sería así. Había intentado disfrutar esa tarde con ella, pero tenía la mente en otro lugar, estaba desconcentrado, Verónica tuvo que doblar sus esfuerzos para obtener lo que quería, y no era una persona a la que gustara tener que emplearse en eso. Era una diosa a la que los hombres debían adorar. El problema era que, para él, había dejado de serlo.

No podía dormir, y trabajar tampoco era una opción. Volvió a cambiar las sábanas y las echó en el cesto de la ropa sucia. Paquita las lavaría y plancharía al día siguiente, borrando el paso de las dos mujeres por su cama.

Asqueado por lo ocurrido decidió que machacar su cuerpo le vendría bien para acabar agotado, y dejar de pensar, así que salió a correr. La noche era fría y consiguió despejarle. Pensó en lo mal que se había portado con Sol, ella había confiado en él, se había permitido ser el verdadero Eduardo Cano que hacía años que no existía... Y había sido un error. Aumentó el ritmo percibiendo cómo sus músculos se resentían ante el cambio de velocidad. Cargaría con la culpa, dejaría que pensara que era un canalla, un hombre sin escrúpulos ni corazón. Incrementó la potencia hasta que le faltó el aire. Pero sí tenía, era muy consciente de él, porque dolía casi tanto como dolió cuando Anabel le abandonó. Después de dejar que ella se acercara, la había cagado, forzando su odio. No lo había hecho adrede, jamás pensó que Sol iría esa tarde. Había sido algo fortuito, pero le había facilitado las cosas. Si ella le despreciaba, le resultaría más fácil alejarse y volver a la soledad de la que nunca debería haber salido.

Si tras apenas unos días con Sol, su pérdida dolía tanto... ¿Qué habría pasado si hubieran comenzado una relación? ¿Y si a ella le pasaba algo? Esa mañana había estado a punto de perderla. Convencido ya, de que lo sucedido había sido lo mejor para ambos, disminuyó el ritmo y emprendió el regreso a casa. Una vez allí, tomó una ducha caliente para relajar los músculos doloridos y se tumbó en la cama sobre sábanas limpias, seguro de que el tiempo llenaría el vacío que se había alojado en su pecho.

Inconsciente de cuánto había dormido y algo desorientado se despertó con el tono de la banda sonora de *El bueno, el feo y el malo*. Era alguno de sus hermanos. Miró la hora en el despertador. ¿Las seis de la madrugada? ¿Le habría pasado algo a su madre? Preocupado tanteó buscando su móvil, hasta que lo localizó y pudo cogerlo a tiempo. Era Leo.

—¿Sí? —respondió con la voz ronca del que ha dormido poco.

—¿Edu? Buenos días. Siento despertarte tan temprano, —Leo hablaba acelerado.

—No te preocupes, ya estaba despierto —mintió—. ¿Qué quieres?

—¿Está Sol contigo?

—No.

—¿Y sabes dónde está? Tiene el teléfono apagado y Daniela dice que eso es muy raro. Está preocupada.

Se sintió mal, su mente se aclaró de pronto.

«¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si no ha llegado a casa?», pensó asustado. Había dado por hecho que enfadada habría vuelto a su casa. Estaba convencido de que estaría odiándole, pero en la seguridad de su hogar.

La culpa se apoderó de él, un sudor frío cubrió su cuerpo y sintió pánico de nuevo.

«¿Y si...?».

—Dani dice que ayer cuando llegamos se estaba preparando para ir a trabajar, al menos es lo que le dijo, pero que parecía triste. —Ante el silencio de Eduardo, Leo nervioso continuó hablando—. La hemos llamado mil veces y no ha respondido al teléfono ni a ningún mensaje... Daniela la necesita... Yo... Yo...

—Ayer estuvo en mi casa después de vosotros. Vino a traerme la cena porque pensaba que estaba trabajando.

Leo se quedó en silencio. No tuvo que decir nada porque Eduardo ya se sentía como un cabronazo por lo que había hecho, y no era necesario que nadie más se lo dijera. Aun así, tuvo la necesidad de justificarse, no soportaba sentir el reproche silencioso de su hermano mayor.

—Leo, yo... Yo me asusté. La cagué. No estoy preparado para alguien como ella. No creo que lo esté nunca. Aún duele, ¿sabes? Es demasiado buena y perfecta para mí, no la merezco. Es mejor que las cosas hayan salido así.

—Tú sabrás lo que haces, hermanito, —replicó entre dientes Leo—. Solo espero que esto no se vuelva en mi contra. Te dejo. Viene la matrona a ver a Daniela y tengo que intentar avisar a Sol por última vez.

—¿La matrona? ¿Ya? —No hubo respuesta. Su hermano había colgado.

Su sobrina iba a nacer.

Nervioso no pudo volver a dormir, decidió llamar a su madre, que ilusionada ya estaba en camino junto a Ángel. Ella le dio las señas del hospital y quedaron en verse allí al cabo de unas horas.

Llenó el hueco de la mañana haciendo algunas llamadas para retrasar reuniones, y comprobar que todo iba bien en las obras que estaban realizando. Más tarde se pasaría por ellas, tendría que realizar parte del trabajo de su hermano para que este pudiera dedicarse a Daniela y la niña, pensó que se lo debía.

Sol había superado la noche con el móvil apagado en la taquilla y la mente centrada en las urgencias que habían tenido; todo eso se había convertido en su aliado. Dispuesta a continuar su jornada ocho horas más, en el horario que realmente le correspondía, dejó que el agua de la ducha común desentumeciera sus sentidos. Se cambió el uniforme, poniéndose uno limpio y se permitió un buen desayuno, ya que apenas había probado bocado desde la comida del día anterior y su cuerpo empezaba a acusarlo. Con fuerzas renovadas pasó por el mostrador para mirar la distribución de tareas y organizar su mañana. Un *post-it* despertó su interés, Daniela había telefoneado y había pedido que le devolviera la llamada en cuanto pudiera. Estaría preocupada, ya que cuando habían coincidido la noche anterior había intentado ocultar su dolor, pero Dani la conocía demasiado bien; seguramente quería asegurarse de que todo estaba en orden.

Meditó un momento, no lo estaba, una multitud de sentimientos se mezclaban en su interior, enfado, decepción, dolor... Aunque principalmente se sentía engañada. Todavía no tenía fuerzas para hablar con su amiga, ya que si lo hacía acabaría llorando y tendría que explicar quién era el

responsable de su estado. No podía hacerle eso a Dani, no ahora que en su vida algo por fin parecía ir bien y se merecía ser feliz. Decidió posponer la llamada y volver a centrarse en el trabajo; mantener la mente ocupada, le ayudaba.

Acababa su ronda, cuando la avisaron de que tenía visita.

«¿Quién será?», se preguntó. En el fondo, muy en el fondo, deseaba que fuera Eduardo, con la explicación que no le había dado el día anterior, pero eso era una utopía, ya que dado como había actuado este, le extrañaba que eso fuera a pasar. Obviamente no era Eduardo. Era Eva y parecía enfadada.

—¿Eva? ¿Qué haces aquí? —preguntó confusa.

—Tienes el móvil apagado. No has devuelto las llamadas que te hemos hecho —contestó Eva malhumorada.

—Me quedé sin batería y no llevo cargador —intentó justificarse—. Además, he tenido una noche movida.

—Ok, como quieras. Daniela esta de parto. Bueno, imagino que si la niña no ha nacido ya estará a punto de hacerlo. Vengo a buscarte, si puedes salir. A mí me gustaría intentar verla llegar a planta con su peque en brazos. Marta ya está allí, —dijo de golpe observando la cara de su amiga.

Sol había cambiado su expresión sus ojos pasaron de la tristeza a la culpa y finalmente se iluminaron. —Venga, has trabajado toda la noche, a estas horas habrás casi terminado tu ronda, seguro que no les importará que te marches —dijo Eva suavizando el tono—. Dani nos necesita. Está con Leo, pero necesita a sus amigas.

Sol imaginó a Daniela asustada porque el momento había llegado antes de tiempo, y desesperada por localizarla. Durante el embarazo habían hablado mucho de ese instante, y ella le había prometido acompañarla y no dejarla sola, pero le había fallado. Las lágrimas volvieron a humedecer sus ojos, aunque las contuvo. Tenía que ser fuerte, le debía a Dani al menos eso. Apartó a un lado sus sentimientos a los que ahora se sumaba la culpa y se llenó de determinación. Decidida fue a hablar con su coordinadora y le explicó la situación, delegó las tareas pendientes en otra compañera y salió del trabajo acompañada de Eva.

Tranquilas dentro del Uber que las llevó al hospital, Eva le explicó que esa madrugada Daniela había roto aguas, Leo había avisado a la familia y a los amigos una vez que todo estuvo controlado en monitores, y ya solo quedaba esperar que su amiga fuese dilatando. Sol volvió a imaginar a Daniela, angustiada por no poder localizarla y ya no pudo controlar las lágrimas.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —preguntó Eva mientras la abrazaba. Sol se permitió refugiarse en el abrazo y lloró desconsolada. No le importó lo que pensaría el conductor del vehículo. Entre sollozos explicó lo que había pasado, pero no dio nombres. Eduardo estaría allí y no quería que Eva le sacara los ojos delante de la familia, y menos el día del nacimiento de su sobrina.

«En unos minutos tendré que volver a verle», pensó. Esperó que no fuera acompañado de esa mujer, porque no sería capaz de soportar eso.

Estaban a punto de llegar a su destino, no podía bajar del coche así, no podía hacerle eso a Dani. Así que dejó que el odio, la traición y el orgullo desplazaran a la culpa, el desconsuelo y la pena, su mirada se endureció, se secó los ojos, se sonó la nariz y pidió a Eva pasar por el aseo antes de subir a la planta donde encontraría no solo a su amiga con su hija, si no al hombre que tan vilmente le había roto el corazón. Se lavó la cara y borró cualquier señal de lo que había pasado, no solo de su rostro, sino también de su alma. No iba a permitir que ese cabrón empañara uno de los momentos más importantes de su vida.

Llegaron a planta prácticamente en el momento en que Leo, Daniela y la pequeña hacían su aparición. Dani no podía ocultar su felicidad con su hermoso bebé en brazos, en su cara se vislumbraba solo un atisbo del cansancio por el esfuerzo realizado, se veía radiante. Pero Leo no se quedaba atrás, exhibía una orgullosa sonrisa, y mantenía contacto con su amiga, en ese momento con su mano apoyada en su hombro.

El celador llevó la cama hasta la habitación que les habían adjudicado, y una vez dentro fueron pasando por turnos para no agobiar a la recién estrenada madre y a la pequeña. Los primeros en hacerlo fueron Pedro y Ana, los padres de Daniela, mientras Leo, excitado, contaba al resto de los presentes como había transcurrido todo. Eduardo estaba allí, y Sol no pudo evitar mirarle de reojo, le había ignorado desde que llegaron, lo que no le había resultado difícil teniendo en cuenta el lío de presentaciones y conversaciones que hubo.

Eduardo sintió su mirada quemándole como el fuego, y cuando se giró pudo ver el hielo en sus ojos, y todo el odio y la ira contenida en ellos por lo que le había hecho. Lo merecía. ¡Vaya que sí! Le dolió como un disparo, porque hacía solo unas horas se había sumergido en la calidez de esos mismos ojos. Hasta ese momento había estado seguro de que había sido la mejor forma de protegerse, pero al verla se dio cuenta de que para hacerlo la había herido. Había sido una forma eficaz de alejarla de él, pero ¿a qué precio?

Sintió la necesidad de acercarse y explicarle por qué estaba tan jodido, pero los padres de Daniela salieron y África les cedió el turno a las chicas. Su oportunidad se adentró en la habitación cargando una gran tarta de pañales y otras cosas de bebé.

Estuvieron poco tiempo con la feliz mamá, dejando pasar enseguida a la abuela que, emocionada, entró acompañada de un orgulloso Leo.

Eva y Marta comentaban con Pedro y Ana lo bonita y saludable que era la pequeña Ángela, cuando a Juan le sonó el móvil y cogió la llamada. Eduardo que hasta el momento charlaba con él dirigió su mirada hacia ella. Sol no estaba preparada para hablar, aún no. Huyó con la excusa de ir a la máquina de café y casi salió corriendo.

No entendía como había podido ser tan imbécil en lo referente a Eduardo, le miraba y seguía pareciéndole un buen chico, pese al daño que le había hecho. La verdad es que en ningún momento hablaron de futuro ni de exclusividad, pero lo dio por hecho, porque la relación que se estaba forjando parecía ir en esa dirección... Parecía tan claro... Pero pese a que podría haber malinterpretado las intenciones de Eduardo eso no quitaba que él le había mentado y engañado, con la excusa de un trabajo urgente había metido en su cama a otra, y justo unas horas después de haber estado con ella viendo el amanecer en aquella terraza. Insertó con brusquedad las monedas en la ranura de la máquina y presionó un botón al azar. Fijó la vista en el líquido marrón que llenaba poco a poco el vaso de papel, pero la imagen se emborronó por las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

«¿Cómo he podido ser tan idiota?», se reprendió de nuevo.

Tenía que regresar, esperaba que él estuviera dentro de la habitación para no tener que hacerle frente, pero no tuvo tanta suerte, ya que al girarse lo encontró allí, parado, a unos metros de ella, conteniendo la respiración y dándole la intimidad suficiente para que se sobrepusiera. Le dio tanta rabia que la viera en ese estado que, orgullosa se obligó a levantar el mentón y mirarle fijamente, tragándose el dolor. Eduardo avanzó unos pasos hasta quedar frente a ella, demasiado cerca, alargó la mano para colocarle detrás de la oreja ese mechón que siempre se le escapaba del recogido y que tanto le gustaba. Sol sostuvo la mirada, apuñalándole con la suya llena de odio.

—Créeme, ha sido mejor así, Sol. No pretendía herirte, pero... —dijo él en un susurro. No le

dejó terminar, tal y como habían transcurrido las cosas no podía creer sus palabras. Era imposible que su intención no hubiera sido hacerle daño, porque sentía su corazón como si se lo hubiera arrancado del pecho y pisoteado, para luego devolvérselo completamente destrozado. No le dijo nada, se limitó a arrojarle la mirada de odio más dura que hubiera lanzado en su vida, y con la cabeza bien alta regresó con sus amigas.

Seguía intentando convencerse de que había sido lo mejor, cuando Eduardo sintió una mano sobre su hombro. Era Ángel.

—Bienvenido al club de los *jodidos cabrones*, hermano —le dijo este—. No podemos evitar cagarla, ¿verdad?

—Es mejor así —respondió Eduardo intentando apartar de su mente el sentimiento de culpa que lo embargaba—. Y tú, ¿has venido a arreglarlo?

—Hoy ha nacido mi hija, solo quiero pedir perdón a su madre.

—Deja que al menos Leo sea feliz.

—No tenía pensado interponerme de nuevo, solo quiero conocer a esa niña, y espero, a nuestra futura cuñada. Algo tiene que salir bien en esta familia en lo relacionado con las mujeres, ¿no crees?

—Eso espero, Ángel, eso espero.

Capítulo 12

Sol vivió los días siguientes al nacimiento de la niña en una nube de emociones indeterminadas. Tan pronto sentía ira como se hundía en la más profunda miseria. Se centró en trabajar y en preparar el regreso de Daniela. Cocinó, limpió, organizó la casa de su amiga guardando todos los regalos que habían ido recibiendo, lavó la nueva ropa de la niña con jabón neutro para que pudiera usarla al llegar..., básicamente se aseguró de que todo estuviera perfecto para la llegada de la nueva familia.

Poco a poco las imágenes de la pequeña Ángela fueron ocupando su móvil y su mente, desplazando aquellas que había compartido con Eduardo. Solo Eva sabía lo ocurrido y quién había sido el responsable de su destrozado corazón, pero se estaba comportando. Bueno, lo cierto era que después de ese día en la máquina de café, él se había desvanecido.

Y es que Eduardo con la excusa de que Leo pudiera tener más tiempo para ayudar a Daniela, se encargaba de realizar el trabajo de ambos en la empresa. Se mantenía ocupado y al margen, llegando exhausto cada noche a la soledad de su casa, para levantarse antes del amanecer y nadar hasta acabar tan agotado, que ninguna hermosa pelirroja ocupara sus pensamientos ni durante el día ni durante la noche.

Un bebé era agotador, pero Sol apenas podía ayudar a Daniela, ya que esa labor la estaba realizando Leo, como un verdadero padrazo. ¿Por qué Eduardo no podría haberse parecido un poquito más a él? Frustrada cada vez hablaba más con la única persona que sabía toda la historia y con la que no tenía necesidad de fingir que todo iba bien, pudiendo ser ella misma.

Esa noche ambas se encontraban en casa de Sol, era muy probable que Eva se quedara a dormir en la antigua cama de Daniela, ya que juntas estaban dando buena cuenta de una o dos botellas de vino.

—No le des más vueltas. El mundo está lleno de cabrones —dijo Eva mientras apuraba su copa—. El truco es no esperar nada de nadie, si no tienes expectativas no tienes desengaños. La vida es muy corta para vivir lamentándose pensando en lo que podría o no haber sido.

—No soy como tú Eva. Yo no puedo dejar los sentimientos a un lado.

—Tu problema es que eres demasiado romántica. Tienes que aprender a ver el sexo como una diversión y separarlo del amor de las películas, que no existe.

—Pero... hay veces que... sale bien ¿no? —preguntó Sol, más a sí misma que a Eva—. Mira a Daniela y Leo. O a Marta y Toni.

—Han tenido suerte, pero ¿quién te dice que el destino tenga reservado para nosotras algo así? ¿Quién nos dice que esta vida no nos deparará algo distinto?

Ambas quedaron pensativas. La vida es una ruleta y nunca sabes que te tiene preparado.

—Hoy ha entrado una paciente nueva —contó Eva rompiendo el silencio—, muy joven. Alguien a quien todo parecía ir bien. Una mujer con un marido que la adora y un bebé de apenas unos meses. Un día se desmaya en el baño y en las pruebas se ve que tiene un tumor en el cerebro, Sol. Un día eres feliz, y al día siguiente te mueres. La vida es una mierda. ¿Por qué a esa chica sí, y al cabrón que ha violado a otra no? Somos marionetas en manos de un destino caprichoso y cruel.

Las duras palabras de Eva hicieron a Sol sentirse egoísta. Ella lamentándose del engaño de un hombre mientras muy cerca buenas personas sufrían sin razón el dolor de hacer frente a duras enfermedades o la pérdida de alguien querido. Notó como sus ojos se humedecían.

—Lo siento, no he querido ser tan negativa, pero... es que cada vez me es más difícil llegar al trabajo con una sonrisa. Estoy jodida. Antes me sorprendía la fuerza con la que los enfermos de cáncer se enfrentan al día a día, como si cada pequeña victoria fuera en realidad una gran victoria, y es así. Antes me alimentaba de esa fuerza y les podía apoyar en sus momentos bajos, pero ahora, Sol, ahora estoy tan cansada que no consigo ayudarles... Me cuesta mucho sobreponerme a una pérdida, porque las tenemos, muchas más de las que puedo soportar. Cuando parece que todo va bien, cuando me dejo llevar por la corriente y parece que..., cae alguien, alguien que no lo merece, y cada vez me cuesta más salir a flote.

—Nuestro trabajo es duro amiga, pero en el tuyo... Siempre he pensado que yo no sería capaz de hacer lo que tú haces.

—Bueno, venga, dejemos de lamentarnos. La realidad es que podemos estar aquí, vaciando esta botella de vino, y somos jóvenes. Tenemos que disfrutar la vida que nos toque. Hay que salir más, tú tienes que olvidarte de ese cabrón y dejar que otro borre su recuerdo. Pero, esta vez con el corazón bien protegido, ¿vale? Yo estaré a tu lado.

Por la mañana Sol se despertó con una resaca de miedo, pero la conversación con su amiga le había servido de algo. Tenía que dejar de regodearse en lo que pudo ser y no fue, y seguir viviendo. Eva se había marchado, pero en la cafetera había dejado una nota que decía simplemente «VIVE». Se tomó junto al café una aspirina, y se metió en la ducha, acompañada por la música de Gloria Trevi cantando a voz en grito, la canción *Tribu*. Desde lo que había pasado, ese álbum le mejoraba el humor y le ayudaba a hacer frente al día con la cabeza bien alta.

Animada se observó en el espejo, nunca le habían gustado las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas, habían sido la fuente de burlas y críticas por parte de sus compañeros del colegio, pero formaban parte de ella, como sus ojos verdes o el pelo rojo y rizado que tanto llamaban la atención. Era ella, Sol, la misma que se moría por el chocolate o salía disparada ante cualquier petición de ayuda de sus amigas, la que disfrutaba llenándose de barro con sus hermanos pequeños o metiendo las manos en el motor de un coche con su padre. ¿Por qué se sentía distinta? ¿Dónde se había perdido? Decidió pedir unos días libres y volver a casa con los suyos. Necesitaba encontrarse a sí misma.

Poco a poco Leo había comenzado a hacerse cargo de sus obligaciones en la empresa. Sus horarios no eran los que solían ser, ya que se moría de ganas por regresar a casa con Daniela y Ángela, pero que se hubiera incorporado al trabajo le daba Eduardo un poco más de tiempo libre, que invertía en nadar. Había dejado de verse con Verónica y le había dado largas a Belén. No tenía ganas de acostarse con nadie, lo que era sin lugar a dudas uno de los efectos del *tsunami* Sol. El mayor tiempo en el dique seco que su memoria podía recordar, pero lo asombroso era que no lo echaba de menos. Se sentía en forma, pero también excitado e irascible. Había perdido la paciencia en el trabajo y cada vez discutía más con su familia, sentía un exceso de energía que le llevaba a saltar a la mínima. Siendo consciente del problema decidió que tenía que hacer algo al respecto.

Cerró la aplicación de CAD en la que estaba trabajando y abrió el buscador de Google, inscribirse en alguna travesía podría ser la solución. Le obligaría a centrarse y prepararse tanto física como mentalmente, establecer una rutina y un plan de alimentación y entrenamiento. Tener un objetivo le vendría bien. Escribió: «travesías más duras natación aguas abiertas» en la barra del

buscador y pulsó *enter*, en unos segundos apareció un listado de resultados de su búsqueda, lo revisó. Había nadado en Santa Pola, conocía esas aguas y más de 5 kilómetros hasta Tabarca le pareció un reto adecuado a lo que buscaba. Al nadar en aguas abiertas tendría que entrenarse en el mar, pero podría ir a Murcia algún fin de semana para practicar, incluso hacer alguna escapada a Calpe o a Santa Pola. Le pareció buena idea, así tendría la excusa perfecta para dejar de rechazar educadamente las invitaciones que le llegaban de Daniela y Leo para comer o cenar los fines de semana en su casa. Había evitado ver a Sol, no quería que ella tuviera que pasar por eso y, aunque intentaba ver a la pequeña Ángela, casi siempre lo hacía lejos de aquel lugar.

Tras inscribirse, decidió organizar la agenda. El próximo fin de semana iría a casa.

Capítulo 13

Los días pasaron y la novedad de Ángela dejó de serlo, para convertirse en el día a día. Leo fue finalizando trabajos en Madrid y cada vez eran más frecuentes sus viajes a Murcia. Sol no entendía como podían vivir a ese ritmo. Y cuando Dani le comentó que Leo había sugerido que se fueran con él a pasar el invierno, lo entendió. ¡Vaya que sí! Así que, pese a que le dolía dejar marchar a su amiga, justo en el momento en que más necesitaba de su compañía, la animó a hacerlo. Daniela estaba formando una familia y debían permanecer juntos si querían hacerlo funcionar. Ella había visto crecer a sus hermanos de semana en semana y comprendía cómo se sentía Leo al regresar después de unos días sin verlas, como si hubieran pasado meses con él al margen.

Ese día tenía libre y estaba ayudando a Daniela a empaquetar todas las cosas que iban a necesitar, ya que en un par de días harían el traslado. La pequeña se despertó y fue ella la que se dirigió a atenderla.

Se asomó a la cuna. Estaba ahí —tan pequeñita—, moviendo sus manitas y sus pies, haciendo ruiditos para llamar su atención. La cogió con cuidado en brazos para llevarla al cambiador, y al hacerlo no pudo evitar inhalar su aroma a bebé y pegar su carita a su mejilla.

Aprovechó para decirle monerías y hacerle pedorretas en la barriguita mientras le cambiaba el pañal. Estaba recién comida así que se había despertado por otra razón. Ya no la devolvió a la cuna, si no que se sentó en el sofá de su habitación con ella en brazos mientras observaba como Dani seguía con los preparativos.

—No sé si llevarme algo de ropa de seis meses —consultó esta—. Está creciendo muy rápido, pero no sé si la necesitará antes de que volvamos.

—Llévate algo y deja el resto en el cajón. Si ves que vas a necesitarlo me dices, y bien te lo llevo o bien te lo mando en una caja, pero con todo lo que tienes que transportar en este viaje mejor que optimices el espacio —le aconsejó.

—Sí —respondió pensativa—. No, mejor lo voy a dejar preparado en una maleta ya. Según vea que le va quedando ropa pequeña allí, preparo otra de vuelta para que Edu haga el cambio en uno de sus viajes. Ya te diré dónde lo dejo para que puedas dárselo cuando llegue el momento, ¿ok?

La sola mención de Eduardo hizo que a Sol se le revolviera el alma y se le acelerara la respiración. Se sentía culpable porque se lo estaba escondiendo a su amiga, pero era lo mejor. Ángela debió notarlo, porque se removió inquieta en sus brazos al percibir la tensión de su porteadora. Se obligó a fijar la atención en la niña, observó sus perfectas manitas, sus grandes ojos azulados que la miraban con enorme atención y no pudo evitar recordar que durante los pocos días que estuvo con él, tuvo tantas expectativas que hasta pensó en que podrían formar una familia juntos. Imaginó en sus brazos un bebé, muy parecido a Ángela, que ya no nacería y un sentimiento de plenitud que ya no tendría. Sin apenas darse cuenta las lágrimas comenzaron a deslizarse por su cara sin control. No fue hasta que se vio obligada a sorber el agüilla que se acumulaba en su nariz, cuando el horroroso ruido hizo que Dani se percatara de que estaba llorando. De inmediato dejó de llenar la maleta y se arrodilló frente a ellas.

—Sol, ¿por qué lloras? —preguntó—. No lo hagas, sigo sensible con las hormonas alteradas y vas a hacer que empiece yo.

Levantó la cabeza y observó a Dani que también tenía los ojos llorosos. ¡Menudas dos estaban hechas! No podía explicar a su amiga la verdadera razón de su llanto, así que decidió buscar una alternativa convincente.

—Es que os voy a echar muchísimo de menos —dijo—. Pensar que Ángela crecerá tan rápido... —Volvió a sorber por la nariz, y con la mano libre limpió sus lágrimas. A esas alturas Daniela ya lloraba con la misma intensidad que ella.

—Yo también te voy a echar de menos, pero tienes que venir a vernos. ¿Lo harás? —preguntó Dani.

—Sí, pero no será lo mismo. Ya no estaréis en la puerta de enfrente, a un paso.

—Ya, Sol. Estaremos lejos, en un lugar desconocido con gente que apenas... Tengo miedo. ¿Hago bien?

—Sí, cariño. No pienses en mí. Es que estoy sensible. Es lo que debes hacer. Va a ir bien y si hay algo que no te guste regresa. Sabes que siempre voy a estar aquí. —Volvió a mirar a Ángela, no quería que Dani leyera en sus ojos lo que verdaderamente sentía. Sí, ella siempre estaría esperando en el mismo sitio, en la misma casa. Sola, porque en su vida no se produciría nunca ningún cambio, y todo se mantendría exactamente igual. Inamovible.

Como si supiera que era momento de animar a esas dos adultas lloronas, Ángela emitió un gorjeo seguido de una gran sonrisa, con lo que reclamó su atención e hizo que ambas sonrieran. ¡Ay, bendita inocencia! Sol deseó ser de nuevo una niña sin preocupaciones y con la mente llena de sueños de futuro.

Casi sin darse cuenta llegó el momento de la despedida y con promesas de volver a verse, llamarse a todas horas y mantener el contacto Daniela se fue siguiendo su nuevo camino.

Sol no quería regresar a casa aún, ya que sabía que esta estaría vacía, al igual que el piso de enfrente. No recordaba ya cómo era cuando vivía sola en esa casa, Daniela estaba con Arturo y tenía a Juana como vecina.

«¿Qué hacía antes?», se preguntó.

Sin ganas de regresar tomó su cámara y se perdió por el Madrid de los Austrias. La Plaza Mayor pronto se llenaría de puestos y a los turistas se sumarían los madrileños en sus rutinas navideñas. El ayuntamiento instalaría las luces y se respiraría un ambiente de fiesta, pero aún quedaba tiempo para eso. Llegó al mercado de San Miguel, tomó alguna imagen del ambiente y los mostradores llenos de comida, pidió un cono de patatas con jamón para llevar y continuó su camino. Dejó atrás la catedral de la Almudena y bordeó el Palacio Real, los Jardines de Sabatini y la Plaza de España; sus pasos la llevaron al Parque del Oeste donde cansada se sentó en un banco frente al Templo de Debod.

Anocheció y el frío se hizo patente, los turistas fueron desapareciendo dando paso a algún corredor espontáneo y parejas que paseaban de la mano. No sintió el frío, solo el horrible dolor que desde el engaño de Eduardo se había asentado en su interior. Observó el cono que había comprado en su paseo. Apenas había probado bocado.

Vacía, sin ningún objetivo, era así como se sentía. Aunque no sabía si se debía al engaño o a la marcha de su amiga, o quizá fuera una suma de ambos. Pero no podía seguir así.

Las vacaciones que había pasado en Segovia, le habían venido bien, pero no le habían servido para encontrarse. Ya ni siquiera salir con su cámara en busca de la captura perfecta suponía un

aliciente. Necesitaba volver a encontrar una razón para vivir, pero era tarde, y en ese lugar qué tanto le recordaba a él no iba a conseguirlo. Salió del parque, pidió un Uber y regresó a casa.

No pasó demasiado tiempo hasta que Marta y Eva la tomaron como su obra de caridad. Le dieron dos días para compadecerse y al tercero empezaron las llamadas, las visitas y los planes para no parar. Ambas estaban muy liadas, y Sol sabía que estaban haciendo un esfuerzo terrible por animarla. Pero, ¿es que no haría lo mismo por ellas?

También echaban de menos a Dani, pero a ella no solo le dolía su lejanía. Eduardo le había dejado muy tocada. Algo tenía que cambiar. No podía permitir que un cabrón le hundiera de esa manera, así que se subió al carro del no parar con sus amigas y poco a poco fue aprendiendo a convivir con el dolor.

Un viernes tras ver una exposición de fotografía Eva propuso ir a tomar unas copas. Marta declinó la oferta ya que había quedado en llegar pronto a casa, pero Sol se animó. De ese modo fue como ambas se encontraron con Juanjo y un amigo que habían decidido salir también.

Al principio fue todo muy fortuito, pero enseguida se dio cuenta de que había sido meticulosamente planeado. La forma de comportarse entre Juanjo y Eva demostraba que no era la primera vez que estaban juntos. Enfadada se dirigió a esta.

—Tú y yo, al baño. Ahora—. Eva la siguió con cara de no haber roto un plato. Una vez en el aseo, Sol empezó a gritar—. ¿Es que piensas que soy tonta? Juanjo y tú estáis liados y me habéis organizado una cita a ciegas. —Eva no lo desmintió.

—No ha sido exactamente así, pero... No es una cita, más bien es algo de diversión. Nosotros no estamos liados, solo hemos pasado algún rato juntos. ¿Le prefieres a él? Quédatelo, te aseguro que te va a hacer olvidar el pasado. Yo me ocupo de su amigo.

—Pero...

—Es solo diversión, Sol. Unas copas, algún baile, si se terciá unos magreos y si te gusta algo más, así habrás pasado el rato charlando con alguien y no rumiando tu pena en casa. —Dicho eso Eva arregló un poco su peinado y salió muy digna del aseo.

Sol permaneció allí unos minutos más mirando su reflejo en el espejo. Dejó de hacerlo cuando unas chicas nerviosas entraron al baño. Hablaban sobre alguien que interesaba a una de ellas y maquinaban cómo iban a proceder para llamar su atención. Se lavó las manos mientras recordaba cómo unos años antes, tan joven como esas chicas, hacía planes similares con sus amigas. ¡Qué ingenuas eran! Y ella por lo menos, no había cambiado mucho. Cerró el grifo, se secó las manos y se dirigió a la barra, donde esperaba Eva charlando con aquellos dos hombres.

—¿Qué tomas? —preguntó Juanjo con una sonrisa.

—*Cacique con Cola* —respondió, y «que sea lo que Dios quiera».

Estuvo charlando un rato con Juanjo sobre Daniela y luego continuó hablando con el otro chico, Sergio, se llamaba. Simpático, pero enseguida se dio cuenta de que no era su tipo, demasiado atrevido y con una conversación vacía. De esa noche no iba a salir nada más que un rato lejos de casa.

Tras tomarse esa copa se fueron a otro *pub* a continuar la ruta, ya que la música se había vuelto demasiado parecida y estaban hartos de tanto *perreo*. Se decantaron por un sitio más tranquilo que Sergio conocía y donde se podía, además de tomar alguna copa con más clase, charlar tranquilamente. Más a gusto Sol pidió un *Gintonic* y por fin, se relajó dejando que la conversación fluyera. Realmente Sergio no era tal y como le había parecido inicialmente, si era lanzado, pero también divertido. Ciertamente fue que la conversación la guiaron principalmente Eva y él. Tras un par de copas se encontró hablando de trabajo con Juanjo, contándole lo frustrada que estaba porque no

quedaba libre ninguna plaza en pediatría que pudiera ocupar. Le contó cuales, habían sido siempre sus metas y él la animó a luchar por conseguir las y a salir de su zona de confort. Se concentró tanto en la conversación que no se dio cuenta de que había acaparado tanto a Juanjo, que Eva y Sergio habían empezado a intimar. Lo notó cuando detectó un destello de tristeza en los ojos azules del hombre que miraban tras ella. Se giró y pudo observar como Eva y Sergio habían dejado de hablar y habían pasado a los besos. Miró a Juanjo, sintió haberle estropeado la noche, porque ella no iba a hacer eso con él ni con nadie, aún no.

No pudieron retomar la conversación, desconcentrados por lo que estaba pasando a su lado, así que permanecieron un rato en silencio, incómodos, apurando sus copas.

Sol notó cómo la expresión de Juanjo pasó de la tristeza al enfado. Su mirada se endureció y creyó que sería capaz de arrancar la cabeza a su amigo, por eso decidió sacarle de allí. Estaba claro, por su reacción, que había llevado a Sergio con la intención de que se ocupara de ella, y de ese modo tener un rato a solas con Eva. Pero desde el principio de la noche Eva le había ignorado dando audiencia a su colega.

—Ven —pidió tirando de su mano—. Vamos fuera.

Él la siguió. Tras coger sus abrigos enseguida estuvieron en la calle. No se despidieron, hubiera dado igual, ya que la pareja no les prestó atención.

—Gracias. Necesitaba un poco de aire fresco. El ambiente estaba cargado ahí dentro, ¿no? —preguntó para justificar su reacción.

Ella no respondió, se limitó simplemente a observarle y eso le puso nervioso.

—¿Te apetece dar una vuelta? ¿O que te acompañe a casa? —preguntó, mientras se ajustaba la chaqueta.

—Un paseo hasta casa me vendría bien. ¿Si quieres? —sugirió ella—, aunque sé que no es lo que esperabas de esta noche. —Sol le miró con cara de pena y supo que él sabía lo que estaba pasando por su cabeza.

—La verdad es que había pensado que acabaría de otra forma, sí.

—Lo siento —se disculpó ella—. Tu amigo no... La verdad es que yo no... Lo cierto es que no estoy preparada para algo así. No soy como ella.

—No tienes culpa de nada. He sido yo el que ha pensado que podría haber algo dónde no lo hay.

—Eva es... es Eva.

—Curioso nombre. Le viene como anillo al dedo —manifestó Juanjo molesto—. La mujer que hizo a Adán caer en la tentación llevándolo a la ruina.

La verdad es que no pensaba así, pero era lo que él sentía en ese momento.

—Estuviste con ella, ¿no es cierto? —Él asintió—. No suele repetir. Es una forma de protegerse. Si te sirve de consuelo me dijo que si me atrevía me harías olvidar el pasado.

—Yo no... —Quiso decirle que no la veía de ese modo, pero no pudo.

—Lo sé, tranquilo. Yo tampoco. —Le agarró del brazo como una amiga y sintió su cercanía y su apoyo—. Yo acabo de salir de una..., bueno, podríamos llamarla... corta e intensa relación, y no tengo ganas de algo nuevo. Aunque después de lo que me dijo ella, que sepas que te he puesto en la lista de candidatos medicinales —bromeó.

—¿Sí? Me halaga de verdad —continuó él con la broma—. Sabes, he estado mucho tiempo pillado por Daniela, intenté algo con ella, pero nos dimos cuenta de que la cosa no funcionaría. Bueno, se dio cuenta ella antes que yo. Pero, en fin, ahora es una buena amiga. —Sol sabía de primera mano a qué se refería—. Tras el día aquel montando muebles me encontré con Eva en un

pub y comenzamos a hablar, una cosa llevó a la otra y pasamos un fin de semana tremendo. Cuando se marchó de mi casa pensé que volveríamos a vernos, pero me ha dado largas hasta que hoy ha querido quedar, pidiéndome que trajera un amigo. Creo que lo entendí mal, pensé que el amigo era para ti.

—Eva es mi amiga, y la respeto, pero eso no significa que esté de acuerdo con su forma de actuar o ver el mundo. No suele repetir, y más si ha sido algo intenso. Creo que, si pasó contigo un fin de semana completo, debió de serlo.

—No solo... ya sabes... También hablamos mucho, de cosas profundas. Quizá por eso pensé que habría algo más.

—Seguramente lo hubiera habido en otro momento, pero ahora ella está pasando una época complicada. Por eso mismo huye. Se va a cuidar mucho de estar lejos de ti. Lo de esta noche ha sido solo una advertencia.

—Tiene un trabajo complejo. Aguantarle es difícil.

Sol se sorprendió de que Eva se hubiera desahogado con él hasta ese punto, ya que nunca permitía a nadie ver su lado vulnerable.

—Yo pierdo pacientes que llegan en muy malas condiciones. Me digo que hemos hecho lo que hemos podido, pero cuando les trato no los conozco, no he llegado a establecer una relación con ellos. Es duro decir a una madre que ha perdido a su hijo o a su marido. ¡Mierda! Es duro decir a cualquiera que ha perdido a un ser querido, pero verlo morir poco a poco, día tras día después de un largo camino... Buff eso...

—Lo sé. Entiendes entonces por qué se comporta de ese modo.

—Ya, pero...

—Sí, entiendo lo que es hacerse ilusiones con algo, pensar que el paso siguiente está claro, pero realmente no es así. —Él la miró comprensivo, lo que llevó a Sol a seguir hablando—. Conocí a un hombre, con él todo era natural, me sentía a gusto y tras un par de cafés y alguna cena, comencé a pensar en una casa llena de niños. Por supuesto no le dije nada, estamos hablando de que habían pasado dos o tres días. Una cosa llevó a la otra y nos acostamos, tres días más en una nube sin apenas separarnos. ¡Fue tan perfecto! No lo vi venir. Habíamos estado juntos en su casa, habíamos visto el amanecer, desayunado... De pronto me dijo que tenía un trabajo urgente. ¡Y una mierda! Por la tarde fui a llevarle la cena porque pensaba que habría estado demasiado ocupado para comer, y sí estaba ocupado, pero con otra y en la misma cama. —Miró a Juanjo para ver su reacción—. ¿Te lo puedes creer?

—La verdad es que me cuesta creer que alguien pueda ser tan imbécil.

—Lo fui, sí.

—No me refería a ti, si no a él. No puedo creer que alguien pueda dejar pasar algo tan perfecto como tú. —Sus palabras hicieron que Sol se sonrojara—. ¿Sabes? Deberíamos montar un club... «Los ingenuos engañados», o algo así.

—No, «Los soñadores timados». ¡Menudos dos estamos hechos! —La broma hizo que se sintiera acompañada. Había más gente en el mundo que se sentía como ella y por primera vez en mucho tiempo no se encontró sola.

A esa noche siguieron muchas más, y fue Juanjo quién más la animó a buscar un trabajo de enfermería pediátrica y quién más la apoyó a hacer el cambio cuando éste llegó.

Capítulo 14

*H*asta esa noche y desde el nacimiento de Ángela la vida de Edu había sido principalmente trabajar y trabajar, y cada rato libre que tenía nadar y nadar. Pero esa noche había salido de fiesta con Juan. Dentro de su dura rutina de entrenamiento al día siguiente le tocaba descanso y pretendía acostarse tarde y agotado para poder pasar el día durmiendo. Las chicas con las que se relacionaba su hermano le parecían demasiado jóvenes e inmaduras. Empezaba a acusar la diferencia de edad con él. ¿Estaban bien? Sí, claro, cada una tenía algo bonito que llamaba su atención, pero últimamente no le valía un buen envoltorio, una bonita sonrisa o una pícaro mirada, buscaba algo más, aunque no entendía el porqué de su exigencia, ya que solo iba a ser una noche.

Bebió más de lo que quería, siendo consciente de que le pasaría factura en su próximo entrenamiento, pero no le importó. «¡Joder! No podía recluirse como un monje ¿verdad?»

Sentado en la barra observando el ambiente, intentó hacer memoria de cuántas copas se había tomado antes de la que estaba apurando. ¿Dos? ¿Tres? Tal vez cuatro. No, por cómo se sentía deberían ser solo tres, así que pidió otra. Necesitaba embotarse un poco más y no tenía que conducir.

A su lado se sentó una pelirroja, últimamente todas lo eran. Si no fuera porque sabía que Sol no iba a ir a pasar el puente a Murcia porque tenía que trabajar, habría pensado que se trataba de ella. Había puesto esa excusa, pero la razón era él. No quería volver a verle y lo entendía, tal y como se había comportado con ella era normal, pero en el fondo le hubiera gustado hacerlo, aunque no lo mereciera. Era una mierda. La había liado de tal forma que ya no tenía solución, y todo por alejarla, porque no deseaba tener que preocuparse de nadie más, y no quería sufrir. ¿Y de qué había servido? Ahí estaba ahogándose en alcohol, esperando a tener los sentidos lo suficientemente aturridos para poder largarse con la pelirroja de al lado, pensando en ella. Era... Era tan patético que sintió pena de sí mismo.

Lo que había sido un «no aparezáis por aquí el puente que no hay sitio, porque vienen las amigas de Daniela», paso a ser un «tenéis que venir, hay que animarla». Así que ahí estaba él, camino de Mazarrón en su coche. Aquello había supuesto la anulación de su estancia en Calpe perdiendo una buena cantidad de dinero de la reserva, pero cuando África decía: «Aquí todos». No había forma de cambiarlo.

No tenía ganas de reuniones familiares, hubiera preferido perderse en la playa nadando en el mar y descansando en la habitación.

Por suerte los tres días que pasó en Mazarrón fueron tolerables. Pudo disfrutar de la comida casera de su madre, del mar que, aunque frío, estuvo lo suficientemente tranquilo como para poder nadar a gusto y sobre todo de Ángela. Eso, sin duda, fue lo mejor de todo.

La pequeña con sus apenas dos meses les revolucionó a todos. Leo y Daniela salieron una tarde juntos y se quedó sola con ellos. Le sorprendió muchísimo ver a sus hermanos mayores cambiando pañales y dando biberones, se emocionó cuando vio a África con los ojos acuosos acunando a la pequeña para que se durmiera. Era impresionante como una personita tan chiquitina hacía que adultos hechos y derechos se postraran ante ella con una sonrisa, un gemido o un llanto.

El balance de esos días había sido positivo, le había servido para despejarse un poco y dejar de sentirse tan ruin. En su ambiente, con su gente, se sintió bien y descansado, porque levantar sus muros protectores cada vez le resultaba más agotador.

Se marchó la mañana del último día festivo, perdiéndose el arroz con costillejas que iba a preparar África, pero no quería pillar atasco en la entrada a Madrid. Al vestirse esa mañana sintió algo en el bolsillo del pantalón y al extraerlo de su escondite comprobó que se trataba del *Pendrive* de Sol, aquel que se había dejado en su coche y que no llegó a devolverle.

Pablo Alborán le acompañó parte del camino hasta que no pudo soportar más la sensación de culpabilidad que con cada verso iba creciendo en su interior.

Fueron muchas veces las que volvió a escuchar esas letras. Cada vez que tuvo el impulso de querer cambiar las cosas, de querer pedir perdón y arrastrarse, el dolor muscular por el excesivo entrenamiento y el contenido de ese *Pendrive* actuaron como cilicio para no dejarle olvidar que no lo merecía.

Capítulo 15

Sol cerraba una etapa, acababa de despedirse de sus compañeros de trabajo y del hospital en el que había trabajado desde que acabó su carrera. Seis años en el mismo puesto. Pensó en lo rápido que pasaba el tiempo, ya que parecía que había sido ayer cuando nerviosa atravesaba esas mismas puertas llena de sueños y expectativas. Pero estaba cansada, poco a poco durante esos años, había ido perdiendo esa ilusión y olvidando sus objetivos.

Siempre había querido dedicarse a la enfermería pediátrica, pero a otro nivel. Hasta el momento su rutina había estado orientada al trabajo principalmente con neonatos, pero no solo eso, también había adquirido gran experiencia en la atención al parto en gestantes. No estaba mal, era un trabajo muy agradecido, pero ¿cuándo había perdido la ilusión inicial?

Durante los últimos meses se había replanteado muchas cosas, entre ellas su trabajo, no quería estancarse en ese puesto que no le disgustaba, pero no era lo que siempre había deseado. Había dejado de ser una conformista, quería luchar por conseguir sus metas y había decidido empezar por su trabajo. Con ayuda de Pedro, el padre de Daniela, y algunos compañeros de profesión había conseguido una sustitución en la planta de pediatría de otro hospital. Aunque tendría que hacer rotaciones en maternidad una semana al mes, la mayor parte del tiempo trabajaría con niños como siempre había soñado. Era algo temporal, pero lucharía por una plaza de la Comunidad. Había salido de su zona de confort y estaba algo asustada, pero necesitaba la experiencia para poder acreditarla al pasar a la sanidad pública.

Agotada por la última semana de trabajo, las fiestas de despedida y los miles de cafés con los que ya eran sus excompañeros, se arrastraba por la calle deseando coger la cama. No tenía hambre, rebuscaría en la nevera algún yogurt y se acostaría lo antes posible. Tenía una semana libre antes de incorporarse en el nuevo puesto, una semana en la que se había propuesto organizar su casa, deshacerse de cosas inútiles y soltar lastre para entrar en la nueva etapa libre de cargas con la mente abierta y despejada.

Pasó por el restaurante de *sushi*, sintió al hacerlo, un pinchazo de rabia en su interior, ya que no podía evitar recordar la última vez que estuvo allí, comprando la cena para Eduardo y los dos días que siguieron a esa fantástica noche. No había vuelto a verle, pero pensaba mucho en el poco tiempo que habían estado juntos. Aunque ya no dolía tanto como al principio seguía sin comprender qué le había llevado a ser tan ingenua y poco precavida. Había intentado seguir los consejos de Eva, pero ella no era así, no podía separar sexo de sentimientos, así que había aparcado su vida sentimental y se había centrado al cien por cien en su vida profesional, esperando el momento en que el recuerdo de Eduardo dejara de doler o existir, ya que mientras, no tenía sentido buscar a nadie, puesto que todos perdían en la comparación.

Al llegar a casa sonó su móvil, le extrañó recibir una llamada a esas horas, sobre todo de un número desconocido, pero, de todas formas, respondió.

—Diga.

—¿Sol? —dijo una voz distorsionada por el ruido de un motor.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó intentando identificar a su interlocutor.

—Mmm... Soy Ángel, el hermano de Leo, yo...

—¿Ángel? ¿Le ha pasado algo a la niña o a Dani? —interpeló preocupada.

—Yo... no sé. Las llevo a Madrid, vamos en el coche ahora, en unas tres horas estaremos allí. ¿Puedes preparar su casa? ¿Ventilar, poner la calefacción y asegurarte de que puedan acostarse al llegar?

—Sí, sí, claro, por supuesto, pero ¿qué ha pasado?

—De verdad que no puedo decírtelo porque no lo sé. Me ha llamado pidiendo que las llevara a casa, solo me decía eso entre lágrimas, no he podido localizar a Leo. No sé qué ha pasado, pero sí que ella necesitaba alejarse. Vamos en camino.

—¿Están bien?

—Ángela va dormida, y Daniela parece que ahora está más tranquila, pero no habla. Está... está sumida en sus pensamientos, y su expresión es... No sé si he hecho lo correcto al sacarlas de la casa de Leo en plena noche, lo mismo mañana está bien, pero... me he asustado porque nunca la había visto así. Sé que os echa de menos, así que en cualquier caso ir allí le vendrá bien, necesita a su familia.

—Ten mucho cuidado, yo preparo todo. Avísame cuando estéis llegando para que baje a ayudarte a subir todo. Gracias Ángel, de verdad.

Las tres horas restantes Sol las pasó caldeando la casa de Daniela haciendo las camas y limpiando un poco. Su cansancio se había esfumado y había sido sustituido por la desazón de no saber qué le había pasado a Dani para reaccionar así.

Llamó a Leo, pero mantenía el teléfono apagado como le había dicho Ángel. ¿Qué les habría pasado a esos dos?

Haciendo memoria se sintió culpable y egoísta, no había ido a verla en el puente de diciembre como habían quedado, solo había pensado en ella misma y en su miedo a encontrarse de nuevo con Eduardo, y sobre todo en que tendría que disimular delante de todos.

Al recibir de nuevo la llamada de Ángel, Sol se puso sobre el pijama un abrigo y se calzó unas deportivas viejas. Corrió escaleras abajo deseosa por encontrarse con su amiga, pero la visión de Daniela bajando torpe del vehículo ayudada por Ángel la dejó helada, apenas se tenía en pie, su mirada perdida y sus ojos hinchados... ¿Dónde estaba Dani? No podía reconocerla en esa persona vacía que con parsimonia se dejaba guiar por aquel hombre.

Se aproximó a ellos y ocupó el lugar de Ángel guiando a Daniela. Al hacerlo cruzó una mirada con él y en sus ojos vio su misma preocupación. Tras asegurarse de que la tenía sujeta, ya que parecía que iba a caer si la soltaban, él se dirigió a por la niña, pero Dani era como un peso muerto y Sol no fue capaz de sostenerla. No pudieron dar un paso, pese a las palabras de ánimo que Sol intentaba transmitir a Dani, ella no respondía. Desesperada sintiendo que se le resbalaba de sus brazos y no iba a poder evitarlo, pidió ayuda a Ángel y este en un segundo estaba a su lado, cogiendo a su amiga en brazos. Sol ayudó poniendo los inertes brazos de Daniela alrededor del cuello del hombre y en esa postura acabó apoyando la cabeza en su pecho y cerró los ojos, como si el simple hecho de vivir le resultara una agonía.

«¿Qué demonios ha pasado?», pensó.

Sintiéndose inútil por no haber podido atender a Daniela, se ocupó de la niña, que viajaba calentita en su sillita ajena a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Trabajaron en silencio, cruzando miradas llenas de duda y preocupación; él poco podía explicar, pero Sol necesitaba saber qué había llevado a su amiga a esa horrible situación.

Apenas conocía a aquel hombre que sentado frente a ella en la cocina de Daniela tomaba a sorbitos pequeños un poco de caldo que le había calentado. Era impresionante el parecido de este

con su hermano gemelo, tanto que era difícil adivinar que se trataba de otra persona. Quizá sus modales fueran más rudos y fuera más tosco a la hora de hablar o moverse, pero se parecía tanto a Leo...

—¿Puedes contarme algo que me ayude a entender por qué Daniela se encuentra en esta situación? —preguntó Sol—. Cuando se fue con vosotros hace apenas unas semanas estaba feliz y ahora... —No quiso continuar ya que si lo hubiera hecho habría sonado acusadora.

—No lo sé, esta semana la pequeña cogió una infección de orina y tuvo mucha fiebre, todos estábamos muy liados, pero nos ocupamos de ellas, mi madre y yo las llevamos al hospital, la medicación fue respondiendo bien y Daniela no quiso que nos quedáramos con ella para ayudar. Dijo que lo tenía todo controlado. La llamé varias veces al día, mi madre les llevó comida..., pero nunca habría pensado que acabaría así.

—¿Y Leo?

—Ha estado de viaje toda la semana con Eduardo en Marbella, pero imagino que habrán hablado. Anoche regresaban.

—Leo toda la semana fuera, una situación estresante, en una ciudad desconocida... Quizá le ha desbordado la situación ¿Podría ser?

—Quizá, aunque lo que me extraña es que Leo no cogiera el puto teléfono ninguna de las mil veces que le he llamado. Creo que han discutido por algo—. Ángel quedo pensativo un momento, para luego proseguir—. Últimamente notaba a Daniela triste. No sé qué te ha contado de mí, pero en las últimas semanas hemos establecido una relación. —Sol miró a Ángel asombrada y él aclaró de inmediato—. No... no me he explicado bien... Nosotros, simplemente nos hemos hecho amigos, solo eso. Hablamos mucho, aunque solo de algunos temas. No sé cómo va su relación con mi hermano, en eso es reservada. Él también lo es, sobre todo conmigo. Creo que no les iba del todo bien y como consecuencia, ella se ha ido apagando poco a poco. Criar a Ángela allí con nosotros no ha sido una buena idea. Leo no ha sabido compaginar el trabajo con una familia, no sé si ha priorizado cómo debía... Mierda, ¡No sé qué digo!... Solo estoy haciendo suposiciones y lo mismo no estoy en lo cierto y el problema ha sido otro. ¡Qué voy a saber yo de ser padre!

—No sé..., me arrepiento de no haber ido en el puente. Tenía que haber hablado con ella, quizá se hubiera desahogado. Yo..., me siento tan culpable.

—¡Ey! Ahora no se puede hacer nada. Tenías que pensar en ti, ¿meterte en casa de la familia del cabrón que te ha jodido? No lo veo fácil. —Sol se sorprendió de que él lo supiera. Así que él aclaró—. Os escuché discutir en la máquina de café el día que nació Ángela.

Eso lo explicaba todo. Suspiró, no sabía si agradecida por no tener que fingir delante de otra persona o preocupada porque alguien más lo supiera. Él continuó hablando.

—No voy a justificar lo que hizo, solo voy a decirte que Edu, al igual que yo, tiene un pasado lleno de fantasmas. Y eso nos hace comportarnos en algunas ocasiones como cabrones, pero eso no significa que lo seamos o que estemos a gusto con ello, solo que quizá nos es más sencillo actuar de ese modo porque la alternativa no es viable.

—Eduardo fue un error que no volveré a cometer. Pero dejémoslo ahí, no me gusta profundizar en la herida, porque aún duele, ¿sabes? Todos tenemos nuestro pasado, pero eso no justifica actuar cómo él hizo.

—Te he dicho que no voy a justificarle, pero todos los actos tienen una explicación.

—Dejémoslo, por favor —suplicó Sol—. Creo que voy a quedarme con Dani esta noche. Tendrás que dormir ¿Quieres hacerlo en mi casa?

—La verdad es que cuando me llamó ayer desesperada, repitiendo una y otra vez que quería ir

a su casa, qué necesitaba salir de allí, no me lo planteé. Cogí el coche lo cargué con sus cosas y salimos. No he traído las llaves de casa de Eduardo, ni el cargador de móvil, ni un maldito cepillo de dientes. Huimos a toda velocidad.

—Creo que cargador y cepillo de dientes te puedo proporcionar y me parece que hay algo de ropa de Leo en el armario del dormitorio de Dani. Vamos, así le echo un vistazo. Por cierto, ¿sabes qué medicación está tomando la niña para su infección?

—Cogí sus medicinas y la carpeta del médico, me parece que Dani lo guarda todo ahí.

—Muy bien, voy a verlo. Si quieres tú ve buscando la ropa.

Ojeaba el informe de urgencias de Ángela cuando de pronto escuchó un grito y un golpe al que siguieron varios insultos. Corrió hacia el origen de aquel jaleo, que resultó ser el dormitorio de Dani. Cuando llegó vio como Ángel se protegía de las cosas que esta le lanzaba, básicamente todo lo que tenía a su alcance voló por la habitación.

—¡Fuera de mi casa! ¡Lárgate de aquí, cabrón! ¡Vete con esa zorra! ¡No quiero volver a verte!

«Vaya, ¡cuánta información», pensó Sol, mientras se ponía delante de Ángel intentando calmar a su amiga.

—¡Para! No es Leo. Es Ángel. Os ha traído a casa, ¿recuerdas? —Pareció hacerlo y se calmó un poco, lo suficiente para permitir a Sol sentarse a su lado y acariciarle el rostro. Murmuró un casi inaudible «lo siento» y se acurrucó en sus brazos llorando de nuevo.

Ángel devolvió las cosas que habían volado por la habitación y que yacían a sus pies, poco a poco, a su lugar de origen. En silencio tomó prestada la ropa de su hermano y se dirigió al baño para ponerse cómodo, parecía sorprendido de que Leo pudiera haberle sido infiel a Daniela.

Sol no volvió a salir de la habitación, Dani la necesitaba a su lado. Tardó mucho tiempo en calmarse y dormirse, y en cuanto se alejaba lo más mínimo, se removía inquieta. Casi amanecía cuando escuchó como alguien trasteaba en la cocina, sigilosa salió de la cama esperando que Daniela no se despertara de nuevo, y lo consiguió porque su respiración continuó siendo relajada.

No se equivocaba, Ángel con un brazo sujetaba a la pequeña mientras preparaba un biberón con el otro. Hablaba suavemente a la niña que le observaba con atención.

Ese hombre la había sorprendido, observándole con Ángela cualquiera diría que no tenía ni idea de ser padre, como él mismo había dicho el día anterior. La verdad es que no solo lo parecía, lo era. Desconocía que le había llevado a comportarse como lo hizo durante el embarazo, pero el cambio durante esos meses había sido tremendo.

Se acercó a él y cogió a la pequeña para dejarle las dos manos libres y que pudiera preparar el biberón.

—Buenos días —le dijo al hacerlo—. ¿Has podido descansar algo?

—Sí, imaginé que Daniela te necesitaba y decidí quedarme a ayudar con la niña. He podido dormir un poco en el sofá, hasta que la he sentido protestar en la cuna. —Agitó el biberón y comprobó la temperatura del contenido en el dorso de su muñeca, como un experto papá—. ¿Quieres dárselo tú? —preguntó.

—No. Hazlo tú, mientras prepararé nuestro desayuno.

Ángel se sentó en el sofá y procedió a darle el biberón. Ella se sentía tan tranquila en sus brazos, que se notaba que estaba acostumbrada a su compañía. ¿Sería por el parecido a Leo?

—Le pedí a Daniela que me enseñara a hacerlo —explicó Ángel en respuesta a su mirada interrogativa—. La tarde de los martes era mi tarde. No he fallado ninguna hasta esta. Esta semana no pude salir del trabajo a tiempo.

—Me alegro que al fin decidieras ser valiente y conocerla.

—Yo también —aseguró mientras fijaba su mirada en el bebé, que confiado succionaba el biberón con su manita apoyada en la de él.

—¿Crees que Leo...?

—Me sorprendería mucho, pero no sé... Antes de Daniela, no era ningún santo, pero mi hermano es el noble de los Cano, si ha hecho algo así... Solo espero que no.

La cosa no mejoró mucho en las horas siguientes, Daniela actuaba como un vegetal, prácticamente dormía todo el tiempo y cuando estaba despierta mantenía la mirada pérdida en el infinito. Ni el llanto de Ángela consiguió sacarla de ese estado.

Finalmente, Leo llamó desesperado, primero a Ángel y luego, cuando este le colgó enfadado, a Sol. Estaba fuera de sí y acusaba a su hermano de haberse metido en medio de su relación. Dijo, bueno, mejor dicho, gritó cosas muy duras sobre él.

Con Sol pareció más calmado, intentando por todos los medios que le permitiera hablar con Daniela. Pero, ¿cómo hacerle entender la situación en la que se encontraba? Aun así, Sol se armó de paciencia e intentó hacerlo.

—Leo... No sé qué ha pasado entre vosotros, pero escúchame...

—Necesito hablar con ella.

—Escucha, por favor —repitió con paciencia—. Ella ahora no va a ponerse.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, no es que no quiera, simplemente no puede. Está muy alterada Leo. Ayer creyó que Ángel eras tú y se puso como loca, me costó calmarla un montón. Creo que lo mejor es que le des un poco de espacio.

—Pero tengo que hablarle, tengo que explicarle que no pasó nada, tengo que pedirle perdón. Yo... yo no sé qué me pasó. Llegué cansado y ella... estaba a la defensiva. Perdí la paciencia y discutimos. Le dije cosas que no pensaba. Le dije cosas que...

—Ten paciencia, por favor, ahora... necesita un tiempo.

—Voy. Tengo que verla.

—No. No. No. Mira, si vienes no te voy a dejar pasar. Va a ser peor.

—¿Serías capaz?

—No lo sabes tú bien. Es mi amiga, mi hermana, y aunque no hayas hecho nada, ella piensa que sí. Tengo que protegerla.

—Yo debería estar allí. Es mi responsabilidad y la niña... ¿Ángela está bien?

—Mira, voy a serte sincera. Ahora Daniela no está ni siquiera para su hija, tiene una crisis y está ausente mirando al infinito sin reaccionar casi todo el tiempo. Voy a cuidar de ambas, y cuando esté recuperada ella misma decidirá si quiere verte o no. ¿Entiendes?

—¿Ausente? Yo... lo siento tanto —Sol podía escuchar como este lloraba al otro lado del teléfono.

—Puede ser que sea por algo que ha pasado contigo o que ha entrado en una depresión. El caso es que ahora mismo verte no es lo mejor para ella. Si la quieres, dale tiempo, Leo.

—Está bien, pero mantenme informado por favor. Y si necesitas algo, cualquier cosa me llamas. —Tardó unos segundos en recuperarse—. Que sepas que esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, Leo, a mí tampoco.

Ángel regresó a Murcia, Leo llamó varias veces al día, al igual que África, por casa de Daniela pasaron sus padres y las chicas sin que se produjera ningún cambio. Seguía manteniéndose ausente, apática y triste, durmiendo todo el día. Apenas consiguieron hacerla

probar bocado. En cuanto a Ángela, Sol se encargó de ella como si fuera su propia hija, ya que Daniela parecía haberla olvidado.

Pasaron las horas y preocupados intentaron hacerla reaccionar, primero por las buenas, con palabras cariñosas y su apoyo, después por las malas y desesperados, llegaron a las muy malas. En cualquiera de los casos sin ningún éxito.

Después de casi tres días en esa situación, Sol decidió meter la cuna de Ángela en la habitación de Daniela junto a su cama, intentando despertar de nuevo su instinto maternal, y funcionó, aunque tardó unas horas más. Cuando Daniela apareció en el umbral de la puerta del salón con la niña sonriente en sus brazos, Marta, Eva y Sol se quedaron en silencio observando la imagen. Por fin, Daniela estaba de vuelta.

La mañana de Nochebuena, Sol se encontraba ayudando a Dani a preparar la cena. Esta estaba mejor, aunque seguía sin apetito, y parecía que cada minuto luchaba por mantenerse bien por su pequeña. Mientras preparaban la *vichyssoises* que iban a poner de primer plato, Sol decidió preguntar a su amiga de nuevo por lo sucedido. Daniela le explicó como había ido agobiándose poco a poco sin poder controlarlo y como eso había ido destruyendo la relación que mantenía con Leo. Estaba claro que la inexperiencia al criar un bebé, el estrés que eso conlleva y el encontrarse lejos de su hogar le habían pasado factura. Pero cuando Ángela no demandara tanto trabajo, y le hubieran cogido el truco, la situación sería distinta y les sería más fácil estar juntos, pero Dani estaba decidida a dejar de luchar y levantar todas sus defensas.

Escuchándola hablar sobre todas las bondades que Leo poseía, frente a lo que ella podía ofrecerle, Sol no podía evitar odiar al imbécil de Arturo, que tanto daño había hecho a su amiga. ¿Por qué Daniela no podía ver lo maravillosa que era y todo lo que merecía? ¿Por qué no podía convencerse de que Leo estaba rendido a sus pies?

Arturo.

Arturo había menospreciado tanto a Daniela durante los cuatro años que estuvieron juntos, que ella aún dudaba de su valía.

Una llamada de Leo, de las miles que le hacía al día, interrumpió su conversación, pero esa vez Daniela quiso responder ella misma. Sol no pudo evitar sentir una punzada de tristeza al escuchar como su amiga elegía no arriesgar. Sabía que se estaba equivocando, pero ¿no era algo que ella misma también había hecho? No podía culparla por querer proteger su corazón.

El día pasó volando y pronto se encontraron cenando tranquilamente en familia. La pequeña Ángela estaba preciosa con el pijama de reno que le habían regalado sus abuelos. Sol pasó gran parte de la velada intentando captar la imagen perfecta para tener un recuerdo de las primeras navidades de la pequeña. Envío una de las fotos a Leo, aunque sabía que Daniela había enviado una África. Desde la llegada de su amiga, tras la pelea con Leo, Sol había hablado en muchas ocasiones con él y aunque respetaba la decisión de Dani, no podía evitar sentir pena por Leo, que lo estaba pasando fatal debido a la lejanía así que había querido felicitarle las fiestas de ese modo. Este le devolvió otra de los hermanos Cano junto al árbol de navidad, en la que pudo distinguir a Eduardo, trajeado y guapo a rabiar. Llevaba el pelo muy corto, demasiado. Le llamó la atención que ninguno de aquellos hombres sonreían de verdad, debía ser una navidad triste para ellos alejados de la pequeña Cano a la que tanto querían. Le envió alguna foto más de la niña.

El día 26 de diciembre comenzaba en su nuevo trabajo, la semana anterior no había podido dedicarla a deshacerse de lastre como había querido, ya que había estado cuidando a Ángela y Daniela, y lo cierto es que apenas se había regodeado en su miseria ni pensado en Eduardo.

Mientras estaba trabajando, Pedro y Ana estarían con Dani y la pequeña. No es que no

estuviera bien, su recuperación había sido milagrosa, pero creían que era mejor no dejarlas solas durante un tiempo, así que habían establecido turnos para echarles un vistazo.

El cambio de aires le sentó muy bien, la primera semana trabajó con supervisión, pero poder estrenar el nuevo pijama de muñequitos que le había regalado Eva, y llevar el bolígrafo del hada mágica, que ayudaba a los niños a ser valientes, mientras ella hacía su trabajo, la llenó por completo. Le gustaba atender a esas *minipersonitas* que tanto le recordaban a sus hermanos. Se sentía cómoda interactuando con ellos, y pronto comenzó a conocer a sus pacientes y bromear y disfrutar de su trabajo.

La navidad pasó, sin cambios en la relación entre Daniela y Leo. Parecía que se iban a mantener alejados el uno del otro. No podía creer que ese fuera a ser su destino, pero ¿qué sabía ella? ¿Acaso se le daba bien analizar a las personas? No, era un desastre con eso, como había demostrado en sus pasadas relaciones. La parte buena era que mientras estaba centrada en su trabajo, no se acordaba de Edu. Y mientras estaba en casa, se mantenía ocupada estudiando, y no pensaba en él. Solo tenía que mantenerse informada de cuándo pretendía este ver a su sobrina, para evitarle, aunque cierto era que estaba llevando mucho cuidado de hacerlo lejos de su hogar.

Capítulo 16

*E*l invierno avanzaba, en las noticias habían dado aviso de que llegaba una ola de frío y era el tema de conversación de todo el mundo. Así que Sol decidió no arriesgarse yendo a Segovia, por lo que estaba tranquila y calentita en casa. Tenía muchas fotografías que organizar ya que llevaba meses sin vaciar las tarjetas de memoria. Decidió darse un descanso del tema que estaba estudiando y encendió su ordenador. Escuchó el susurro mecánico de este mientras arrancaba el sistema operativo. Esperó unos minutos y conectó su móvil, buscó la ubicación de las imágenes y procedió a descargarlas en el disco duro de su equipo. Las ojeó, había fotografías de los días que pasó en agosto con sus hermanos en aquella casa rural, y las que tomó en el parque la primera vez que desayunó con Eduardo, los *selfies* que se habían hecho en su escapada a Gredos, millones de Ángela y alguna otra de sus paseos por Madrid. Seleccionó las que le recordaban a él y con el botón derecho del ratón buscó en el listado "eliminar". Pese a que odiaba a aquel hombre, no pudo hacerlo, había sido duro lo que vino después, pero esos días... En lugar de eliminar, abrió una carpeta nueva y la llamó «Aprende». Guardó en ella todas las fotos seleccionadas. Esa carpeta le serviría para recordar siempre la lección que había aprendido por las malas. «No te fíes nunca y protégete».

La llamada que recibió una semana después la dejó helada. Un teléfono desconocido, pero que le resultaba extrañamente familiar. La voz rota de Eduardo pidiendo que no colgara que la llamada no tenía que ver con él. La explicación llegó entre silencios, provocados por la necesidad de Eduardo de coger fuerzas para no desmoronarse. Leo había tenido un accidente y estaba muy grave; había sido ingresado en el hospital universitario de Albacete. No había querido llamar a Daniela porque recordaba que, por esas fechas, hacía años, había perdido a su madre, con una macabra similitud.

Leo se debatía entre la vida y la muerte, y al igual que como con la madre de Daniela; las próximas horas iban a ser cruciales. Además de la pérdida de conciencia y una fuerte contusión en el tórax, la pierna de Leo debía ser operada de urgencia.

Tras colgar deseándole de corazón que todo fuera bien, no tuvo fuerzas para volver a entrar en casa de Daniela y enfrentarse a la mirada interrogante de esta. Llamó a Pedro, Ana era cirujana de trauma y a lo mejor podía hacer algo por él, ya que cualquier ayuda iba a ser bien recibida por la familia Cano.

Recordó cuando tuvo que acompañar a su amiga a Córdoba a despedirse de su madre y rezó a Dios para que la historia no se repitiera porque, aunque Daniela no quisiera reconocerlo, Leo era el hombre de su vida y perderle... La destrozaría.

Secó las lágrimas de sus ojos, cogió aire y volvió a entrar en casa, esperando que su amiga le perdonara alguna vez lo que estaba a punto de hacer. Iban a ocultarle la terrible noticia hasta que supieran el desenlace.

Las horas siguientes fueron un suplicio, tanto Pedro como Edu la mantuvieron informada de lo que estaba ocurriendo, y ella tuvo que disimular su preocupación ante Dani. Cuando la situación se le hizo tan complicada que pensó que no iba a ser capaz de soportarlo, con la excusa de que quería estudiar un poco, se marchó a casa.

Eduardo por su parte se debatía entre la necesidad de matar a su hermano por la necesidad que había cometido y el deseo de que este se recuperara sin secuelas. «¿Cómo narices se le había ocurrido conducir en plena noche hasta Madrid? ¿Qué le había hecho actuar de esa manera tan impulsiva?».

Había salido a la calle para llamar a Daniela, pero finalmente se decantó por dar la noticia a Sol, y dejar que ella decidiera qué hacer. Escuchar de nuevo su voz, y recibir por su parte cariñosas palabras de apoyo le había destrozado. Pese al aire helado y la nieve que ya se ensuciaba en las aceras, se sentó en un banco. El dolor que sentía en su interior era más fuerte que la sensación de frío. Observó las puertas del enorme centro médico. Odiaba los hospitales. A excepción del nacimiento de Ángela, no había vivido ningún momento agradable en ninguno.

Recordó, cada vez que acompañó a Anabel a sus sesiones de *quimio*, cada vez que fueron juntos a las revisiones, con la esperanza de que, esa vez, el médico les dijera que el cáncer había remitido. Pero eso no pasó, y ella poco a poco se fue apagando, y perdiendo la fuerza y las ganas de luchar, hasta que tras varios años de agonía tiró la toalla y el cáncer arrasó su cuerpo.

Recordó cada minuto que pasó a su lado, viendo cómo su vitalidad se desvanecía, cómo su cuerpo se consumía y finalmente cómo su alma abandonaba el envoltorio que había sido su prisión.

Perder a Anabel había sido muy duro. Y años más tarde también a su padre, pero Leo... No podía pasar eso, simplemente no podía ser, todavía tenía que arreglar las cosas con Daniela, y ver crecer a Ángela, acompañarla en su primer día de colegio, recibir sus regalos del día del padre y sufrir cuando tuviera su primera relación... Tenía tantas cosas que hacer aún. Pero Anabel también. Había entrado en la universidad cuando le detectaron la enfermedad, tenía plaza en psicología, pero jamás llegó a matricularse.

Debió de pasar más de una hora, porque su madre salió a buscarle preocupada, y lo encontró sentado en el mismo banco con la cabeza entre las manos llorando como un niño. Le consoló como tal, acariciando su cabeza tiernamente en silencio. Tras unos minutos, tomó una de sus manos, que helada agradeció el cálido contacto, y con un pequeño tirón le indicó, sin palabras, que se incorporara. Cuando lo hizo limpió sus lágrimas con las yemas de sus dedos y le abrazó. Es sorprendente cuánto puede reconfortar un abrazo. Un rato más tarde, apoyado por la fuerte mujer que le dio la vida, entró de nuevo para acompañar a su familia.

Pasaron dos días agónicos en los que cada segundo se les hizo eterno. Unas horas después de que avisaran a Sol, los padres de Daniela se presentaron allí para darles su apoyo, y no solo eso. El doctor que trataba a Leo había sido alumno de Ana y solían hacer colaboraciones juntos, así que esta supervisó toda la operación desde dentro.

Pedro con su carácter afable, los acompañó todo el tiempo, actuando como conexión entre la familia y los médicos. Al ver a África desmoronarse en los brazos del hombre, todos los hermanos Cano desearon que su padre estuviera allí.

Por fin, tras una larga operación el doctor Reyes salió a darles buenas noticias acompañado de Ana. La intervención había sido un éxito y Leo se encontraba en reanimación, esperaban que poco a poco fuera despertando. Les aconsejaron que se fueran a descansar ya que poco podían hacer allí.

África no quiso irse, así que los hermanos, agotados decidieron repartirse para acompañarla. El primero en hacerlo fue Juan, acostumbrado como estaba a los horarios inhumanos de sus rotaciones y su juventud, era el que se encontraba más despejado. Además, era quién mejor entendería a los médicos en caso de producirse alguna complicación.

De ese modo, Ángel y Edu, acompañados de Pedro y Ana salieron a cenar algo y se fueron a descansar a un hotel cercano. Eso sí, manteniendo bien cerca sus teléfonos móviles.

Al llegar a la habitación del hotel, Edu recordó que durante todo el día no había enviado noticias a Sol, que también estaría preocupada, así que le escribió un mensaje diciendo que por el momento todo evolucionaba bien.

Casi de inmediato ella lo leyó y respondió

SOL: Me alegro tanto. Daniela aún no sabe nada, es mejor así. Me gustaría poder estar allí para apoyaros, pero me es imposible. Desde aquí lo único que puedo hacer es intentar enviaros toda mi energía positiva para que os de fuerzas, en forma de un gran abrazo. Sé fuerte, Edu, que todo va a ir bien. Ya verás.

Con el móvil en la mano y el mensaje de apoyo de Sol se durmió agotado soñando con el abrazo prometido.

Se despertó temprano y con energías renovadas, volvió a releer el mensaje de Sol y sonrió. Pese a lo mal que se había portado, ella le había dedicado unas palabras de apoyo que habían sido como una inyección de adrenalina. Tomó una ducha pensando en ello y se dirigió al hospital, dejando antes un mensaje en recepción para su hermano y Pedro.

Cuando llegó encontró a Juan y África en la sala de espera dónde habían podido dormir algo, al menos lo poco que permitían las incómodas sillas de color azulón. Leo había pasado la noche en reanimación y la evolución era buena, y aunque seguía sedado, el informe del médico de noche había sido favorable.

Antes de que les dejaran pasar a verle, Edu convenció a África para desayunar algo. No fueron a la deprimente cafetería del centro médico, sino a otra situada en los alrededores del hospital. Buscaron batas y uniformes médicos en ella, ya que eso significaría que el café sería decente. Nunca había entendido por qué el personal sanitario salía del hospital vestido de uniforme, con la misma ropa con la que atendía a los pacientes. Siempre había supuesto que el uso de la bata o el pijama sanitario se debía a una cuestión profiláctica y en la calle perdía toda su función. Tendría que consultar a Sol ya que lo mismo el uso no tenía nada que ver con ello.

El sitio estaba atestado, las conversaciones de la gente se mezclaban constituyendo un murmullo solo roto, por el tintineo de la loza y el ruido de la máquina de café. De vez en cuando sobresalía la voz de algún camarero cantando la comanda a sus compañeros.

Ocuparon una mesa en el fondo del local que milagrosamente quedó libre. Mientras África se quitaba la ropa de abrigo, él se dirigió a pedir a la barra. El sitio estaba lleno, pero eran efectivos, por lo que en unos minutos estuvo de vuelta con dos cafés calientes. Tuvo que hacer un segundo viaje para llevar los *croissants* a la plancha que había encargado. Su madre no había comido nada decente en varias horas y sabía que cuando regresara al hospital iba a costar sacarla de allí de nuevo.

Una vez servida la mesa se quitó su abrigo y se acomodó frente a su madre, que añadía perezosa y en silencio azúcar a su café.

Observándola, se apreciaban unas profundas ojeras marcadas en su rostro, esos ojos azules, tan idénticos a los de sus hermanos, se veían apagados y en su cara se mostraba su preocupación por Leo. Parecía haber envejecido varios años en apenas dos días.

Pensó en la fortaleza de aquella que, aun siendo casi una niña, había sido repudiada por su familia, por amar a un hombre que no consideraban adecuado para ella. La madre que había sacado adelante a sus cuatro hijos. La mujer que había perdido, no hacía mucho, a su marido. Pero pese a ello seguía adelante, aprovechando cada minuto que le brindaba la vida, disfrutando lo que tenía.

—¿Cómo lo haces mamá? —preguntó Eduardo.

—¿Cómo hago qué? —sondeó esta mientras le miraba.

—Seguir disfrutando de la vida con alegría después de los palos que esta te ha dado.

—Siempre hay algo bueno por lo que vivir, hijo.

—Ya mamá, pero la vida duele tanto a veces.

—¿Lo dices por lo de Leo? —preguntó ella. —Sé que se va a poner bien, ya está fuera de peligro, es fuerte y tiene por lo que luchar.

—Daniela —respondió.

—Y Ángela —añadió África—. Tu hermano va a luchar por ellas y va a vivir por ellas, como tu padre hizo por nosotros.

—¿Y cuándo se acabe? ¿Sufrirá?

—Sé que te defiendes contra el dolor de la pérdida intentando no establecer más lazos afectivos, pero realmente ¿crees que te va a evitar el dolor? —Eduardo miró a su madre sorprendido—. Te he visto comportarte así desde la muerte de Anabel. ¿Crees que yo me arrepiento de haber querido a tu padre? —No esperó a que este respondiera—. No me arrepiento porque a su lado fui muy feliz. ¿No recuerdas tú con felicidad los momentos buenos vividos con Anabel? Porque deberías.

—Intento no recordar ni los buenos ni los malos momentos, porque cada vez que lo hago, un poquito de mí muere con ella.

—Sé que Anabel no hubiera querido eso. Sé que hubiera querido que la recordaras con alegría y que disfrutaras de la vida que tú sí tienes. En lugar de eso ¿Qué vas a hacer? ¿Pasarla de puntillas?

Eduardo no respondió y pensó que su madre tenía razón, tan obsesionado como había estado por proteger su corazón había pasado varios años como ella decía, «de puntillas», sin permitirse disfrutar de las personas interesantes que se había encontrado. Pensó en Sol y el daño que le había hecho, en su expresión de dolor cuando descubrió la mentira, y el odio con que le trató al día siguiente.

—¿En qué piensas, hijo? —susurró África, mientras extendía la mano para agarrar la suya—. Hace unos meses te vi feliz, sentí que volvía mi querido niño, pero luego... —Eduardo notó cómo le apretaba la mano—, luego todo cambió. Te aislaste de nosotros, te dedicaste a trabajar y a ese *hobbie* tuyo que te lleva tanto tiempo. ¿Fue una mujer? ¿Fue esa chica amiga de Daniela?

Sonrió al pensar en lo intuitiva que era su madre y lo bien que se llevaría con Sol. No podía engañarla, a ella no.

—Sí, mamá. Pero me asusté, temí volver a sentir lo mismo que con Anabel y la cagué. Me porté muy mal con ella. Te decepcionaría mucho saber cuánto —dijo arrepentido.

—No me lo digas. Solo arréglalo.

—No creo que sea posible y, además, sigo teniendo miedo.

—Solo te voy a hacer una pregunta más. Luego tu decidirás cómo quieres continuar viviendo tu vida. —Miró con atención a su madre esperando sus palabras—. Si ahora que no hay nada entre vosotros, ella estuviera en la situación de Leo, ¿sufrirías? —En el rostro de Eduardo se dibujó una mueca de pánico que sirvió como respuesta—. ¿Qué sentido tiene evitarlo entonces?

África se levantó y comenzó a ponerse la ropa de abrigo, dispuesta a regresar al hospital. Él hizo lo mismo, pero de una forma automática, ya que gracias a su madre se había dado cuenta de que no había nada en el mundo que le pudiera evitar el dolor que sentiría si la perdía.

Caminaron de regreso abrazados en silencio. África con la esperanza de que a partir de ese

momento sus dos hijos más heridos, uno física y el otro psicológicamente, sanaran poco a poco, y él con el claro objetivo de recuperar a Sol costase lo que costase.

Capítulo 17

Cuando Leo salió del hospital y se fue a vivir a casa de África, las cosas con Daniela estaban bien, pero no querían dejarse llevar solo por el corazón, y retomaron su relación con cabeza. Ella tenía que incorporarse de nuevo al trabajo tras la baja maternal, y ocuparse de una niña pequeña y a su vez de un malhumorado Leo no era lo más acertado. Así que mantenían comunicación diaria pero alejados el uno del otro, al menos hasta que él se recuperara lo suficiente para poder valerse por sí mismo.

Leo había decidido abandonar su ático que, a partir de ahora, ocuparía Juan, así que sus tres hermanos se encontraban guardando sus cosas en cajas. Eduardo aún no sabía dónde Leo volvería a abrir esa caja que en ese momento estaba cerrando con un precinto, de lo que sí estaba seguro era de que sería junto a Daniela y Ángela.

Por su parte había decidido intentar un acercamiento a Sol, pero ahora que Leo se recuperaba y puesto que su relación con Daniela iba viento en popa, no tenía excusa para hablar con ella. Las palabras cariñosas y de ánimo que había recibido se habían quedado en el pasado, y el trato de nuevo era hostil. Ella tenía todos los muros levantados y había creado un foso a su alrededor que llevaba su nombre.

Sol había recogido a Ángela en la guardería, porque Daniela tenía que hacer algunas cosas al salir de trabajar y ella se sentía feliz por poder disfrutar un poquito a solas de la pequeña. Tenía previsto acostarla un rato para que durmiera la siesta mientras ella comía, para después darle la merienda. Ya había empezado a tomar puré de frutas y le encantaba jugar entre cucharada y cucharada. Dani había dicho que llegaría tarde, y Sol quería que su amiga se despejara un rato, porque estar pendiente cada minuto del día sin descanso del pequeño diablillo, era agotador.

Le parecía curioso que cuando una mujer era madre, de la noche a la mañana y de forma automática, ocupaba ese rol, olvidando todos los demás que hasta ese momento habían formado parte de su vida, como si dejara de existir la mujer para hacerlo solo la madre. Quería tener hijos, pero no creía en ese sacrificio. Estaba contenta por poder ayudar a Dani, para que poco a poco fuera recuperando parte de su identidad como mujer para la compaginarla con la maternidad.

Estando sumida en sus divagaciones sonó su teléfono, soltó una mano del carrito y tanteó en su bolso para cogerlo, el maldito sonaba y sonaba, pero no aparecía. Tuvo que parar para usar las dos manos, ya que los bolsos y los cochecitos no eran una buena combinación. Por fin lo encontró, pero demasiado tarde, ya que había dejado de sonar. Miró las llamadas perdidas y se trataba de un número que no tenía en los contactos, pero del que se acordaba muy bien. Eduardo.

La había llamado en varias ocasiones desde el accidente, pero ya no tenía sentido hablar con él porque el momento de crisis había pasado. Lo que había sucedido entre Dani y Leo, le había abierto los ojos. La vida podía ser muy corta y no debía estar lamentándose pensando en lo que podría haber sido, si no en lo que tenía por delante. Estaba dispuesta a encontrar a alguien con quién poder compartir su vida, su alguien especial, alguien que la respetara por encima de todo y en quién poder confiar. Y esa persona no era Eduardo, él se lo había demostrado con sus actos. Había sentido una conexión con él, pero estaba convencida de que no merecía ningún minuto más, aunque se lo estaba poniendo difícil.

No devolvió la llamada como no había devuelto ninguna otra, simplemente no tenía ya nada que tratar con él.

Volvió a dejar el que móvil se perdiera entre las cosas de su bolso, y retomó la marcha.

«Ni un pensamiento más», se dijo a sí misma, pero era difícil cumplirlo.

La tarde con Ángela había sido perfecta, la niña comenzaba a sentarse en la alfombra de juegos y había disfrutado con ella una barbaridad. Entre risas y monerías había hecho muchas fotos que estaba deseando ver en su ordenador. ¡Cómo habían cambiado sus fotografías últimamente! Habían pasado de ser imágenes de paisajes y cosas que llamaban su atención a ser casi exclusivamente fotografías infantiles, pero Ángela crecía tan rápido, que merecía la pena immortalizarlo.

Dani regresó tarde cargada de bolsas y con un precioso tatuaje en la cadera. Se la veía feliz.

Después de cenar con ellas se dirigió a la soledad de su casa, con la idea de descargar las fotos de la cámara. Recordó que su móvil seguía perdido en su bolso y probablemente se hubiera quedado sin batería. Antes de ponerlo a cargar revisó los mensajes que había recibido.

Alguno de Dani en el grupo de las chicas con la imagen del pececito que ahora se curaba en su piel, y otro a ella sola diciendo que iba de camino. Juanjo interesándose por su semana, y lanzando una propuesta para ir a una exposición el sábado, si lo tenía libre, y otro de Eduardo, pidiendo una oportunidad para hablar con ella.

Hasta el momento solo había recibido llamadas, que no había respondido, y ahora un mensaje que aclaraba un poco más la razón de las mismas.

¿Una oportunidad? ¿Para qué? ¿Para retomar algo que ya pisoteó y destruyó?

Al buscar en el disco duro el lugar para archivar las fotos de la niña, el cursor del ratón pasó por encima de aquella carpeta que no había podido borrar. La abrió y se permitió ver las imágenes una a una despacio. Ellos juntos, Eduardo en su cama... Se regodeó en aquellos días en los que se había sentido tan feliz, tan a gusto, para luego... Cerró los ojos con fuerza, sintió como la furia, consecuencia de la traición arrasaba aquellos momentos, reviviendo el sufrimiento, el odio... No, jamás le daría oportunidad de hablar, no lo merecía ni ella tampoco.

No borró las imágenes, pero si memorizó el teléfono de Eduardo en su móvil para luego bloquearlo. No quería ningún contacto con él, solo poder olvidarle y seguir adelante.

Ni llamadas, ni mensajes... nada funcionó, le pareció sucio usar otro móvil, porque estaba seguro de que ella no respondería a un número oculto, más sabiendo que él estaba intentando contactar. Necesitaba poder decirle que lo sentía..., necesitaba convencerla de que no había querido herirla de ese modo, que había sido un error fruto del pánico y que su vida no era la misma desde que pasó por ella, necesitaba hacerle saber que se había dado cuenta, aunque tarde, de que ella era su futuro, tenía que serlo.

Aprovechó su visita a Murcia para coger el teléfono de Leo, a él si le respondería. Con la excusa de que el suyo estaba sin batería se lo pidió para hacer una llamada, a Leo le había funcionado en una ocasión y cruzó los dedos para que a él también.

Ensayó lo que quería decir, para no quedarse mudo si ella respondía, algo corto y rápido que quedara en su mente por si le colgaba al reconocerle. Realmente lo había practicado durante las cuatro horas de viaje que había tardado en llegar.

Salió al jardín, sintió como su pulso nervioso luchaba por acallar el sonido del tono de llamada, respiró profundo y cuando casi estaba a punto de colgar, se oyó la voz de Sol al otro lado del aparato.

—¿Leo? —preguntó ella sorprendida.

—No cuelgues, por favor —respondió Eduardo. Un suspiro y el silencio que siguió le indicaron que tenía una oportunidad, así que prosiguió con lo ensayado—. Sé que soy la última persona del planeta a la que querrías escuchar, pero tengo que hablar contigo. —Sus palabras fueron aceleradas, temiendo que en cualquier momento ella cortara la llamada—. Necesito decirte que lo siento tanto, que me odio por haber sido tan cobarde, no tengo excusa para lo que hice, solo quiero que sepas que no fue mi intención que las cosas salieran así. Estoy jodido, Sol. Fue tan bueno, tan perfecto, que me asusté. —Se tomó un momento para coger aire y proseguir. Las palabras habían estado atascadas en su garganta formando un nudo, y al salir, este se había ido deshaciendo provocando tanto dolor que sus ojos brillaban por el esfuerzo—. Sol, tú eres única. Y yo... yo no soy más que un mísero gusano que no te merece, pero que te necesita... Sol te necesito. Intenté protegerme de lo que sentía y al hacerlo te herí, pero no tiene sentido luchar porque duele tanto la posibilidad de perderte como la de no tenerte.

A esas alturas ya las lágrimas se deslizaban por los ojos de ambos. Ella no supo de dónde sacó fuerzas para responder que no volviera a llamarla, que la olvidara y después colgar, cuando lo que en realidad quería era decir que le perdonaba, que le quería con toda su alma y salir corriendo a sus brazos. ¿Orgullo? ¿Miedo?

Ella tenía razón, y eso golpeó a Eduardo con todas sus fuerzas, se deslizó por la pared en la que se había apoyado hasta quedar sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas. Lloró como un niño de nuevo, últimamente lo hacía demasiado. El destino se había llevado a Anabel, pero a Sol... a Sol la había perdido él solo. Dos mujeres, dos momentos y dos situaciones, pero el mismo dolor.

Capítulo 18

Al salir de trabajar iría con Juanjo a la exposición de fotografía que él había propuesto. Habían pasado los días y casi estaba a punto de clausurarse. La crítica era muy buena y no querían quedarse sin verla, así que, pese a que era entre semana y al día siguiente trabajaban, fueron a última hora.

Volver a salir con Juanjo, con sus amigas, con los compañeros de trabajo... sola con su cámara, ir a Segovia a ver a su familia, había sido la forma en que se había propuesto superar aquella última llamada. Por suerte le había hecho caso y no había vuelto a intentar comunicarse con ella. Por un lado, lo agradecía, pero por otro... Muy en su interior tenía la esperanza de recuperar lo perdido, de que existiera una fórmula mágica para borrar aquel fatídico momento de su mente y permitirle volver a confiar en él. Pero aquello era imposible.

La exposición había estado bien y la ligera cena que tomaron después también. Juanjo parecía haber superado el huracán Eva y de aquello había surgido una nueva amistad. Le gustaba hablar con él. Era una persona muy parecida a ella, alegre, extrovertida y a su lado recuperaba un poquito de aquella Sol que hacía tiempo había desaparecido.

Esa tarde hablaron de la vida, del futuro; con él podía hablar de casi cualquier cosa. Durante el paseo, Sol le contó lo de aquella llamada y al hacerlo sintió que liberaba algo del lastre que hundía su corazón.

—Sé que lo que te hizo aquel tipo fue una mierda muy gorda, pero ¿estarías dispuesta a perdonarlo? —preguntó Juanjo.

—No sé si el problema es perdonarlo a él o quizá más a mí misma. Creo que el enfado conmigo es mayor. No puedo evitar sentir que todo ocurrió porque fui demasiado confiada —respondió.

—No debes castigarte a ti misma. Por lo que me has contado fue el hombre perfecto esos días. Es lógico que te confiaras. Pero la culpa no es tuya. ¿Acaso me culpo yo por haber vivido lo que viví con Eva? No. Fue un fin de semana bestial, pero del que no salió nada más. Quizá en otro momento podría haber funcionado, pero está demasiado dañada para una relación, y yo no soy el hombre que puede ayudarla. Primero tiene que encontrarse a sí misma.

—El otro día me dijo que estaba jodido, y que eso era lo que le había hecho huir.

—¿Una forma de defensa que te arrastró a ti?

—Algo así.

—Mira Sol. —Juanjo se detuvo y se volvió hacia ella cogiéndole las manos—. No fue culpa tuya. Tienes que decidir si merece la pena lo suficiente para darle una oportunidad, si no es así déjalo y comienza a vivir.

—Ese es el problema... que aún no lo sé.

—Pues decídate pronto, pelirroja, que el tiempo es oro, y tienes que volver a brillar.

Juanjo era un tipo fantástico y tras despedirse, pensó cómo sería si entre ellos hubiera surgido algo distinto.

Al entrar en casa aún a oscuras sintió un envolvente aroma. Al encender la luz, curiosa, pudo observar que el origen del olor, era un gran ramo de rosas que alguien había dejado en la mesa del

salón. Enorme, compuesto, por al menos dos docenas de rosas de distintos colores, todas ellas de tonos claros a excepción de una que era de un llamativo color rojo. Lo acompañaba una tarjeta que decía: «Singularidad: Característica, cualidad o detalle que distingue a una cosa de otras de la misma clase o especie». No había firma.

«Tú eres única», recordó las palabras de Eduardo.

Tiró la tarjeta a la papelera, las rosas quedaron sobre la mesa ya que eran demasiado bonitas para acabar en el mismo lugar. Al día siguiente las llevaría al hospital.

El domingo, a Daniela le esperaba la sorpresa del regreso de Leo, la rehabilitación estaba yendo bien y Ana había considerado que era mejor hacerle seguimiento en Madrid, por lo que venía para quedarse.

Para celebrarlo organizaron una agradable comida en casa que Eduardo tuvo que estropear apareciendo a la hora del café con una bandeja de pasteles. Bueno, al menos fue así como lo sintió Sol.

Era cierto que se trataba del tío de la niña, el hermano de Leo y casi el cuñado de Daniela, pero ¿por qué ese fin de semana no estaba nadando en alguna playa lejana como solía hacer? ¿Por qué había tenido que aparecer?

Sol intentó mantener la compostura evitando mirarle y él disimuló jugando con la niña, pero cuando Pedro destapó los pasteles que este había traído y Sol vio que todos eran de distintos tipos de chocolate a excepción de un llamativo *red velvet* situado en el centro de la bandeja, no pudo más. Sintió que se ahogaba y tuvo unas ganas tremendas de liarse a golpes con él, pero como aquello no sería políticamente correcto decidió poner una excusa y salió de allí como alma que lleva el diablo, no sin antes poder observar la cara de corderito que ponía Eduardo, lo que hizo acrecentar más, si cabe, su estado de ansiedad.

Salió a correr, hacía años que no lo hacía, pero impulsada por la rabia y la impotencia corrió hasta que le dolieron los pulmones, el aire que salía de ellos era tan caliente que quemaba y no podía oír sus propios pensamientos con el repiqueteo del pulso en su sien.

La forma en que Sol huyó de la casa de Daniela hizo que Eduardo se sintiera culpable. Estaba seguro de que de haber estado solos ella le habría estrangulado por cómo le miró antes de irse. Pero no podía dejar que le olvidara, tenía que convencerla de que eso que había pasado no iba a volver a ocurrir porque era una persona nueva. Ahora sabía lo que quería e iba a luchar por ello, tenía un plan y ese solo había sido otro paso.

Antes de irse deslizó la segunda tarjeta por debajo de su puerta.

Sol regresó a casa, agotada sintiendo el dolor en sus músculos a cada paso, y al día siguiente sería peor. Al entrar tropezó con un pequeño sobre que contenía otra tarjeta.

«Revivir: Resucitar. Restablecer, renovar, dar nuevo ser a algo. Volver a la vida». También sin firmar.

Gruñó, lanzó la tarjeta a la papelera y se fue a la ducha a aclarar sus ideas. Puso a Gloria Trevi y sonó su canción *Todos me miran*. Cantó sintiendo cada palabra mientras intentaba, sin éxito, lavar sus emociones. En la lista de reproducción se coló la de *I'm not the only one* de Sam Smith, que hablaba del engaño y de no ser la única. Porque para él ella no era singular, si lo hubiera sido, no habría hecho aquello, ¿no?

¿Qué significaban esas notas? ¿Se referían a él o a ella?

Acabó el domingo llorando en la cama, intentando encontrar fuerzas para, de una vez por todas, olvidar y seguir adelante.

Capítulo 19

Cinco días le dio de margen Eduardo, ya que el viernes recibió, de nuevo en su casa, una caja de bombones, acompañada por otra tarjeta. Esa vez ella misma recogió el envío.

Tentada estuvo de devolverlo, pero la curiosidad fue más fuerte. Al abrirla, como esperaba, todos los bombones eran de un intenso marrón menos uno, de color blanco; y en la tarjeta otro mensaje.

«*Thantophobia: the phobia of losing someone you love*».

Esta vez no tiró la tarjeta si no que recogió las otras.

«¿Qué estaba Eduardo tratando de decirle?», pensó mientras releía las anotaciones.

Singularidad.

Revivir.

Y ahora, miedo a perder a alguien.

«¿Qué sería lo siguiente?».

Llamaron a la puerta y con la caja y las tarjetas todavía en la mano abrió. Era Daniela que llegaba a pasar un rato con ella, mientras Leo se ocupaba de la niña.

—¿Qué pasa Sol? ¿Qué llevas ahí? —preguntó—. Parece como si estuvieras descifrando la piedra Rosetta.

Sin darle tiempo a responder hizo amago de quitárselo de las manos, y Sol cedió. Seguía enfadada con Eduardo, pero ya no le odiaba. Estaba preparada para contárselo a Dani y no alimentar su enfado. Se sentía como si, por fin, hubiera superado la fase de ira y odio para entrar en una fase de conformidad.

La ira de Daniela fue evidente cuando terminó la explicación de todo aquello, que había vivido al margen de su amiga.

—Lo mato. ¿Eduardo? Te juro que lo mato —repetía Dani mientras daba vueltas por el salón. Luego preguntó—. ¿Y Leo sabe algo de esto?

—No lo sé —mintió Sol, intentando no meter a Leo en aquello.

—Estoy segura de que sí, pero se ha hecho el sueco cada vez que he preguntado. Me voy a cargar a dos hermanos Cano, lo siento por su pobre madre. Y a ti... —dijo señalándola con un dedo acusador. El enfado cambió de dirección—. ¿Por qué no me dijiste nada? ¡Han pasado meses! Te he respetado, esperando a que quisieras contármelo. Estaba preocupada por ti, ¿sabes? No has vuelto a ser la misma... Cuando lo vea me lo cargo.

—Déjalo, Dani. En el fondo sabía cómo era. Ese coche, esa forma de vestir y de moverse... algo me decía que tuviera cuidado, pero no lo escuché y me lancé sin reservas.

—No sé mucho de su vida personal porque es muy reservado. Pero siempre me ha parecido bueno, cariñoso y amable. Jamás pensé que pudiera ser tan sucio. ¡El mismo día!

Sol se estremeció con solo recordarlo.

—Y ahora, ¿qué quiere?

—Me llamó, creo que tras el accidente algo cambió en su interior porque desde ese momento está intentando acercarse. No sé si quiere algo o solo que le perdone. Le dije que no quería hablar con él, y desde ese momento he estado recibiendo estas tarjetas más o menos una vez a la semana.

—Olvídate de él y lo que quiere. ¿Qué quieres tú? —Dani cogió un bombón de la caja y se sentó en el sofá.

«¿Qué quiero yo?», pensó.

No tenía ni idea. Por un lado, seguir viviendo y olvidar lo que había pasado, pero por otro... La idea de recuperar esos días vividos con él..., pero eso era imposible ya que no podría olvidar jamás como la había pisoteado.

—Olvidar y seguir viviendo —dijo al fin.

A partir de ese momento pudo hablar con Dani abiertamente, y la tranquilidad de que contaba con ella, le ayudó a quitarse otro lastre para seguir adelante.

Pidió a Dani que no hablara con él del tema, que no cambiara su relación con Eduardo, porque nada tenía que ver una cosa con la otra. Ellos eran amigos, se llevaban bien y no soportaría que Dani intentara ayudar a Edu para arreglar las cosas... Si era lo que él quería, y no estaba preparada para eso. Quería olvidar y seguir, era el mantra, que había empezado a repetirse una y otra vez.

Dani prometió respetar la petición y no fue a matar a Eduardo como hubiera querido hacer, si no que permaneció al margen dando a apoyo a Sol, porque a la semana llegó otro regalo con otra nota.

Esa vez fue media docena de globos, todos de un color celeste menos uno, que como era de esperar era de un color rojo vivo. Junto a ellos una tarjeta y el USB de canciones que Sol se dejó en el coche de Eduardo y que él nunca le llegó a devolver.

«Error: Acción desacertada o equivocada».

Guardó la tarjeta, junto a las otras, en el cajón de su mesilla, encendió el reproductor y conectó el USB. La profunda voz de Pablo Alborán se oyó por los altavoces. Estaba segura de que sonaría la canción *Perdóname*, que sería esa la última que él había escuchado enviando ese mensaje tan claro en el título de la canción. Pero no fue así. Se había molestado en analizar las letras. Esa canción era una despedida y Eduardo no buscaba eso. Habría apostado por alguna como la de *Idiota*, que tan bien, acompañaría al mensaje de su tarjeta. Pero no, sonó *Dónde está el amor*, una de sus canciones preferidas.

«¡Ojalá, todo fuera un sueño!», pensó.

Pulsó el botón de repetir, se sentó en el sofá a oscuras y escuchó, analizó e interpretó cada una de las palabras que se sabía de memoria, una y otra vez.

[...] Déjame que vuelva a acariciar tu pelo

Déjame que funda tu pecho en mi pecho

Volveré a pintar de colores el cielo

Haré que olvides una vez el mundo entero

Déjame tan solo que hoy roce tu boca

Déjame, que voy a detener las horas

Volveré a pintar de azul el universo

Haré que todo esto solo sea un sueño

*Tengo contados
Todos los besos que nos damos
Y tu fugitiva andas perdida en otro lado
Yo no quiero caricias de otros labios, no
No quiero tus manos en otras manos
Porque yo quiero que volvamos a intentarlo
¿Dónde está el amor?*

Del que tanto hablan

*Porque no nos sorprende
E irrumpe en nuestra calma [...]*

Capítulo 20

A la semana siguiente no hubo regalo ni nota y casi lo extrañó. Se había convertido en una forma de tenerle cerca, en una forma de comunicarse con él.

Eduardo no había podido enviarle nada porque estaba centrado en terminar con el proyecto, que iban a entregar para lo de Gredos. Su propuesta había superado el primer filtro, pero tenía que presentar algo más concreto y detallado. Tenía encima la fecha de entrega y aunque había trabajado duro en ello, desde el accidente de Leo se había relajado e iba muy retrasado.

Por ello, pese a que su mente estaba centrada en volver a recuperarla, se vio obligado a aparcar sus necesidades, y ocuparse al doscientos por cien de aquello.

Trabajó día y noche para presentarlo en fecha, desvinculándose de la carga de trabajo de la empresa. Con la baja de Leo y el volumen de obras que tenían, se habían visto obligados a contratar más personal. Habían ascendido a encargado a uno de los capataces de confianza, que realizaba las funciones de Leo y Ángel en ese aspecto; una administrativa nueva ayudaba a África en la oficina y él había estado enseñando a un arquitecto con una beca, que ahora, había pasado a formar parte de la plantilla con un contrato en prácticas. Si era capaz de aguantar el ritmo, el próximo mes entraría en el equipo de forma permanente.

El mismo día en que presentó el proyecto de Gredos, ella recibió el que sería el último mensaje. A Eduardo le hubiera gustado poder hacerlo con la periodicidad semanal que había establecido con los anteriores, pero este tardó un mes. Se convenció así mismo de que el retraso le beneficiaría, ya que habría creado en ella duda y expectación, por lo que sería mejor recibido que los otros si cabe.

Era cierto que Sol había esperado la llegada de algo nuevo, cada día, durante la semana siguiente, pero no llegó, y empezó a pensar que, con el último detalle, Eduardo se había disculpado y continuado con su vida. Le había devuelto el USB, y quizá el tema de la canción no había sido algo premeditado, sino una simple coincidencia que ella había tomado como algo importante. Quizá al devolverle el USB le estaba pidiendo que continuara con su vida. Pensó que Dani podría haber hablado con él, contándole que ella quería olvidar y seguir, y él había decidido respetarlo.

La siguiente semana tampoco llegó nada, pero no fue hasta la tercera cuando Sol decidió que había interpretado mal todo el proceso. Había pensado que su intención era reconquistarla y estaba claro que había sido una forma de pedirle perdón. ¡Qué imbécil era! Tenía completamente averiado el traductor de lenguaje no verbal. No era capaz de interpretar las intenciones de la gente que se acercaba a ella y empezó a sentirse rota. Comenzó a pensar que el problema siempre había estado en ella y en su incapacidad de entender.

Se refugió en sus amigas y en su familia e intentó recuperar su vida social y su alegría. Todos estaban preocupados por ella y decidió terminar con eso, así que, pese a que se sentía igual de mal que el primer día, aprendió a fingir, de forma que poco a poco todos pensaron que estaba volviendo a la normalidad.

Más de un mes después del día de los globos recibió un sobre, sin explicación por el retraso y al igual que los otros sin nombre ni identificación. Alguien lo había deslizado por debajo de la

puerta, y cuando lo vio no tuvo que cogerlo para saber de quién era. Al principio pasó por encima sin hacerle caso, intentando no sucumbir a la emoción y los nervios por saber qué tenía dentro. Pero tras dejar el abrigo y deshacerse de sus cosas volvió sobre sus pasos y lo observó tirado en el suelo. Había estado en Segovia unos días y se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Parecía algo más grande y grueso que los otros, lo que le hizo pensar que dentro habría más que una escueta nota.

Lo tomó del suelo, pesaba también un poco más. Sintió como flojeaban sus piernas y decidió sentarse en el sofá. Abrió el sobre, con cuidado, sin poder predecir el efecto que su contenido tendría sobre ella. A estas alturas ya no sabía que pensar, su mantra de «olvidar y seguir» era inútil y cada vez tenía más ganas de correr a sus brazos.

Unas entradas y una tarjeta. Leyó esta última. «Condonación: Acción o efecto de condonar: Perdonar o remitir una pena de muerte o una deuda».

Miró las entradas para el concierto de Pablo Alborán en junio, en el WiZink Center de Madrid. Cuatro, en una ubicación perfecta que le habían costado un dinerito. ¿Por qué cuatro y no dos? Él quería dejar claro que esperaba que disfrutara con sus amigas, no pretendía forzarla a ir con él. No era una cita, sino un regalo. Pese a tener la mirada borrosa por las lágrimas provocadas por la emoción, se dio cuenta de que en una de las entradas había subrayado, con marcador amarillo, la palabra *Prometo*. Entendió, con ello, que el sí quería volver a intentarlo prometiéndole que olvidarían el pasado y la haría feliz.

Sol cerró los ojos con fuerza, apretó el regalo contra su pecho y dejó que las lágrimas cayeran mojando el sobre. Deseó que aquello fuera cierto, deseó poder olvidar el pasado y volver a intentarlo, pero no podía. No olvidaría, al igual que no podría volver a confiar en él. No sabía la razón por la cual Eduardo había actuado de esa manera, sin entender, aquello siempre pesaría sobre ella y no sería bueno.

Ya había pasado por una relación con desconfianza y no estaba por la labor de volver a vivir aquello. Una relación en la que se mete la duda está abocada a un triste final.

Anuló la cita que tenía con Juanjo, retrasándola para la semana siguiente y pasó la tarde analizando todo lo que había pasado entre ellos. Era el momento de tomar una decisión.

Se puso cómoda y se sentó en su cama rodeada por las tarjetas que él había ido enviando. Singularidad, Revivir, *Thantophobia*, Error y Condonación, y como guinda la canción *Prometo*, sonando en su equipo de música.

*[...]Prometo que no pasarán los años
Arrancaré del calendario las despedidas grises
Los días más felices no han llegado*

*Te prometo olvidar mis cicatrices
Y devolver lo que he robado
A tus dos ojos tristes[...]*

Sumando las pistas era un mensaje claro, pedía perdón y quería volver a intentarlo. Pensó en lo que había sucedido entre ellos, en cómo se conocieron y cómo empezaron a dejarse llevar. En sus cambios de actitud, cuando ella de forma espontánea lanzaba una muestra de cariño. Él se cerraba como una ostra, le costaba dejarse llevar. Pensó en su deportivo, su forma de vestir y de expresarse. Todo ello una fachada del chico dulce, detallista y cariñoso que había descubierto en su interior. No le había catalogado mal, con todo ese despliegue de reconquista lo había demostrado. Era una persona sensible, quizá demasiado.

Pero ¿por qué había actuado de ese modo? ¿Tantofobia? Miedo a perder. No lo entendía. Su relación no había sido una lucha, no quería ganar nada a costa suya. Intentó recordar si ella se había comportado de alguna forma que él pudiera sentir como una amenaza. Quizá su espontánea forma de ser o la naturalidad con la que se comportó habían sido el motivo de su miedo.

Se tumbó mirando el techo. No era la primera vez que le pasaba algo así. Para ella, hablar de coches, meter la mano en un motor y comer sin cortarse, además de muchas otras cosas, era lo normal. Ella era así, y no entendía por qué debía esconderse. Lo cierto es que no era la típica mujer que marea la comida en el plato delante de un hombre, ni tenía llamar a la grúa para cambiar una rueda pinchada. No necesitaba un caballero de brillante armadura que acudiera en su rescate. Su padre le había enseñado a valerse por sí misma, sabía desde manejar un taladro a montar un mueble. Suspiró. Él debió de entender esa parte independiente de ella, como una amenaza, y reaccionó demostrando que el control de la situación lo tenía él.

No podía culparle. ¿Acaso no habían reaccionado de ese modo la mayor parte de sus relaciones anteriores? A esas alturas dudaba que hubiera un hombre capaz de ver que debajo de esa mujer independiente había otra que se moría por poder compartir su vida. Decorar un hogar entre dos, trabajando juntos para montar un mueble o un cuadro. Ella sabía valerse por sí misma pero no quería hacerlo así, quería hacerlo acompañada.

Odió la maldita sociedad que cada vez era más sexista, juguetes exclusivos para princesas o caballeros, dibujos, libros, ropa... A ese paso, mujeres como ella no iban a tener cabida en el futuro.

Justo en ese momento sintió que le había perdonado. Ya no notaba la ira y el odio en su interior hacia él, si no calma y aceptación. Pensó en enviarle un mensaje, pero decidió que no podía. Se sentía insegura y culpable.

Eduardo había conseguido parte de lo que buscaba, le había perdonado, pero no podía darle una oportunidad, ya que no creía que fuera a funcionar. Sería una pérdida de tiempo de la que los dos saldrían mal parados. Sol no iba a cambiar, no podía dejar su esencia de lado y tampoco podría confiar en que él no se sintiera amenazado de nuevo actuando de forma similar. La desconfianza no era una buena base. Eduardo podría ser la pieza que encajaba perfectamente con Sol, pero ella no era la de él.

Edu por su parte, estaba seguro de que ella habría comprendido sus tarjetas y regalos, sobre todo el último. Se había molestado en analizar todas las canciones buscando la idónea para transmitirle un mensaje. Se arrepentía de lo sucedido, ella era especial, la única que le había devuelto a la vida y quería poder estar a su lado, pidiendo que le diera una oportunidad y prometiendo que se esforzaría por hacerla feliz. Esperaba su respuesta, pero esta no llegó.

Y no solo no llegó, sino que la semana siguiente salió con aquel imbécil, el médico amigo de Daniela. Se los encontró por casualidad cuando regresaba de la reunión que había tenido con un cliente en el centro. No pudo evitar seguirles, a una distancia lo suficientemente alejada como para que no se sintieran observados, pero lo suficiente cercana como para apreciar con claridad las muestras de afecto entre ellos.

Quiso correr y golpearle cada vez que pasó el brazo por encima de sus hombros o cada vez que agarró su mano, pero luego cuando se despidieron con un abrazo y él colocó ese mechón rebelde detrás de su oreja, en un movimiento que Eduardo había realizado tiempo atrás, tuvo que controlarse como nunca antes. Apretó los puños y la mandíbula esperando el beso que vendría después, pero no llegó. No hubo beso, lo que significaba que aún no había nada entre ellos, aunque no faltaría mucho.

La pareja se separó y continuó por caminos distintos, pero él permaneció inmóvil en el mismo lugar con la misma postura, preparado para defender lo que consideraba suyo. Los viandantes lo esquivaron como si formara parte del mobiliario urbano, mientras sentía cómo su pulso acelerado volvía a la normalidad y sus músculos se relajaban. No obstante, en su interior los celos habían dado paso a un profundo sentimiento de frustración. Pese al esfuerzo, la estaba perdiendo y tenía que actuar rápido, si no quería hacerlo por completo.

Llegó junio y las chicas disfrutaron de las entradas del concierto, cuya procedencia solo desveló a Daniela. Ver a tal artista en directo fue tremendo, y aunque las letras hicieron recordar a Sol momentos difíciles, poder estar con sus amigas, con las que hacía mucho no salía de ese modo, recordar viejos tiempos y batallitas supuso un gran estímulo para retomar su vida.

La noche no terminó como esperaban, pero ocurrió algo que nunca olvidarían, y menos Marta. Inmersas en la música y animadas por Pablo y el ambiente, ninguna se dio cuenta de que esta había comenzado a tener contracciones. Marta no quiso estropearles el momento y aguantó en silencio, intentando disfrutar con ellas. Nunca les diría en qué parte empezó, pero debió de ser al comienzo, ya que a pesar de ser primeriza casi da a luz en el taxi que las llevó al hospital. Maya nació esa noche, la misma en que Sol ponía punto y final a su historia con Eduardo.

Unas semanas después, él seguía sin respuesta, sin ninguna noticia. Su mente le torturaba imaginando los avances que Juanjo podría haber hecho con su mujer, porque la consideraba suya. Sabía que estaba en Segovia, porque Daniela y Leo habían ido a la fiesta de cumpleaños de Jesús. Su padre cumplía cincuenta y ella estaría en allí.

Desesperado cogió el coche, si se daba prisa llegaría antes del anochecer. En presencia de su familia le dejaría explicarse, porque necesitaba acabar con ello y arreglar las cosas de una vez por todas. Solo esperaba que el tal Juanjo no estuviera delante.

Cuando Sol le vio llegar guapo a rabiarse, vestido de *sport* y con el pelo despeinado tardó un minuto en reaccionar. Lo justo para no poder impedir que sus hermanos se dieran cuenta y corrieran a saludarle y contarle sus aventuras. Los gritos de los niños, siempre tan efusivos, llamaron la atención de Jesús que también se acercó a saludar. De ese modo, pronto estuvo integrado en la fiesta como si fuera uno más sin que ella nada pudiera hacer.

Capítulo 21

Regresaba a Madrid exhausto después de realizar la durísima prueba física para la que se había estado preparando. Volvía con un buen sabor de boca porque todos los sacrificios, todas las horas que había pasado en remojo, los madrugones... habían servido para quedar en muy buena posición para ser un *amateur*. Lo más importante era que había conseguido terminar hasta el último metro de los casi seis kilómetros de recorrido entre Tabarca y Santa Pola. Pero quedaba el regusto amargo de no saber qué hacer a partir de ese momento, la prueba había sido su meta y su objetivo desde que la cagó con Sol, habían sido nueve meses de duro entrenamiento para centrar su mente en algo distinto.

En el asiento del copiloto reposaba la prueba de ello, la medalla que habían dado a todos los participantes que habían concluido la travesía, sus músculos cansados y su piel enrojecida por el sol y la sal, el recuerdo de lo duro que había sido llegar hasta ese momento.

Pero tenía miedo, tenía miedo no saber qué iba a hacer al día siguiente, de cómo afrontaría ahora su día a día sin ella.

Tenía que aprender a vivir con ese vacío, Sol había sido clara con él hacía un mes en la fiesta de cumpleaños de su padre. Aún no sabía cómo había sido capaz de presentarse allí sin invitación y hacerle esa jugada. Sol tenía mucha clase y delante de toda su familia y amigos no le montó un numerito. Aguantó el tipo. ¡Vaya que sí!

Eduardo sonrió al recordar, cómo se comportó ella cuando sus hermanos pequeños corrieron a saludarle, y su padre le trató como a un amigo de la familia, invitándole a tomar algo. Casi creyó que en su mirada había un brillo de felicidad y pensó que había acertado, con todo el esfuerzo que había hecho para reconquistarla, pero nada más lejos de eso.

Cuando ella le pidió que la llevara a comprar hielos, pensó que por fin había ganado, que ella había cedido, se imaginó besando sus labios, aquellos que tanto había añorado. Pero era un imbécil y no había entendido nada.

Cuando entraron en el coche y la miró esbozando una sonrisa, esperaba ver en sus ojos la felicidad de haber arreglado las cosas, pero lo que vio no fue eso sino lágrimas. ¡Cuán equivocado había estado!

—Eduardo déjalo ya, por favor —dijo ella. Él no pudo responder—. No puedo soportar más esto. Estoy intentando rehacer mi vida, estoy intentando seguir viviendo sin mirar atrás, pero cada semana hay algo que me frena. No entiendo qué quieres conseguir con esos regalos y esas notas.

—Yo... pensé que estaba claro —consiguió explicar—. Para mi eres única, distinta a cualquier otra, los momentos que pasamos juntos revivieron una parte de mí que estaba muerta, pero tuve miedo de perderte y cometí un terrible error... Yo he hecho todo esto para que me perdones, porque sin ti vuelvo a estar muerto por dentro...y no quiero seguir viviendo así.

Ella permaneció en silencio unos momentos, como si lo que iba a decirle a continuación, fuera lo más difícil que había hecho en la vida.

—Te perdono —dijo al fin—. Puedes seguir viviendo. Te perdono el error que cometiste y como pisoteaste mis sentimientos. Me sentí engañada. Traicionada. Pensé que eras de una forma, pero jamás se me habría ocurrido que fueras capaz de hacer aquello. Te juzgué mal. No entiendo

qué hice esa mañana para que reaccionaras de ese modo. Me he vuelto loca pensando en qué dije para asustarte, para que corrieras a los brazos de otra unas horas después. ¿Qué tengo de malo?

Verla llorar de ese modo le partió el corazón. Tenía que haberle explicado la razón por la que huyó, de la que ella no tenía culpa... Ella era perfecta, pero eso suponía tener que contar más de lo que podía. No estaba preparado. Y se limitó a decir aquella mierda de frase.

—No fuiste tú, fui yo. El problema soy yo.

—Te perdono, de verdad. Necesito creer que no estoy tarada y que realmente el problema eres tú. Lo necesito para poder seguir adelante porque me siento insegura, y yo no era así. Tengo miedo de cualquier otra relación, de permitirme ser feliz por si acaso vuelve a ser tan efímero. Pero necesito tiempo para volver a confiar en mí y para eso necesito odiarte a ti. Si sigo pensando que en el fondo eres un tipo maravilloso y que el problema está en mí. Y con tus notas y tus regalos... Lo jodido es que pareces un tipo maravilloso. ¿No lo entiendes? Necesito seguir odiándote para continuar viviendo.

Quería abrazarla, quería fustigarse por romper algo tan perfecto. Él había destruido por sus miedos a una persona alegre, optimista y vivaz. La había convertido en un ser inseguro y triste que luchaba por volver a encontrarse.

No se había dado cuenta de que con su plan de reconquista estaba añadiendo peso a un cuerpo que luchaba por mantenerse a flote.

Se marchó de allí, pidiendo perdón, con la promesa de no volver a cruzarse en su camino, asegurando que ella no tenía ninguna tara y que era alguien perfecto y maravilloso, y lo que más le dolía... deseándole que el destino pusiera en su camino ese hombre que ella necesitaba y que se merecía.

Y que no era él.

Así había acabado todo. No había vuelto a verla, ni había intentado ponerse en contacto con ella. Daniela cuidaba mucho que no coincidieran en los actos familiares y casi todas las veces que veía a Ángela era lejos de aquel edificio dónde había empezado todo.

Leo se mantenía junto a su nueva familia, al margen y él... Él estaba solo como se merecía. Porque todas las decisiones que había tomado en su vida le habían llevado a ese punto, a ese momento.

En dos semanas se iría de vacaciones. Ese verano no iba a pasar el mes completo en Mazarrón como los anteriores, iría solo una semana, diez días como mucho. Necesitaba buscar un destino lejano y perderse en él. Al día siguiente comenzaría la búsqueda y realizaría los preparativos.

El verano de Sol, en cambio, transcurrió principalmente trabajando y preparando su examen. Al haberse incorporado ese año al puesto, no tenía antigüedad suficiente para poder elegir los días de vacaciones, así que no pudo preparar nada. Y se vio obligada a improvisar.

Las cuatro semanas perdido en Canadá le habían servido para pensar y aclararse, para encontrarse a sí mismo, y buscar ideas para sus nuevos proyectos. Era una persona nueva y se había dado cuenta de que aún quedaban varias puertas abiertas en su vida que debía cerrar.

La primera en Mazarrón, su madre le había dicho que Maribel estaba en casa así que allí se dirigió. No recordaba cuántos años hacía que no pisaba ese hogar, desde Anabel. La casa estaba prácticamente igual, los mismos gnomos en el jardín, alguno de los cuales recordaba haber comprado a Maribel con su hija.

Maribel habría sido su suegra si todo hubiera salido como estaba previsto, pero no fue así, y cuando Anabel murió él no volvió a mirar los tristes ojos pardos de la madre de esta, ni siquiera se acercó cuando falleció su marido unos meses después.

Debió de ser duro para aquella mujer perder a su hija mayor y poco tiempo después a su esposo, y quedar sola. Y él había sido un egoísta abandonándola en su duelo.

Cuando Maribel abrió la puerta, si se sorprendió no se apreció en los rasgos de su cara, ya que seguía mirándole con ternura como cuando era un crío, sin rencor. Le dejó pasar y la tarde transcurrió como tenía planeada. Durante su viaje había preparado cada palabra que diría para redimirse.

Necesitaba el perdón de la que casi fue su segunda madre. Y lo obtuvo, junto con un gran abrazo y con la promesa de volver a comer el próximo domingo para conocer a María.

María era la hermana pequeña de Anabel, la recordaba como una niña inquieta y pesada que siempre estaba interrumpiéndoles, y como un adolescente tímida y retraída que sufrió en silencio la enfermedad de su hermana. Y ahora era una mujer adulta que esperaba su primer hijo.

Capítulo 22

María resultó ser su tabla de salvación. No quedaba nada de aquella tímida niña que le observaba con sus grandes ojos, cuando llegaba a recoger a Anabel, o cuando pasaba el rato con aquella familia. María era fresca y viva. Lo ocurrido con su hermana le había hecho madurar y aferrarse a la vida para disfrutarla, llena de alegría y optimismo. Estaba seguro de que Maribel había podido superar aquello gracias a ella. Rebosaba vitalidad e iluminaba a su paso todo con su luz. En el fondo le recordaba tanto a Sol. Había sentido en ella esa luz, la misma que él se había encargado de apagar.

Se había mantenido al margen, había hecho lo que ella había pedido y esperaba que hubiera dado resultado y que al fin ella hubiera recuperado el brillo que él le había robado.

Durante los meses que siguieron aprendió a ver la vida de otra manera, junto a María comenzó a recordar y revivir el pasado. Era muy parecida a Anabel y a la vez distinta. Con ella sintió que podía hablar de todo, sincerarse, ser de nuevo aquel niño ilusionado... Volvió a trabajar en los diseños de la casa de sus sueños, aquella en la que habría una gran habitación de juegos para los niños, y un dormitorio con un gran ventanal y una terraza orientada al este para ver amanecer. Buscaría una parcela en un lugar donde mereciera la pena madrugar para disfrutar de las vistas.

Había regresado de pasar la tarde con María, y como pasaba siempre que estaba con ella, volvía cargado de energía. Era tarde, pero no tenía sueño, cogió una botella de agua y se dirigió a su despacho, con la intención hacer algunos bocetos. Se centró en la que sería su habitación y en las vistas que vería desde la cama.

Cerró los ojos e imaginó a su mujer desnuda mirando pensativa al infinito, mientras él disfrutaba de la maravillosa visión de su cuerpo bañado por los tímidos rayos del amanecer. El lápiz se movió sobre el papel, los colores dieron vida a la imagen y cuando terminó, orgulloso de haber plasmado su idea con tal nitidez pudo ver que la mujer era pelirroja y que su melena rizada caía en cascada por su espalda. Era Sol. Su obsesión. La persona con la que se imaginaba habitando ese hogar que estaba diseñando. La casa que estaba planificando para ella, incluyendo incluso un cuarto oscuro para que pudiera revelar sus fotografías.

Por el momento sus caminos se habían separado, pero quién sabía si el destino los volvería a unir. Lo que si tenía claro era que, de ser así, él aprovecharía esa segunda oportunidad sin dudarle y sin temores.

La vida de Sol continuaba ajena a todo lo relacionado con Eduardo, él había respetado su petición y no había vuelto a verlo ni a saber nada de él desde el cumpleaños de su padre hacía más de tres meses. Otro verano estaba terminando, en nada Ángela cumpliría un año, vendría su segunda navidad y la vida continuaría su ritmo sin interrupciones.

Marta era mamá, y Eva... Eva necesitaba un cambio porque ya no aguantaba más. Había pasado con ella la semana. Habían hecho una escapada a Lisboa y se habían perdido por sus calles, disfrutando de su gastronomía y tomando el sol en las playas de sus alrededores. Durante esos días habían hablado mucho y Sol había aconsejado a Eva buscar otro trabajo o hablar con Lucas y explicarle lo que le estaba pasando, ya que él podría ayudarla. Su trabajo se había vuelto insostenible y aunque seguía intentando disfrutar el momento, había perdido el norte, y cada vez

estaba más amargada e irreverente. No se sentía útil en la labor que realizaba con sus pacientes y eso era malo, ya que el estado de ánimo de estos era una parte muy importante para su recuperación. No podía transmitirles la desidia y amargura con la que convivía.

Regresaba despejada y con ganas de volver a retomar los estudios, ya que el examen para la plaza de enfermera por la que quería optar estaba a la vuelta de la esquina. Le esperaba una época de centrarse en estudiar y trabajar, así que esas mini vacaciones le habían servido para cargar las pilas.

Eduardo estaba trabajando cuando recibió la llamada de una preocupada María. Sergio, el marido de ella, aún estaba en a saber qué país de oriente. Era ingeniero de telecomunicaciones con base en El Goloso, pero cada cierto tiempo tenía que marcharse a alguna misión de larga duración dónde fuera necesario. Cuando María se quedó embarazada estaba a punto de recibir destino y no quisieron cambiar los planes, porque el estar unos meses fuera le aseguraba no moverse un tiempo después, ya que iba rotando con sus compañeros. De ese modo podría ver crecer a su hijo.

El embarazo estaba casi a término y él estaba de vuelta, lo tenían todo previsto, pero la naturaleza no se puede controlar y el parto se había adelantado.

Maribel en Murcia, y María sola en Madrid, así que no le quedó otro remedio que recurrir a la persona con la que más tiempo había pasado los últimos meses y al que quería como a un hermano.

Eduardo sin dudarle dejó a Leo encargándose de todo y salió disparado y nervioso a recoger a su amiga. Cuando llegó ella estaba calmada y con una sonrisa. Había podido hablar con Sergio que ya en Alemania hacía su último transbordo. Solo tenía que intentar aguantar unas horas y si no llegaba, contaba con Eduardo para darle su apoyo. Maribel, también, llegaría lo antes posible.

Esa fue la razón por la que Eduardo se encontraba junto a la cama de María, sujetando su mano, mientras ella y el bebé estaban siendo monitorizados, cuando Sol entró en la habitación de la nueva paciente que acababa de ingresar, y a la que le habían indicado que tenía que poner una vía, para el goteo intravenoso.

Últimamente, centrada en el examen que pronto llegaría, apenas había dormido, ya que todo el tiempo que tenía fuera del trabajo lo utilizaba para estudiar. Estaba agotada y con la mente en el temario que estaba preparando. No se percató de que el hombre que acompañaba a la paciente era Eduardo hasta que estuvo prácticamente a su lado. La impresión de verle allí con la corbata deshecha, los primeros botones de su camisa desabrochados y las mangas remangadas, dando la mano a aquella mujer, casi provocó que se le cayera la bandeja con el instrumental que transportaba.

Pero lo encajó bien, dio los buenos días como si se tratara de una pareja cualquiera y no le conociera de nada y puso la vía de forma profesional sin titubear, pese a que sentía la mirada abrasadora de él sobre su piel. Quizá estuvo demasiado callada para lo que solía ser, y lo sintió por la mujer que no tenía culpa de que ellos hubieran tenido una historia antes de... o durante. Bueno, no sabía si era el padre de la criatura. Tampoco sabía que tuviera una relación nueva. La verdad no sabía nada de Eduardo desde que le pidió que se alejara.

Terminó su trabajo y sin querer mirarle huyó de la habitación, murmurando una educada despedida.

Odiaba esas habitaciones, en las que la puerta del baño estaba, justo, donde en el resto estaba la puerta de acceso. No era la primera vez que hacía el amago de salir por la puerta que no era, y al darse cuenta del error reía y explicaba que la orientación de esa habitación era distinta. Pero

esa vez en su necesidad de huir entró hasta el fondo, cerró la puerta con los ojos cerrados y cuando se apoyó en ella, respirando para recuperar la compostura y los abrió, descubrió su error. Se encontraba encerrada en el baño de la habitación de la paciente con Eduardo a unos metros. Deseó que se abriera un agujero bajo sus pies y la tierra la tragara. «¿Cómo iba a salir de allí sin parecer una imbécil?»

Eduardo se quedó mudo a ver cómo Sol nerviosa atendía a María. Por la reacción de ambos esta había tenido que darse cuenta de quién era aquella pelirroja, ya que durante ese tiempo le había hablado de ella en multitud de ocasiones. No sabía que había cambiado de hospital, y encontrarla allí fue una gran sorpresa.

Cuando Sol se metió en el baño por error, María ahogó una carcajada que se vio interrumpida por un dolorosa contracción. Eduardo pensó que lo tenía merecido por reírse de la situación. Pese a que con toda probabilidad Sol habría pensado que él se encontraba allí en calidad de padre de la criatura, había sido profesional y no le había hecho daño a María al poner la vía a la primera. Eduardo fijó su mirada en la puerta por la que había desaparecido Sol, sin saber qué hacer. Fue María la que dándole un pequeño golpecito en el brazo llamó su atención para luego animarle, con la cabeza, a que fuera tras ella. Eduardo dudó, pero finalmente se dirigió decidido hacia ella.

Tocó suavemente con los nudillos la puerta del baño antes de abrir. No sabía que iba a encontrar en su interior y lo que vio le hizo estremecer. Sol estaba de pie aún con la bandeja en las manos, había adelgazado un poco y su pelo estaba más largo, aunque seguían escapándose esos rizos traviosos de su recogido. Unas sombras violáceas enmarcaban sus grandes ojos, que le miraban brillantes. Parecía un cervatillo asustado antes de la llegada de un depredador. Sabía que ella estaba analizándole también. Vería sus ojeras, su incipiente barba y que gracias a la natación había ganado algo de volumen. Esperaba que apreciara también en sus ojos la felicidad que sentía al verla.

Alargó el brazo para retirar la bandeja de sus manos, ya que parecía que iba a caerse en cualquier momento. Habló bajito para no asustarla.

—Hola, preciosa ¿Cómo estás? —Como ella no respondió, dio un ligero paso hacia delante y siguió hablando calmado para no asustarla—. ¿Trabajas aquí ahora?

Ella asintió.

—Me mantuve alejado. ¿Sirvió de algo? ¿Has conseguido recuperar tu luz?

Necesitaba que ella le dijera que se había recuperado, que había superado aquello, que volvía a ser la mujer extraordinaria que él había destruido, porque se sentía demasiado culpable. Estaba preciosa. Perdió el tiempo empapándose de su imagen para no olvidarla, intentando memorizar cada rasgo, cada línea. Alargó la mano, el colocó detrás de la oreja el rebelde mechón, como había hecho en otras ocasiones y se acercó. A punto estuvo de besarla. Cada poro de su piel la reclamaba y no podía controlarse. Pero ella reaccionó y salió corriendo.

—Estoy bien gracias —le dijo—. Me alegro por ti, y que seas feliz junto a ella.

No le dio tiempo a sacarla de su error, sabía que ella había pensado eso y él había sido un imbécil, por no aclararlo nada más entrar. Había querido decirle tantas cosas.

La chica salió corriendo sin despedirse y sin cerrar las puertas. Eduardo la miró desde el interior del aseo con cara de haber perdido su última oportunidad. Abatido buscó a María con la mirada y pudo leer en sus ojos la decepción. Había querido mucho a Anabel, pero con Sol no hacía nada más que estropearlo. Se le daba tan mal gestionar sus sentimientos.

Pese a que se sentía fatal por haberla herido de nuevo, aguantó allí hasta que llegó Sergio y luego dejó a la feliz pareja disfrutar del momento. Se marchó a casa, se duchó y descansó un poco.

Más tarde, sonrió al ver el mensaje con la imagen del pequeño bebé, que había llegado al mundo unos días antes de la fecha prevista, pero que ya estaba a salvo, junto a su papá y su mamá. Deseó que les fuera bien y quedó en volver al día siguiente.

Sol evitó pasar cerca de aquella habitación poniendo excusas a sus compañeras, acabó el turno y se fue, intentando olvidar lo ocurrido. Nadie le había dicho que Eduardo hubiera rehecho su vida tan pronto, sintió envidia de la futura madre que iba a tener todo lo que ella deseaba, porque no era tonta. Había pedido a Eduardo que se alejara porque necesitaba recuperarse, pero no le había olvidado y no creía que eso fuera a pasar nunca.

Intentó concentrarse en el tema que le tocaba estudiar, pero fue inútil, así que se marchó a la cama y agotada como estaba consiguió dormir.

Cuando, a la mañana siguiente, sonó su despertador pensó en llamar al trabajo y decir que estaba enferma, en dos días si todo iba bien esa mujer y su bebé estarían fuera de su vida, disfrutando con él.

Finalmente decidió que no podía huir más, que ver a la feliz pareja junto a su pequeño le serviría para abrir los ojos, y entender, de una vez por todas, que Eduardo no estaba en su futuro.

Pero cuando entró en la habitación con instrucciones de tomar la temperatura a la recién estrenada mamá, y ver si había iniciado la lactancia, Eduardo no estaba. Un chico más joven de una edad parecida a la mujer tenía al niño en brazos. Junto a ellos había una señora, que por el parecido debía ser la madre de ella.

Al verla llegar la chica pidió al joven y a su madre que le trajeran algo de la cafetería y con esa excusa se quedaron solas.

—No he tenido fiebre y Óscar se está portando muy bien, aunque aún no he podido darle de comer nada. —Su voz era amable y no pudo odiarla.

—Es normal, sigue intentando ponerlo al pecho y ya verás cómo pronto te sube la leche. Mira, se hace así.

Sol tomó al bebé y, de forma diestra, lo colocó enseñando a la nueva madre cómo debía acercarlo a su pecho. Enseñar a las inseguras madres a amamantar a sus hijos era algo que había hecho muchas veces cuando trabajaba en neonatos. Tan cerca las dos mujeres se miraron.

—Eduardo es como mi hermano. Él solo estaba acompañándome ayer hasta que llegara mi madre y mi marido, para que no estuviera sola —aclaró—. Me llamo María. Y tú debes ser Sol, ¿verdad?

Asintió, sorprendida de que aquella mujer supiera su nombre.

—Es la mejor persona que conozco. Ha sufrido tanto que es como un animal maltratado que ante determinados estímulos puede morder para protegerse, pero en el fondo lo único que tiene es miedo. —Sol observó a María. Tan joven, aunque con una mirada llena de experiencia. Pero no pudo decir nada, aún estaba asimilando que Eduardo no tenía nada que ver con ese niño o su madre—. Debes darle una oportunidad para explicarse. Te quiere y está sufriendo por mantenerse alejado de ti como te prometió. Sé lo que pasó —Sol se mostró interesada—, pero también sé que si supieras toda la historia lo entenderías y no lo verías igual.

No respondió, pero asintió con la cabeza, quizá si le diera una última oportunidad de explicarse, él fuera sincero. Poder comprender sus razones le ayudaría a avanzar.

—No te arrepentirás —dijo María—, estáis hechos el uno para el otro, y merecéis un final feliz.

Sol sonrió, esperando que la chica tuviera razón y que su final feliz no estuviera demasiado lejos.

Capítulo 23

*E*duardo llegó, descansado y fresco, con un detalle para el pequeño y otro para su amiga. La sonrisa de esta al verle le hizo sospechar. Algo tramaba y deseó que no hubiera complicado la situación más de lo que ya estaba.

Pero cuando María le dijo que Sol había accedido a darle una oportunidad de explicarse, pero que debía de ser completamente sincero, prometió que no la iba a desaprovechar. Le explicaría todo con el corazón en la mano, aunque fuera lo más difícil que iba a hacer en su vida.

Habló con Leo y anuló todas las reuniones de esa tarde. Aguardó a que Sol acabara su turno y cómo imaginaba que no habría comido nada, la esperó con una bandeja de sándwiches de Rodilla y un refresco.

Ella salió del hospital como la recordaba, con su ropa de sport y su mochila al hombro, le pareció que sonreía sutilmente al verle, y deseó volver a ver su gran sonrisa acompañada del brillo feliz de sus ojos.

Quería llevarla a un sitio especial para él, un lugar que le traía muchos recuerdos y que no estaba lejos.

Caminaron en silencio un rato, pero no era algo cómodo e intentaron romper la tensión hablando de cosas insustanciales. Cuando se acabó el tema del tiempo y las últimas monerías de Ángela, él se interesó por el cambio de trabajo de ella y la conversación comenzó a fluir de nuevo, como en los viejos tiempos.

Le explicó que solo una semana al mes trabajaba en maternidad y que el resto lo hacía en pediatría. Mientras ella hablaba sobre su próximo examen, Eduardo agradeció al destino que el parto de María coincidiera con esa única semana al mes y en el turno de mañana.

Hacía mucho tiempo había dado un paseo muy similar, pero con otra mujer. Supo llegar, sin perderse, a la zona de la casita del pescador en el parque de El Retiro, y buscó la sombra del castaño de indias que seguía en el mismo lugar, aunque más grande y frondoso. Se sentaron en el césped bajo su cobijo, junto a las ruinas de la ermita de San Pelayo y San Isidoro, desde dónde había unas vistas privilegiadas de la casita y el estanque que la circundaba.

Estar allí y recordar la última vez... era doloroso, pero debía de hacerlo para dejar atrás por fin esa etapa de su vida.

Permanecieron en silencio unos minutos antes de que él comenzara a hablar.

—Este sitio no ha cambiado nada, es asombroso cómo un lugar puede evocar tantos recuerdos. —Sol observaba el maravilloso paisaje y el silencio que envolvía el ambiente. Allí, pese a estar a unos metros de la enorme urbe que era Madrid, el aire parecía más puro. Tomó un sándwich de la bandeja y le dio otro a él, pero no lo comió. Simplemente lo miró y continuó hablando—. Me gustaba traer aquí a Anabel, ella tenía un sentido de la orientación pésimo y siempre se perdía, así que tenía que ser yo el que la guiara. Solíamos venir mucho y pronto se convirtió en nuestro refugio. Muchas veces hacíamos esto mismo... venir, sentarnos y comer algo mirando el paisaje, unas veces en silencio y otras haciendo planes de futuro.

Sol permaneció callada dando pequeños mordisquitos a su sándwich y esperando con ansiedad que él continuara con la explicación.

—No sé cuándo conocí a Anabel, quizá fuera desde siempre. Formábamos parte de la misma pandilla de niños que jugaban juntos todos los veranos. Crecimos y surgió algo especial entre nosotros. Viví con ella todas las primeras veces, el primer beso, el primer amanecer, la primera pelea... Anabel fue mi amiga y mi primer amor. —Buscó en los ojos de Sol alguna reacción antes de proseguir. Solo vio curiosidad—. Hasta que te conocí creí que no conectaría jamás con nadie como lo hice con ella, pero me equivoqué. Su familia vivía aquí en Madrid y cuando me decidí a estudiar arquitectura quise hacerlo junto a ella. Una relación en la distancia no era fácil de llevar y necesitábamos poder vernos a diario. El primer año fue una locura, ella estaba centrada en su prueba de selectividad y yo en la carrera y casi nos vimos menos que cuando estábamos lejos. —Sonrió recordando aquellos tiempos—. Al final de ese curso tras el examen se notaba muy cansada y todos lo achacamos al desgaste que había supuesto aquel año, pero, aunque ya había terminado y podíamos dedicarnos a descansar, ella seguía sin energía, así que decidí ir al médico. Entró en psicología, pero no pudo matricularse.

»Le diagnosticaron Leucemia. Durante mi segundo año de carrera me dediqué a apoyarla en su lucha contra la enfermedad. Todos pensamos que ganaría, pero tras la primera fase del tratamiento no hubo mejoría y desaconsejaron el trasplante. Los médicos dada su juventud decidieron volver a intentarlo y repitieron el tratamiento complementándolo con radio. Fue tremendo cómo su cuerpo se fue deteriorando. Teníamos planes de futuro. Aquí, en este mismo lugar le pedí que se casara conmigo, pero me rechazó. Me hizo prometer que una vez ella se fuera, continuaría viviendo, y disfrutando la vida por los dos. No recordaba mi promesa, fue su hermana la que me abrió los ojos hace nada.

—María —afirmó Sol con seguridad. Él asintió.

—Fue muy doloroso acompañarla en los últimos meses, en los últimos días y finalmente en las últimas horas. Cuando por fin todo acabó, después de una larga agonía de poco más de dos años y medio, me prometí a mí mismo que jamás pasaría por lo mismo.

—Tuvo que ser muy duro vivir esa pérdida.

—Lo fue, pero más difícil fue aprender a vivir sin ella después. Anabel había estado siempre a mi lado y me sentí vacío y solo. Me marché de ERASMUS, e intenté olvidarla haciendo alguna locura. Finalmente di con una forma de vivir que no dolía, aunque ahora me doy cuenta de que eso no era vivir. Ocupé mi tiempo nadando y me hice un experto en mantenerme sentimentalmente al margen de todos y todas. Aprendí a disfrutar de las mujeres, todas para mí tenían algo especial, pero llevé mucho cuidado en acercarme solo a aquellas que buscaban lo mismo que yo. Cero compromisos. Me jactaba de ser sincero desde el principio.

—Conmigo no lo fuiste —indicó ella.

—Cierto. Y lo siento mucho. Tú eres extraordinaria, única entre todas ellas. Me atrajiste como un imán y bajé todas mis barreras. Decidí que merecía la pena intentarlo y dejé que me vieras a mí... a Eduardo, al chico ilusionado que se escondía detrás del hombre atormentado. Pero ese domingo cuando aquel coche te pasó tan cerca, yo... sentí miedo de perderte. No podía pasar de nuevo por la agonía de perder al amor de mi vida... otra vez no. Y reaccioné mal. —Antes de continuar hablando Eduardo tomó entre sus manos la mano de Sol y la miró a los ojos—. Créeme, te juro que cuando te dije que tenía que trabajar no estaba pensando en Verónica, solo necesitaba alejarte de mí. Pero luego ella llamó, e intenté volver al Eduardo sin sentimientos, al que había sido un puerto seguro antes de ti. Necesitaba volver a protegerme. Con solo imaginar perderte todo el dolor que sentí cuando Anabel murió regresó de golpe y no pude soportarlo. ¡Ojalá pudieras entenderme y perdonarme! —Ella asintió con ojos llorosos. Deseaba poder borrar el

doloroso pasado de Eduardo y conocer al chico maravilloso que debió de ser, aquel del que solo pudo ver un atisbo. —Hace casi un año de aquello. En este tiempo me he dado cuenta de que da igual lo que te aparte de mí, aunque estés lejos si algo te pasara, yo... yo volvería a morir.

»Alguien me dijo que vivir como lo hacía era pasar por la vida de puntillas, y tenía razón. Tú hiciste que este destrozado corazón volviera a latir, volviste a llenar mi vida de ilusión y por eso necesitaba contarte todo esto aquí, en el lugar donde prometí a Anabel que viviría por los dos. Sé que, aunque me rechaces, ella estaría orgullosa, simplemente por el hecho de que me he arriesgado y estoy luchando por lo que quiero. Porque Sol, te quiero y tengo claro que deseo un futuro contigo, lleno de niños en una casa que diseñaré especialmente para nosotros, y quizá con un perro y dos conejos. Sé que te hice daño, sé que no te merezco y que deberías huir de mí, porque seré demasiado protector, porque lucharé para que no te pase nada, y me preocuparé por ti cada día. Dime que estás dispuesta a soportarlo por favor.

Si a esas alturas Sol no hubiera estado llorando como una magdalena, Eduardo podría haber vuelto a ver el brillo de sus ojos, porque era feliz. Feliz porque tenía delante al amor de su vida, al que estaba dispuesta a sanar y enseñar a disfrutar del momento. No supo si le había respondido, pero se lanzó a sus brazos, buscó desesperada la protección que él le ofrecía y le besó. ¡Dios, cuánto le quería!

Con la emoción aún en sus ojos Eduardo miró al cielo. Deseó que Anabel pudiera ver aquello, y que desde dónde estuviera le ayudara a no meter la pata más y hacer feliz a la preciosa pelirroja de ojos verdes que lloraba entre sus brazos. Seguro de que no la dejaría escapar jamás se permitió sonreír.

Epílogo

En ese momento en algún lugar del cielo.

—Ves... Te dije que acabaría por darme cuenta de que lo que hacía no era vivir —declaró la joven emocionada.

—La verdad es que pensé que dejaría pasar la oportunidad. ¡Es tan cabezota! —respondió el anciano.

—Lo cierto es que si África no le hubiera ayudado a ver la realidad... —reconoció ella.

—María también ha puesto su granito de arena. ¡Es fantástica tu hermana!

Ángel quedó absorto observando a la pareja. Se alegraba de que Eduardo por fin, hubiera decidido ser valiente y estaba seguro de que al lado de aquella chica la vida le iba a resultar fascinante.

En cuanto a África, habían pasado varios años y no había un minuto en que no se hubieran añorado. La vida juntos había sido un regalo, pero demasiado corta, aunque no podía quejarse porque Anabel apenas había tenido oportunidad de disfrutarla.

Ahora desde donde estaban solo podían velar por los que aún quedaban y así pasaban los días, viviendo a partir de sus seres queridos.

Se alegró por Anabel, que podría pasar a la siguiente fase, ya que todas las personas que había dejado, finalmente habían asumido su pérdida, y podía irse tranquila, dejando a María y Eduardo en buenas manos.

Él por su parte, aún no tenía prisa, sabía que África pronto le acompañaría, y mientras esperaba paciente a que todos sus hijos encontraran su camino.

Se despidió de ella con un cálido abrazo y la vio desaparecer en el horizonte tras una deslumbrante luz.

Unos meses después, en el mismo lugar

Aunque se encontraba solo, Ángel no pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara de Eduardo al descubrir la noticia. Sabía de buena mano qué estaba pasando por la mente de su hijo en ese momento, porque él había vivido esa situación. Era cierto que fue en otra época, y que Eduardo tendría más tiempo para asimilarlo.

Se sintió orgulloso de su reacción. Una vez había caído la primera coraza a manos de esa pelirroja, Eduardo se había convertido en un hombre valiente y lo demostró. Fue él el que amortiguó la bofetada, y es que, que el médico te diga que el embarazo con el que estás tan emocionado va a ser múltiple, es eso, un golpe con el que tu vida da un giro de ciento ochenta grados.

La pobre Sol se bloqueó de miedo y si no hubiera sido por cómo reaccionó su hijo, que la abrazó y animó demostrándole lo feliz que era en la propia consulta, unos segundos después de la bomba, estuvo seguro de que habría podido conocerla muy pronto, porque la chica casi había estirado la pata del susto.

Pensó en África, siempre pensaba en ella, en cómo encajaría la noticia de tener un par de nietos más, en lo feliz que sería. Y en el fondo, aunque él desde su posición tenía una vista privilegiada, la envidió por poder disfrutar de la pequeña Ángela, que era su niña —la que no pudieron tener—, y de todo lo que estaba por llegar.

En cuanto a Ángel había pasado tiempo, pero no veía ningún avance en él. Se derretía con su hija, pero se mantenía hermético al amor observando cómo sus hermanos lo iban encontrando poco a poco. Hasta el pequeño Juan parecía haber hallado la horma de su zapato en esa enfermera rebelde y maleducada que le volvía loco. Analizándolo bien, ¿qué tenían las enfermeras que hacían sucumbir a casi todos los Cano?

Carta para mis hijos

*E*s curioso como la sociedad en que vivimos se contradice constantemente.

Por un lado, encontramos mujeres que luchan por sus derechos defendiendo la igualdad, mujeres que buscan ser independientes. Por otro, cada vez encontramos más hombres preparados para hacerse cargo de aquellas tareas que hasta hace poco habían sido exclusivamente de ellas. Padres, a los que no se les caen los anillos por aprender a peinar a sus hijas o enseñar a limpiar a sus hijos.

Hombres y mujeres que viven en igualdad en un mundo en que hay libros y dibujos exclusivamente para niñas, y ropa y juguetes que lo son para niños. ¿Realmente así se puede llegar a ser iguales? En un mundo en el que se marcan tan claramente las diferencias entre unos y otros es muy difícil alcanzar el equilibrio.

Por eso, a ti te digo que no seas solo una princesa, se un poquito como Sol, independiente y autosuficiente. Una mujer puede cambiar la rueda de su coche, claro que sí, solo tiene que intentarlo y no desistir.

Y a ti, que seas un caballero, pero solo en lo que respecta al trato con ellas, no te avergüences de limpiar, cocinar o cuidar de tus hijos. Ten siempre presente el ejemplo de tu padre.

Sed vosotros, buscad una pareja con la que compartir en igualdad la vida, caminar por ella de la mano y no delante o detrás. Veréis que es mucho mejor.

Mamá

Agradecimientos

Cuando se publicó *Si el destino quiere*, no añadí un apartado de agradecimientos. No tenía sentido ya que acabada de llegar a este mundo, no conocía a nadie y no sabía si alguien se atrevería a leer la historia.

Un año después del nacimiento de Amy Realto, *Singular* también ha visto la luz, y si el destino quiere, pronto lo harán más historias.

Quiero agradecer, en primer lugar, la buena acogida a mi familia y mis amigos de esta faceta mía tan desconocida para ellos. A Maricarmen, Yoli y Bea, que fuisteis las primeras en saberlo y me animasteis a continuar la aventura en la sobremesa de aquella comida. Al resto, os llegó por sorpresa, con una excepción, la única persona que había vislumbrado un poquito de mi yo escritora, Julia. A ti, gracias por esas tardes escuchando incansable mis historias.

No puedo olvidarme de Editorial Roca, ya que sin ellos esto no sería posible. Gracias por la oportunidad, y muy especialmente a María José Losada. Por creer en mí, por tus consejos, por tu magia y tu experiencia, por ayudarme con los errores que todo novato comete, pero sobre todo por tu paciencia.

Gracias también a ti, Cris, por tus sugerencias, que siempre serán bien recibidas; por ayudarme a entender que escribir, no es solo sentarse y dejar que las palabras fluyan alimentadas por la imaginación, sino también un arte que hay que tratar con respeto siendo profesional, formándose e intentado mejorar cada día.

A las organizadoras de los eventos a los que he asistido, tanto al Congreso Ex-Libris I en Dos Hermanas (Sevilla) como al Encuentro de novela romántica de Armilla en Granada, porque en los dos me acogisteis sin conocerme de nada con los brazos abiertos, dándome la oportunidad de subir a la tarima y presentarme. No sé si alcanzáis a comprender lo que es eso para una autora que se siente un bebé en este mundo. Y a las personas que conocí en ellos, y que también me abrieron los brazos con sus consejos y su cariño. Muchas gracias.

Y por supuesto, a ti lector, ya que sin ti nada de esto tiene sentido. Gracias por dar una oportunidad a la historia de Daniela y quedarte con las ganas de saber qué pasaría con Sol. Como te habrás dado cuenta en *Singular* hay un personaje que toma fuerza, que se conoce un poquito mejor y sobre el que me apeteció escribir también, pero esta vez no he dejado ningún fleco. En *Si el destino quiere* tuve que hacerlo porque las líneas temporales de las dos historias se solapaban. Siento haberte dejado con la intriga tanto tiempo, de verdad. Pero confío en que me perdones y que la espera haya merecido la pena.

Hay tantas personas a las que agradecer, y tan poco espacio, que siento si me he dejado a alguien.

Gracias.

Podéis saber más sobre Amy Realto y la serie «Destino o casualidad» en la página de la autora o contactando con ella en redes sociales.

<https://amyrealto.wordpress.com/>

<https://es-es.facebook.com/amy.realto>

https://www.instagram.com/amy_realto/?hl=es

<https://Twitter.com/amyrealto>

© 2020, Amy Realto

Primera edición en este formato: julio de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN:

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.